ANA CALDERÓN

Solo los pavos machos hacen gluglú



SPIN-OFF DE LA BILOGÍA OLIVIA CREADA EN EL #NANOWRIMO2023

Solo los pavos machos hacen gluglú

Ana Calderón

Primera edición: Mayo 2024
ISBN: 9798326331496
Impresión y encuadernación: Amazon
© Del texto: Ana Calderón

© Diseño de cubierta: Rachel’s Designs

Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso de la autora, bajo la sanción establecida por la legislación vigente.

Para las locas, chaladas, piradas, intensas, dramáticas...
Para las que amamos sin miedo.
Para las que todavía creemos en señores Darcy.

Yo soy el problema

«Un estudio realizado por la prestigiosa Universidad de Cambridge arroja un dramático resultado: seis de cada diez mujeres inglesas mayores de treinta años pasarán las próximas vacaciones solas. Pero si nos fijamos en los resultados de las mujeres que ya han entrado en la cuarentena, las cifras son aún más desoladoras».

Busqué el mando a distancia por todos los lugares donde cualquier persona normal lo dejaría. No tenía ni idea de dónde podía estar. De lo que sí estaba segura era de que una persona normal y corriente nunca amontonaría sobre la mesa del salón casi una docena de cajas de pizza vacías, cientos de envoltorios de chocolatinas y otras tantas bolsas con restos de migas de patatas fritas. Mientras seguía buscando el dichoso mando, un actor famoso por enseñar su miembro viril en una película de dudosa calidad reveló un nuevo dato igual de irrelevante que el anterior, pero avalado por otro de esos ridículos estudios sufragados por las grandes fortunas del país: que de esas seis mujeres solteronas y amargadas que pasaban solas las vacaciones, cinco escuchaban a Taylor Swift. Me agaché a coger el último cigarrillo del paquete que estaba en el suelo, vi el dichoso mando debajo de un manto de cáscaras de pistachos y lo lancé contra el televisor. De repente mi teléfono móvil empezó a vibrar. Era Elina. ¡Mierda, la cena de Acción de Gracias!

Me levanté del sofá sobresaltada y miré el calendario colgado en la pared y que apenas tenía marcadas dos fechas importantes en todo el mes: una de ella era la cena de Acción de Gracias o, más bien, de No Acción de Gracias. Solo podía ser idea de Elina celebrar una cena de Acción de Gracias en abril. Ivy y Betty, las gemelas de Elina, iban a empezar el siguiente curso en un colegio americano y ella parecía haberse tomado en serio que sus hijas empezaran a conocer las costumbres yanquis que los británicos tanto odiaban. Los padres de Henry, el marido de Elina, eran americanos y los dos soñaban con que sus únicas nietas estudiaran algún día en las mejores universidades americanas.

La gente de mi edad tenía un calendario lleno de anotaciones de fechas importantes como los cumpleaños de sus hijos, los aniversarios y las celebraciones familiares. Yo solo tenía dos: el lanzamiento del nuevo álbum de Taylor Swift y una cena llena de parejas en la que yo era la única persona que iba a asistir sola.

Sonó el timbre y, segundos después, escuché un par de golpecitos en la puerta. La única persona que llamaba a mi casa de esa manera tan peculiar era Louisa. Me levanté a abrir.

—¿Estás sola? —espetó desde el otro lado del umbral, escrutando el interior del apartamento por encima de mi hombro.

—No, estoy con Harry Styles. Se está duchando.

Cerró la puerta detrás de mí, farfullando algo que no logré entender.

—Estaba ordenando esto un poco antes de cambiarme para la cena.

—¿Un poco?¿Qué le ha pasado a la tele? —Pareció advertir el pequeño incidente con el televisor—. Esto lo que necesita es una reforma integral de los gemelos Scott.

—Mañana lo arreglo.

—Macarena, aquí no ha limpiado nadie desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Mañana vendré un rato y las dos nos pondremos…

—Ni se te ocurra —interrumpí.

—Macarena, no puedes seguir así. ¿Has hablado con la psicóloga que te aconsejé?

—No necesito una psicóloga, necesito tiempo.

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué? ¿Para seguir hundiéndote? ¿Pero no te das cuenta de que has vuelto a las andadas?

—No estoy deprimida, estoy pasando por una mala racha, eso es todo. ¿Tú sabes que la gente pasa por malas rachas y no por eso se vuelve loca?

—Macarena, yo no he querido decir que estés loca.

—Pues no me trates como si lo estuviera.

Desvió la mirada hacia la mesa de comedor, donde había una botella de vino vacía sobre un periódico manchado de café y restos de comida india.

—¿Has estado bebiendo sola?

—Es de la otra noche, la trajo Sven. Yo solo bebí media copa.

—No me digas que te lo has tirado, Maca. Por favor, dime que no te has tirado al tío guarro de Brighton que vive con su madre.

—No es ese Sven, es Sven… del gimnasio.

—Sven… del gimnasio, claro. ¡Si tú no vas al gimnasio!

—Pero Sven sí, allí nos conocimos.

—Espero que no sea el tío guarro de Brighton que vive con su madre y se hace pajas contigo mientras ve Juego de Tronos.

—¡Que no! Todavía no hemos quedado.

—Ni vais a quedar, Maca. Ese tío no quiere nada serio contigo, solo te quiere para hacerse pajas y contarte sus mierdas.

—Bueno, tampoco veo nada de malo en lo que hacemos, sé que no tenemos una relación ni nada parecido. Nos lo pasamos bien.

—Maca, de verdad, es que no sé qué le ves. Es un puto parásito.

—Que ya te he dicho que no es ese Sven.

—Me estás mintiendo. Has estado bebiendo sola. No puedes seguir así, no es bueno para ti.

—Ahórrate el jodido discurso paternalista, Lou —dije de camino al baño—. Yo ya tengo una madre, y mira cómo estoy por su culpa. Me doy una ducha y nos vamos a casa de Elina.

Si algún día el universo pudiera concederme un superpoder, me encantaría que este fuera el de hacer desaparecer de la faz de la Tierra de forma fulminante a todo aquel que me dijera que no era tan horrible estar sola a los treinta y nueve años. Cada vez que alguien pronunciaba esa frase, sentía que me estaba diciendo que no solo era horrible, sino que además era culpa mía. Aquella noche, en la que, como diría la chalada de Megan, los astros parecían haberse alineado contra mí, tuve que escuchar la dichosa frase al menos tres veces.

—No es tan horrible estar sola a tu edad —dijo Elina.

—No es que no es culpa de Olivia que todos los invitados a la boda tengan pareja. Es una putada que tengas que ir sola, pero no tienes que pagar con ella tus frustraciones por no ser capaz de encontrar pareja —apostilló el marido de Louisa, el insoportable de Paul, cuyo cráneo alopécico asomaba detrás del lozano pavo que presidía la mesa. Era un hombre enjuto, de cabeza diminuta y vacía tanto de pelos como de buenas ideas. Su figura se asemejaba más a la de un chupachups que a la de un ser humano.

—¿Mis frustraciones? ¿En qué momento he dicho yo que me sienta frustrada por no tener pareja? Solo estoy diciendo que soy la única que va a ir a esa boda sin pareja.

—La verdad es que es un marrón ser la única solterona en una boda, yo te entiendo —espetó Callum, al que Megan fulminó con la mirada—. ¿Qué he dicho? ¡La estoy apoyando!

—Como bien has dicho, Macarena, tú eres la única que va sola —remató Paul, el malvado

—. Si no soportas que la mayoría de hombres y mujeres mayores de treinta tengamos pareja y tú estés sola, puede que el problema seas tú, ¿no crees?

Elina y Megan le clavaron una mirada de desaprobación.

—No va a estar sola —afirmó Louisa, lanzándole un órdago a su marido y a Callum—. Estará con sus mejores amigos. Va a ser un día estupendo.

—Va a ser una boda preciosa. Es una pena que no se vayan a casar en Navidad como Olivia quería, pero aun así, va a estar llena de romanticismo y simbolismo. Olivia prometió matar monstruos por Ben y lo ha hecho. Nada ha podido con su amor.

—Mira que eres cursi, Megan.

—Y tú mira que eres fanfarrón, Paul. ¡Pero si le pediste a Louisa que se casara contigo en un viñedo de la campiña francesa con dos violinistas y bajo una puesta de sol! ¿Hay algo más cursi?

Louisa puso los ojos en blanco.

—¡Porque vi en un anuncio que te regalaban diez botellas de vino! Y tú no te rías, que te encantó.

Todos, menos Louisa, que parecía avergonzada por el comportamiento de su marido, se empezaron a reír, mientras Elina trinchaba el pavo y la pequeña Ivy metía los dedos en la salsa de arándanos.

—Ivy, cuéntale a la tía Macarena lo que has aprendido hoy en clase sobre los pavos —dijo Elina mirándome con un atisbo de compasión, en un claro intento de cambiar de tema de conversación.

—Que para saber si son chicos o chicas tienes que ver su caca —dijo la pequeña.

—¿Y sabes cuál es la principal diferencia entre los machos y las hembras? —añadió Megan, a la que siempre le gustaba aportar todo tipo de datos curiosos y a veces inverosímiles sobre cualquier tema.

—Megan, por favor, ilumínanos con tu sabiduría —ironizó Louisa, mientras el despreciable de Paul se reía.

—Que solo los pavos machos hacen gluglú —añadió Megan—. Cuando quieren aparearse con una hembra, despliegan su cola formando un abanico para parecer más grandes, y gluglutean.

—¿Y qué? —exclamó Elina.

—Gluglutean, hacen gluglú. Lo hacen para presumir de su conquista y marcar a la hembra. Así consiguen espantar al resto de machos para que no las cortejen.

—¿Un macho alardeando de sus dotes para seducir a una hembra y pavoneándose delante de otros machos como si tal proeza fuese merecedora de un Nobel? —dije, escrutando al miserable de Paul—. Vaya, ¡qué curioso! Nunca se me hubiese ocurrido.

Se hizo un repentino silencio. Louisa miró de reojo a su marido con un gesto de enfado, mientras que Elina me oteaba desde el otro lado de la mesa, apretando los dientes y aferrándose a la servilleta como si estuviera temiendo que se produjera un estallido de las dimensiones de una bomba nuclear.

—Ivy, cariño, ¿puedes traer la salsa? —dijo Elina—. Me la he dejado en la cocina.

—Iré yo, a ver si por el camino me encuentro a algún pavo macho que me aparee para no ser la rarita de la boda —espeté, clavando mis ojos en el asqueroso de Paul.

Me levanté y recorrí el pasillo que conducía a la cocina, maldiciendo el momento en el que creí que era una buena idea asistir a una cena con parejas casadas en la que se celebraba una estúpida tradición americana. Me di cuenta de por qué lo había hecho: porque no quería pasar la

noche como esas mujeres del estudio, bebiendo sola, escuchando *Folklore*[1] y buscando una excusa ridícula para llamar a mi ex y confesarle que mi vida sin ella era una mierda.

Había roto con Love tres meses antes o, mejor dicho, Love me había dejado. Según ella, nos hacíamos mucho daño la una a la otra. Lo que para mí eran las desavenencias normales dentro de una pareja en la que los dos miembros tienen distintos intereses, para ella se trataba de diferencias irreconciliables, y la única manera de complacerla era corregir todas esas cosas que no le gustaban de mí. No obstante, aun sabiendo que no era justo que siempre fuera yo la que tuviera que ceder, lo había intentado todo, pero tampoco fue suficiente para cumplir sus expectativas. Para colmo, desde que habíamos roto, no había vuelto a saber nada de ella. Me había aplicado el contacto cero porque, a su parecer, era lo mejor para las dos, o lo que en el lenguaje de Love significaba «lo mejor para ella». Siempre había sido una egoísta y había antepuesto sus necesidades a las mías en nuestra relación, pero a mí nunca me había importado mientras estuviera a mi lado. Un día se largó de mi casa con sus libros de autoayuda, su taza de Grogu y su manta de Star Wars, dejando un doloroso vacío, una escueta nota de despedida y cien libras para pagar los gastos mensuales. Poco después me enteré de que me había sido infiel al menos en dos ocasiones.

Saqué una salsera del armario de la cocina y la llené hasta arriba de salsa. Mientras buscaba una cuchara, escuché unos pasos detrás de mí.

—Macarena, no les hagas caso —dijo Elina.

—Sé de uno que va a dormir esta noche en el sofá por gilipollas, te lo aseguro —farfulló Louisa.

—No os preocupéis, ya estoy acostumbrada a las bromitas de Paul —dije, dando golpecitos con la cuchara en la salsera. Louisa me la quitó de las manos.

—Esta vez se ha pasado de la raya. Lo siento.

—No te disculpes por él, Lou. Si en realidad tiene razón, la culpa es mía y el problema soy yo. Tendría que haberme dado cuenta de que no era una buena idea venir a una cena de parejas de Acción de Gracias sin pareja y sin ser el día de Acción de Gracias.

—Pensé que te animaría —se disculpó Elina.

—¡A tirarme por un puente! ¡Pues lo habéis conseguido! Estoy animadísima a acabar con mi vida.

—Macarena, tú no tienes ningún problema, es que tantos planetas retrogradando al mismo tiempo te están dejando sin energías —dijo Megan—. Es normal que te sientas así, lo entendemos.

Elina la miró de reojo con cierto escepticismo. Megan siempre encontraba alguna explicación astrológica a todo aquello que me sucedía. ¿Que pensaba demasiado en Love? La culpa era de Mercurio retrógrado. ¿Que me encontraba intranquila? La culpa era de algún eclipse. Sin embargo, Elina y Louisa no creían en la astrología, pero le seguían la corriente porque sabían que Megan podía llegar a ser demasiado vehemente cuando se trataba de defender el influjo de los astros en el comportamiento humano.

—No puedo seguir anclada en el pasado. Love ya no está en mi vida, no va a volver y necesito seguir adelante. Tengo treinta y nueve años y soy *swiftie*[2]. El año que viene, mis probabilidades de morir soltera aumentarán.

—¿Seguro que no has bebido antes de venir? —dijo Louisa, aproximándose a mí para comprobar si me olía el aliento a alcohol.

—No he bebido, lo he escuchado esta mañana en *Good morning Britain*. Cinco de cada diez mujeres de menos de cuarenta años están solas y encima son *swifties*.

—Tienes que volver al mercado —exclamó Elina.

—Pero al mercado de productos nuevos y que funcionan bien, no al de segunda mano y objetos defectuosos. Olvídate de los casados, de los artistas atormentados y de los pajilleros que todavía viven en casa de su madre. Necesitas a alguien que te trate como te mereces y que te ofrezca estabilidad, no un atajo de perdedores—puntualizó Louisa.

—No todo el mundo es feliz como tú durmiendo siempre con el mismo hombre y haciendo exactamente lo mismo cada maldito día de su vida, Louisa —interrumpió Elina—. Quizás Macarena quiera otra cosa.

—Solo los virgo sois felices así —apuntaló Megan.

Louisa la fulminó con la mirada.

—Lou tiene razón, necesito sentar la cabeza. Es lo que quería hacer con Love y no voy a rendirme solo porque no haya funcionado a la primera. Tengo que volver a buscar el amor.

—¡Ni se te ocurra volver a llamar a Love! —gritó Louisa.

—No, no voy a llamar a Love. Si ella no quiere saber nada de mí, voy a respetar su decisión y a volver a ser la Macarena de antes, no la que se pasa el día en casa preguntándose por qué no puede tener a su lado a alguien que la quiera de verdad sin esperar que se convierta en otra persona que no es.

—Estoy segura de que algún día encontrarás a tu señor Darcy.

—¡No! ¡No! ¡No más películas románticas! Voy a volver a Tinder.

—¿Qué? —exclamaron todas al unísono.

—Pues eso, que voy a volver a descargarme Tinder y a quedar con tíos hasta que encuentre a uno que de verdad merezca la pena.

—Macarena, igual Tinder no es el mejor sitio para encontrar un marido. Es como el Ikea, buen diseño, pero mala calidad, y encima lo tienes que terminar de montar en casa, si es que logras entender el manual de instrucciones con dibujitos —dijo Louisa.

—Déjala en paz, Lou —intervino Megan—. Macarena no necesita buscar un marido. Es una mujer joven…

—No tan joven —interrumpió Louisa.

—¡Cállate, virgo! —espetó Megan—. Como decía, Macarena es una mujer joven, independiente, exitosa e inteligente. No necesita a ningún hombre para ser feliz. Lo que necesita es un compañero de vida con su misma energía. Tienes que buscarte a un acuario o un aries.

—Ya está la loca con sus chorradas del horóscopo —masculló Louisa.

—¡Cállate, virgo! —gritaron Megan y Elina.

—Chicas, no os enfadéis entre vosotras. Todas tenéis razón. Necesito volver a encontrarme a mí misma y, por qué no, a alguien que me quiera de verdad. Esta vez va a ser distinto. Nada de cretinos con problemas emocionales, ni psicópatas narcisistas, ni exnovias dramáticas…

—Ni pajilleros —intervino Louisa.

—Esperad, brindemos por eso —interrumpió Elina.

Abrió el botellero y sacó un Vega Sicilia de él que sirvió en cuatro copas.

—Elina, tú se supone que no debería beber, estás embarazada de ocho meses —dije.

—Solo me voy a mojar los labios, como tú —susurró, guiñándome un ojo—. ¡Por Macarena y por su vuelta al mercado!

—¡Por Macarena! —exclamaron todas.

—¡Por Macarena y su vuelta a la putería! —gritó Megan.

—Precisamente el objetivo es no volver a la putería, sino a encontrar estabi…

—¡Cállate, virgo! —gritaron Elina y Megan.

Alguien dio un toque en la puerta. Era Henry, el marido de Elina, que acababa de llegar del aeropuerto después de haber pasado fuera toda la semana por culpa de un inoportuno viaje de negocios a pocas semanas del nacimiento de su tercera hija.

—¿Estáis celebrando que ya está aquí el hombre de la casa? —dijo en tono jocoso, acercándose a Elina para darle un tierno beso en su enorme barriga.

—Eso es, cariño —dijo ella sonriéndole.

—Gluglú —dijo Louisa.

Todas nos empezamos a reír bajo la mirada atónita de Henry, que no entendía qué podía haber dicho que nos hiciera tanta gracia. Elina le abrazó y él posó su mano derecha en su vientre, mientras le susurraba al oído lo mucho que la había echado de menos y las ganas que tenía de que la pequeña Marjorie llegara.

Y me di cuenta de que eso era lo que yo quería: un hombre que me quisiera como Henry quería a Elina, con quien formar un tándem perfecto, un compañero de vida. Henry era el hombre ideal, el amigo más leal y, según Elina, el amante más ardiente. Aunque las gemelas habían supuesto un enorme cambio en su vida de pareja, no habían conseguido apagar la llama de la pasión y Henry era el que más hacía para que esta siguiera viva, según la propia Elina.

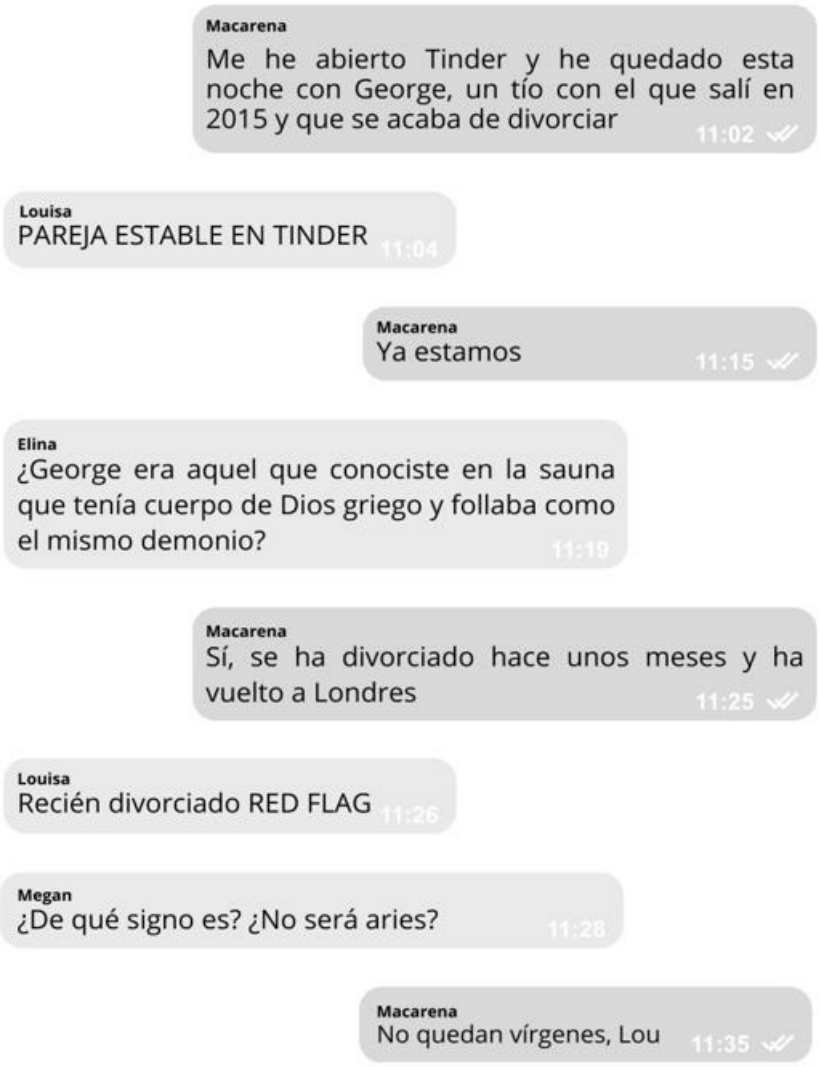
Y Henry no era un pavo macho que hacía gluglú.

Sábado, 1 de marzo: El recién divorciado

Después de aquella accidentada cena de No Acción de Gracias que acabó con el perverso Paul en el hospital a punto de perder un ojo por culpa de un díscolo dado que salió despedido de mi mano, me decidí a volver a estar activa en mis redes sociales que había ignorado en el último año. Lo primero que hice fue abrir Instagram, donde encontré una solicitud de amistad de George, un corredor de bolsa de cuarenta y dos años con el que me había acostado varias veces en 2017, y que por sus últimas fotos parecía que ya no estaba casado: un viaje por Nepal en solitario, una boda a la que había asistido con alguien que no era Heather, su ex, y una cena en un restaurante de tres estrellas Michelin con una rubia que bien podría ser la hermana pequeña de Heather.

Primera regla que me había impuesto: no más casados. Quería a un hombre que fuera en exclusiva para mí. ¿Pero a un hombre? ¿Y por qué no a una mujer? La única que me había atraído en toda mi vida había sido Love, pero tal vez porque había idealizado tanto nuestra relación que yo misma me había convencido de que la única mujer con la que podría tener esa conexión sería con ella. Al final decidí que por el momento me centraría en los hombres, pero que si conocía una mujer con la que conectara, le daría una oportunidad. Acepté la solicitud de amistad de George, que me escribió un mensaje privado una hora después y quedamos para cenar en el Soho aquella misma noche.

Antes escribí a las chicas para comunicarles que iba a tener mi primera cita aquella misma noche.



Abrí el armario y saqué un vestido negro corto que no había usado desde hacía bastante tiempo. Me lo puse, me miré al espejo e hice un mohín. ¿Me quedaba antes tan ajustado o había engordado? ¿Eso que colgaba de mi muslo era un trozo de pellejo? «Ni se te ocurra ir de putón», resonó la áspera voz de Louisa en mi cabeza. Guardé el vestido y me puse un traje de chaqueta de tweed gris oscuro que había llevado en algunos eventos de trabajo. ¿Parecía una directora de Recursos Humanos? Sí, definitivamente parecía una directora de Recursos Humanos. Desde que ocupaba el puesto de Elina me había convertido en ella: pelo recogido en un moño bajo, trajes de chaqueta con falda rozando las rodillas y maquillaje discreto. Ya no quedaba rastro de la Maca de vestidos sexis y escotes sugerentes. Rescaté del fondo del armario unos vaqueros, me puse una camisa blanca y unos tacones rojos y cogí la chaqueta de cuero del perchero de la entrada. Llamé a un Uber y en media hora estaba en Leicester Square esperando a George.

Poco después de llegar al lugar donde habíamos quedado, George me llamó para decirme que acababa de salir de la estación de metro de Piccadilly Circus y que estaría allí en menos de cinco minutos. Empecé a sentir un cosquilleo en el estómago. Había mucha gente en la plaza,

como casi todos los fines de semana a esas hora, así que decidí acercarme a la tienda de M&Ms para que le fuera más fácil verme. Le escribí para confirmarle que le esperaría en la puerta de la tienda y me respondió al instante que en unos segundos estaría allí, que desde donde se encontraba ya podía ver el cartel luminoso. Supuse que estaba tan cerca que podría reconocerle. Miré a mi alrededor, pero no había ni rastro de George. De repente noté un toque en el hombro.

—¡Macarena! No has cambiado nada, tan preciosa como siempre.

Lo miré de arriba abajo inconscientemente y es probable que mi cara más que de sorpresa fuera de estupor. Él, sin lugar a dudas, se dio cuenta. No era el mismo George de cuerpo escultural que recordaba, e inmediatamente me reprendí a mí misma por haberlo pensado. Yo tampoco era la Macarena Stuart de entonces, aunque para él estaba claro que seguía siendo atractiva porque me estaba comiendo con los ojos.

—Los años no nos han tratado de la misma forma —dijo, dándose palmaditas en su prominente barriga.

—Encantada de volver a verte, George —respondí dándole un abrazo, al que reaccionó bajando su mano hasta mis glúteos y apretándolos entre sus dedos.

—Sí, definitivamente los años no nos han tratado a los dos por igual. Tú sigues estando buenísima y yo ahora parezco tu padre.

—No digas tonterías, George. Vamos al restaurante, que tengo mucha hambre.

—Y yo. No te puedes imaginar cuánta.

La cita fue muchísimo mejor de lo que esperaba. Compartimos una ensalada y un carpaccio de buey. No habíamos llegado a pedir el segundo plato cuando ya me había dejado de fijar en su barriga cervecera y su incipiente calvicie. Seguía siendo tan inteligente, locuaz y divertido como recordaba, así que después de una hora haciéndome reír a carcajadas y de decirme que quería que fuera su postre aquella noche, salimos del restaurante y nos empezamos a besar y a meter mano en un callejón cerca de Chinatown. Hacía tanto tiempo que nadie me tocaba que me excité al instante.

—Espera, voy a pedir un taxi —dijo, mientras buscaba con torpeza su teléfono móvil—. ¿Sigues viviendo en el mismo sitio de siempre?

—Yo sí. ¿Pero tú no vivías aquí al lado?

—Vivo en Regent’s Park, pero no podemos ir a mi casa porque no vivo solo.

Aparté inmediatamente mi mano de su bragueta.

—¿Qué? ¿No me habías dicho que no estabas con nadie?

—Y no lo estoy, es que estoy viviendo con mi madre de forma provisional.

—¿Provisional? —pregunté indignada—. ¿Pero no te has divorciado hace tiempo?

—Hace ya dos meses, pero ha sido todo muy complicado.

¿Cómo que dos meses? Por la conversación que habíamos mantenido por Instagram, hubiera jurado que su matrimonio había acabado hacía casi un año. De repente mi excitación desapareció y lo único en lo que pensaba era en irme de allí en aquel mismo momento.

—Ya me imagino que un divorcio con hijos debe ser complicado, pero me dijiste que te habías divorciado hacía tiempo, que estabas bien y que había sido de común acuerdo.

—Y así ha sido, Macarena. Pero no todos podemos pasar página tan rápido. Ella se ha quedado con el dúplex y no tengo otro sitio a dónde ir. Ahora mismo tengo mucho trabajo y me falta tiempo para ponerme a buscar pisos.

—Mira, George, para mí es importante que seamos sinceros el uno con el otro. Sabes que no quiero rollos con hombres con divorcios problemáticos. No quiero estar en medio de un fuego

cruzado y acabar siendo la víctima.

—Lo entiendo, Macarena, pero todo está bien, de verdad. Mi matrimonio ya es agua pasada. Y me muero de ganas de follarte —susurró, volviendo a meter su mano bajo mis vaqueros. Me volví a excitar—. ¿Recuerdas aquel fin de semana en la playa? Yo todavía no lo he olvidado, fue el mejor polvo de mi vida. Dime que no te gustaría repetirlo.

—Claro que sí —dije, dejándome llevar por la excitación.

—Quiero follarte aquí y ahora.

—Sé dónde podemos ir —susurré, mientras George deslizaba su lengua desde mi cuello hasta mis pechos—. Ven conmigo.

Le llevé hasta un pequeño restaurante en Chinatown donde había un baño de minusválidos en el sótano en el que más de una vez Love y yo habíamos hecho el amor cuando estábamos en aquella época en la que no puedes ni esperar a llegar a casa para echar un polvo. Me subí a la encimera de mármol y dejé que George hundiera su lengua dentro de mí hasta que me corrí como hacía mucho tiempo que no lo había hecho, ni siquiera con Love. Después se bajó el pantalón y dejó a la luz su sexo erecto. Y cuando estaba a punto de embestirme, su teléfono empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo, lo miró y lo ignoró, y a continuación introdujo su miembro dentro de mí, a lo que respondí con un profundo gemido. Tras varias estocadas, me cogió por las caderas y me giró. Me volvió a penetrar desde atrás, mientras notaba cómo mis pezones se endurecían por la excitación y el contacto con el gélido mármol de la encimera. Me tiró del pelo y mordisqueó mi cuello mientras gemía de placer. Siguió embistiéndome durante unos minutos más, pero de pronto empecé a notar cómo disminuía el ritmo y dejaba de gemir. Y fue entonces cuando escuché el sonido de unas teclas. Me giré y vi que estaba tecleando algo en el móvil.

—¿Pero qué haces?

—Perdona, pero mi ex me acaba de escribir para decirme que quiere que mañana vaya a por los niños. ¡Será hija de la gran puta! Es la segunda vez este mes que me cambia el fin de semana porque quiere salir con el retrasado de su nuevo novio.

Durante unos segundos no supe reaccionar a aquello. Estaba apoyada en la encimera del baño de un restaurante de mala muerte con el pene de un cuarentón calvo y barrigón dentro de mi vagina mientras él enviaba mensajes a su ex. Dejó de moverse mientras tecleaba y masculló algo que no logré descifrar. Y de repente me pareció escuchar una vocecita susurrándome al oído que tenía que dar gracias a que por lo menos había conseguido sacarme un orgasmo y que o me quedaba allí a esperar que volviera a intentarlo o me iba sola a mi casa a beberme una botella de vino y llorar hasta quedarme dormida. Me incorporé y me subí el pantalón. George seguía mirando su teléfono con su pene ya flácido colgando como si fuera la papada de un pavo. De repente apartó la vista de la pantalla y pareció recordar que estaba allí.

—Macarena, perdona, dame unos minutos para que arregle esto y estoy contigo —dijo, poniendo su mano libre en mi cintura.

—No, George, ya no me apetece —confesé mientras me abrochaba la camisa—. Me voy a casa.

—Lo siento, de verdad, pero aunque las cosas entre nosotros suelen estar bien, hay días que surge alguna complicación. Te llamo otro día y quedamos, ¿vale? Y te prometo que la próxima vez no habrá llamadas ni interrupciones.

—Adiós, George.

Subí las escaleras del restaurante con la convicción de que nunca más volvería a quedar con él, pero preferí no tener una conversación que sabía que no nos llevaría a ningún lado. Cogí un taxi en Shaftesbury Avenue y escribí a las chicas en el chat que no iba a volver a quedar con un

divorciado. Cuando llegué a casa, le bloqueé.

Domingo, 2 de marzo: El Arguiñano

Como cada último domingo del mes, había quedado con las chicas para tomar el brunch en el Farmer's. Salté de la cama al vestidor media hora antes de que el taxi me recogiera en la puerta de casa. Era una tradición que había nacido de una de las numerosas crisis de Megan con Callum. Cada vez que nos convocaba para hablar de su última discusión —que era como mínimo un domingo al mes—, justo después daba un paso adelante en su relación, como irse a vivir con él o adoptar juntos a Carrot, un gato tuerto naranja que Megan se encontró en la basura y al que con orgullo llamaba «nuestro Carrot», como si quisiera resaltar que era algo que había acabado de consumar su unión. Un buen día, Elina sugirió que quedáramos todos los últimos domingos de cada mes para tomar el brunch en Farmer's, a dos manzanas de la casa de Megan, para que nos relatara lo que habíamos llamado «la bronca del mes». Y Megan nunca decepcionaba, siempre nos daba carnaza para tener tema de conversación hasta el último domingo del mes siguiente.

—Ahora se ha empeñado en comprar una barbacoa que cuesta catorce mil libras porque Barry de Activos Financieros le enseñó su nueva casa ayer y tiene una.

—¿Pero de qué está hecha esa barbacoa? —dijo Elina sorprendida—. ¿De diamantes de Tiffany's?

—De nada especial. Es lo de siempre, que si sus amigos tienen algo nuevo, él quiere tener lo mismo. Y por más que hablamos de ello, no quiere entender que nuestra filosofía de vida es diferente.

—Quizás la tuya lo sea, pero la suya no, Megan —puntualizó Louisa, a la que siempre le gustaba hacer de angelito malo—. No vas a conseguir cambiarle. Si quieres que vuestra relación dure, tarde o temprano tendrás que ceder a la barbacoa de diamantes, el jacuzzi con putiluces y el deportivo gris antracita con asientos climatizados.

—¿Pero para qué quiere una barbacoa si Callum ni siquiera ha frito un huevo en su vida? —añadió Elina.

—Pues por lo que a todos les da por la cocina, porque tienen que demostrar que saben desempeñar correctamente su función de macho desde la Prehistoria: proveer alimento —apostilló Louisa.

—Y el jacuzzi lo querrá para descansar del arduo esfuerzo que requiere asar dos chuletones en una máquina que se enciende con un botón —añadí—. Y el deportivo supongo que como recompensa por haberse convertido a sus cuarenta y un añazos en lo que toda mujer siempre ha deseado: un hombre que tres veces al año asa chuletones para demostrar delante de sus amigos que es un digno miembro del club de pavos machos que hacen gluglú.

—Y hablando de pavos machos —interrumpió Elina—, ¿cómo fue tu cita de ayer? No nos has contado nada todavía.

—Porque no hay nada que contar. Ayer volví a abrir Tinder.

—¿Y? ¿Has quedado ya con alguien? —preguntó Megan.

—No, todavía no he hecho *match* con ninguno o eso creo —dije, sacando mi teléfono del bolso—. Voy a ver.

Desbloqueé la pantalla y vi que tenía varias notificaciones. Siete de ellas eran de Tinder y cinco de mensajes privados de Instagram. Toqué accidentalmente una notificación que me acababa de llegar: Koldo, ingeniero de telecomunicaciones, y yo habíamos hecho *match*.

—¿Algo interesante? —dijo Elina, guiñándome un ojo.

Leí la descripción del perfil de Koldo en voz alta.

—Ingeniero de telecomunicaciones, treinta y nueve años. Me gusta viajar y ver puestas de sol.

—Qué original —dijo Megan.

—No se me da mal la cocina, ni la comida —dije, emitiendo un carraspeo—. La tortilla de patata lleva cebolla y no hay discusión. Madre mía, qué poco original.

—Mucho hacer tortillas y croquetas, pero luego no saben ni dónde está el clítoris —dijo Louisa.

—Qué manía que tienen de poner que les gusta cocinar. ¿Y lo de la tortilla de patata y las croquetas? ¿Es que les dan puntos o algo? Que sí, Koldo, que eres un adulto funcional que sabe alimentarse.

—Uy, tiene pinta de tauro —sentenció Megan.

—¿Y eso qué significa? —dije asustada por la expresión de terror de su cara.

—Macarena, está bueno y se le da bien la comida, no está nada mal para empezar. —Elina soltó una carcajada.

—Pero Macarena no está buscando un polvo, está buscando una relación…

—¡Cállate, virgo! —exclamaron Elina y Megan a la vez.

—De verdad, sois las dos unas gilipollas —resopló Louisa—. No estoy diciendo que no se lo tire si le apetece, pero al menos que intente conocerle, saber qué le apasiona y demostrarle que le interesa para algo más que un polvo. No sé, lo normal, digo yo, preguntarle por su familia, por sus gustos, entablar una conversación, y una vez que sepas al menos el nombre de su madre y si le gustan los animales ya puedes dar el siguiente paso.

—Está bien, le daré una oportunidad al ser humano funcional que sabe hacer una tortilla con cebolla. Y si todo sale bien y me da un táper con las sobras, las probaremos juntas y decidiremos si pasa a la segunda fase.

—¿Y cuál es la segunda fase? —dijo Louisa.

—La de candidato a novio estable a prueba de virgos.

Llegué a la puerta del apartamento de Koldo media hora antes de la hora a la que habíamos quedado y le envié un mensaje para preguntarle si podía entrar. Accedió y subí a su casa. Estaba terminando la cena y llevaba unos pantalones de pijama de Star Wars idénticos a unos que tenía Love. «Por Dios, Maca, a tres de cada cuatro humanos de este planeta les gusta Star Wars», me reprendí. Me sirvió una copa de vino y esperé en la cocina a que se diera una ducha y se cambiara de ropa. Parecía un hombre agradable y tenía una mirada que transmitía paz. Era educado, algo tímido y su apartamento estaba demasiado ordenado para ser compartido. Vivía con su mejor amigo de la universidad, que trabajaba en la misma empresa que Koldo.

Cuando salió de la habitación, parecía una persona diferente a la que me había encontrado tan solo una hora antes con una camiseta llena de lamparones y un ridículo pantalón que además le quedaba corto. Tenía buena planta, de eso no había duda. Era moreno, alto y llevaba un jersey gris oscuro que intuía un físico esculpido con esmero durante largas sesiones en el gimnasio. Me invitó a sentarme en el sofá mientras me terminaba la copa de vino. Él se sirvió una y se sentó a mi lado, tan cerca que me llegaba el aroma de su espuma de afeitar. Me atraía tanto que a punto estuve de abalanzarme sobre él e ignorar la voz de Louisa que retumbaba en mi cabeza recordándome una y otra vez que no buscaba un «aquí te pillo y aquí te mato», sino un compañero de vida. Después de casi quince minutos hablando sobre cómo había afectado el

Brexit a las empresas con bases en otros países, decidí que quería que pasásemos a la siguiente fase.

—¿Cómo se llama tu madre? —espeté.

—Mi madre murió cuando tenía diez años.

—Vale, digo… qué pena, lo siento mucho.

De repente me lancé sobre él y nos besamos con pasión. Le empecé a desabrochar los botones del pantalón para acceder a su miembro, a lo que él respondió con un «deberíamos cenar antes». Acepté algo contrariada y nos sentamos a cenar. Me dijo que iba a la cocina a por la cena y a refrescarse un poco porque sentía un ardor que solo podría desaparecer si se olvidaba de lo que acababa de pasar durante unos minutos. Cuando advertí que tardaba demasiado, me levanté para ver si estaba bien y lo encontré en la cocina hablando con alguien por teléfono. Entendí que era su compañero de piso porque le estaba diciendo que no fuera aquella noche a casa porque había quedado con una chica y pensaba pasar con ella toda la noche y hacerle un buen desayuno. Me sonrojé y volví a la mesa antes de que notara mi presencia.

Pocos minutos después llegó con una bandeja de quesos, embutidos italianos, diferentes tipos de panes y encurtidos. Me dijo que había estado hacía unas semanas en Italia y que siempre que iba se traía una maleta llena de comida. Tenía una conversación agradable, hablaba de forma pausada y era culto. Había viajado por todo el mundo y le encantaba hablar de gastronomía, y fue precisamente cuando empezamos a hablar de su gran pasión, cuando empecé a ver otra versión de él que se alejaba mucho del hombre tranquilo, apacible y encantador que me había vendido que era.

—Los mejores arroces se hacen en Euskadi, y punto.

—Yo no he dicho que en el País Vasco se haga mal el arroz, solo digo que la Comunidad Valenciana es más reconocida que el País Vasco por sus arroces. Incluso tiene un plato con denominación de origen como es la paella.

—Pues no tienen ni puta idea de cocina. Y, por cierto, es Euskadi, no País Vasco.

—Mira, Koldo, no me jodas, en castellano se dice País Vasco.

—¿Y tú qué sabrás si tienes de española lo que yo de ruso?

—Venga, lo que tú digas, no tengo ganas de discutir.

—Es que no hay nada que discutir —sentenció, dando un golpe en la mesa—. Los datos están ahí: Euskadi tiene más estrellas Michelin que la Comunidad Valenciana, por tanto su gastronomía es mejor, incluyendo los arroces.

—Koldo, ya te he dicho que mejor dejemos el tema, no quiero discutir —dije, intentando apaciguar su furia—. ¿Qué me estabas diciendo sobre tu hermano?

—Que estudia Derecho.

—Ah, sí. En donde se rodó Harry Potter. En Cambridge, ¿no?

—Harry Potter se rodó en la Universidad de Oxford, no en la de Cambridge.

Emitió un profundo resoplido que me incomodó. Dejé caer los cubiertos sobre la mesa demostrando mi enfado por su actitud infantil.

—¿Hay algo de lo que podamos hablar sin discutir?

—¿Y quién ha dicho que estamos discutiendo? Estamos hablando, Macarena.

—No, estás sacándole punta a todo lo que digo.

—¿Es mi culpa que seas tan ignorante y no sepas cosas que todo el mundo sabe?

Koldo me escrutó durante unos segundos y a continuación dejó los cubiertos sobre la mesa como si fueran dos armas sobre el campo de combate y estuviera declarando su rendición. Sabía que había colmado mi paciencia y que la cita se había terminado. Me quedé durante unos

segundos esperando una disculpa que nunca llegó y al final me levante, cogí mi abrigo y mi bolso del perchero de la entrada y abrí la puerta. Aun así, él siguió sin dar su brazo a torcer y no se movió de su silla. Me di la vuelta antes de salir y vi que su rostro seguía indiferente.

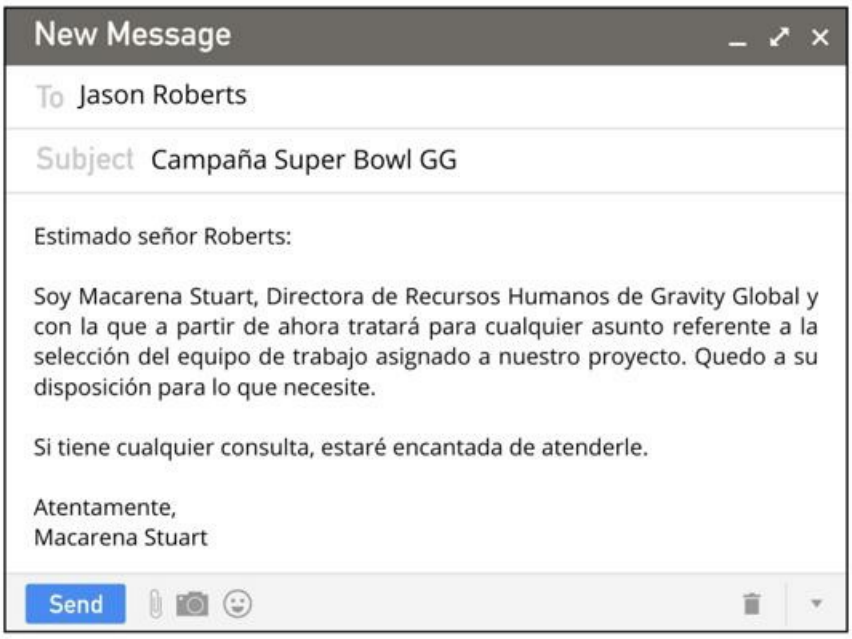
—Soy sevillana, por cierto. Y la mejor feria de Sevilla está en Sevilla, no en País Vasco, ¡cuñado! ¡Que eres un cuñado!

Me fue pegando un portazo y le bloqueé antes de pedir el Uber.

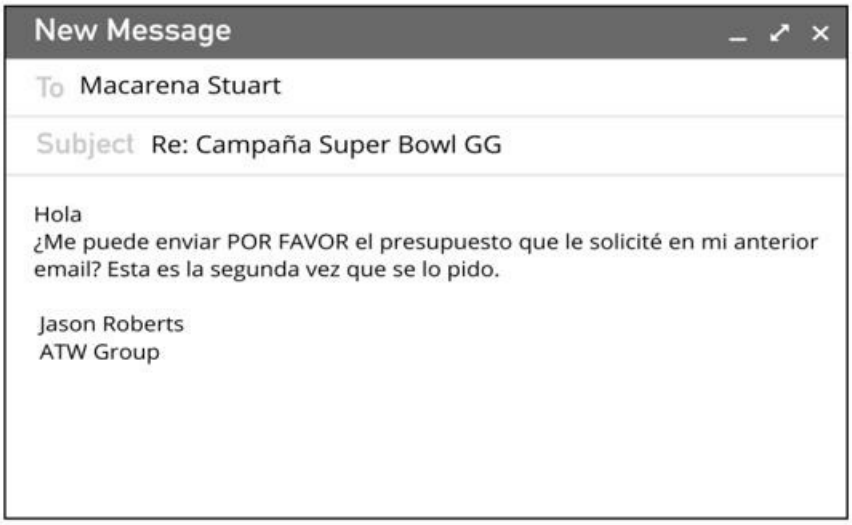
Lunes, 3 de marzo: El runner

Mi antigua psicóloga solía decir que esperar que todas y cada una de las piezas y engranajes que conforman nuestra existencia funcionen como un reloj suizo es como esperar que te toque la lotería solo por haber comprado un décimo. Mientras que mi vida sentimental era un auténtico desastre, el resto de las piezas parecían encajar a la perfección. Me acababan de nombrar Directora de Recursos Humanos en Gravity Global, agencia publicitaria en la que llevaba trabajando desde que me gradué y decidí solicitar un puesto de becaria. Mi permanencia en la empresa había sido de lo más inesperada. Aunque en un principio mi intención solo era la de poner en mi currículo que había realizado seis meses de prácticas en la mejor agencia publicitaria del Reino Unido, acabé aceptando un puesto de administrativa que había quedado vacante por una baja por enfermedad. Meses después quedó disponible un puesto fijo y acabé quedándome en Gravity contra todo pronóstico, ocupando puestos diferentes dentro del departamento de Recursos Humanos, hasta acabar como mano derecha de Elina, la directora del departamento y una de mis mejores amigas. Y, desde que estaba de baja por maternidad, la estaba sustituyendo como directora del departamento. Tras la marcha de Olivia, mi casi única amiga en los últimos años, Elina se había convertido en mi mayor apoyo y mi fiel confidente, y era tan buena en su trabajo que no resultaba una tarea fácil estar a su altura en eficiencia y excelencia. Aquella semana iba a ser decisiva para mí y para mi futuro en la empresa. Si el nuevo proyecto que se me había encomendado tenía éxito, me abriría las puertas a un posible nuevo puesto cuando Elina volviera, ya que necesitaría algo más que una mano derecha para poder abarcar la magnitud de aquel nuevo reto para nosotras dos y para la compañía: una colaboración con una gran agencia americana para nada más y nada menos que la Super Bowl, un evento en el que toda agencia publicitaria sueña con participar.

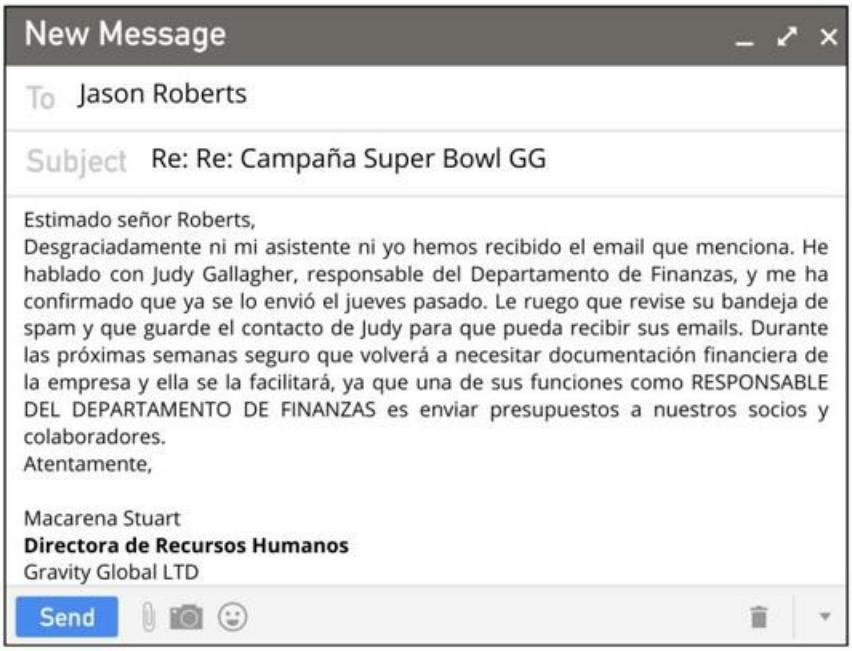
Aquel lunes no salí a comer con las chicas como de costumbre y decidí quedarme en la oficina adelantando trabajo. Había estado reunida casi dos horas con el jefe del departamento financiero y tenía varios emails en mi bandeja de entrada sin leer. Lo primero que hice fue enviar un email a Jason Roberts, el director de ATW, la agencia colaboradora en Estados Unidos, al que el señor Wilkinson, el director general, me había pedido que enviara un email presentándome.



Su respuesta no se hizo esperar. Abrí el mensaje y me quedé estupefacta después de leer su contenido.



Tuve que volver a leerlo para asegurarme de que no era fruto de mi imaginación. ¿Me lo parecía a mí o ese hombre era un maleducado? ¿Qué formas eran esas de contestar a un email de cortesía de alguien con quien podrías tener que trabajar codo con codo durante varios meses? ¿Y qué quería decir con que era la segunda vez que me lo pedía? Revisé mi bandeja de entrada buscando otro mensaje suyo. No había ni rastro de cualquier tipo de correspondencia procedente de su dirección de correo electrónico o de alguna otra de ATW. Después de cerciorarme de que ni yo ni mi asistente habíamos recibido ningún email de Jason Roberts, le respondí.


New Message

To Jason Roberts

Subject Re: Re: Campaña Super Bowl GG

Estimado señor Roberts,
Desgraciadamente ni mi asistente ni yo hemos recibido el email que menciona. He hablado con Judy Gallagher, responsable del Departamento de Finanzas, y me ha confirmado que ya se lo envió el jueves pasado. Le ruego que revise su bandeja de spam y que guarde el contacto de Judy para que pueda recibir sus emails. Durante las próximas semanas seguro que volverá a necesitar documentación financiera de la empresa y ella se la facilitará, ya que una de sus funciones como RESPONSABLE DEL DEPARTAMENTO DE FINANZAS es enviar presupuestos a nuestros socios y colaboradores.
Atentamente,

Macarena Stuart
Directora de Recursos Humanos
Gravity Global LTD

Send

Aquella noche había quedado para cenar con Aidan, un profesor de universidad irlandés que vivía en Londres desde hacía diez años. Esa misma mañana habíamos intercambiado varios mensajes y me había enviado una foto actualizada para que pudiera reconocerle. Rubio, de cuerpo atlético y una cálida mirada azul cielo.

Subí a por un sándwich al comedor y me encontré con Megan, que parecía que tampoco iba a poder salir a almorzar con las chicas. Decidí parar diez minutos antes de ponerme con los malditos informes y me senté con ella. Le conté que había quedado con alguien aquella noche y le puse al tanto de mis progresos en mi ardua tarea de encontrar el amor verdadero.

—Al menos este no parece un capullo sabelotodo —dije. Puse los ojos en blanco—. Es sano, deportista y no presume de saber calentar un vaso de leche. Y tampoco practica *hiking*, ni *trekking*, ni *climbing*, ni sabe arreglar el motor de un coche. ¿Y esa manía de poner que saben arreglar cosas? Querido, no me importa una mierda si sabes colgar una lámpara o cambiar una bombilla, lo único que me importa es que me trates como a un ser humano y tengas un mínimo de responsabilidad afectiva.

—Sé cómo va a sonar esto, Maca, pero…

—No, Megan, no me sueltes otra vez eso de las energías y toda esa mierda de las fuerzas cósmicas.

—No te voy a hablar de fuerzas ni de energías, solo creo que enrollándote con desconocidos de una aplicación de citas no vas a encontrar lo que buscas. Cuando tenga que suceder, sucederá; no cuando tú quieras.

—¿Y qué energía quieres que fluya si me paso el día trabajando? ¿Crees que la energía un día tocará mi puerta y me dirá «hola, soy tu energía y te traigo a Harry Styles»? Y para colmo dentro de unos días empezamos con la campaña de los americanos. Estoy desbordada y solo estamos a lunes.

—Me lo imagino. Por cierto, acaban de llegar.

—¿Quiénes?

—Los americanos. Hace cinco minutos estaban en el vestíbulo con Mark y el señor Wilkinson. ¿No te has cruzado con el macizo?

—¿Qué macizo?

—¿Pues quién va a ser? Macarena, está como un tren.

—¿Pero de qué macizo hablas?

—¿De quién va a ser? Pues de Jason Roberts, el director creativo de ATW Group. Tienes que verlo. Se nota que ha sido deportista de élite, tiene el culo para partir nueces.

—¡Megan!

—¡Es verdad! Ese hombre tiene un culo esculpido por los mismísimos dioses del Olimpo. No es que yo haya ido a mirárselo, es que es imposible que pase desapercibido. Y qué espalda, es un armario empotrado. Tiene energía aries, un potro desbocado, vaya.

—Creo que nunca te había visto tan efusiva con algo, y menos con ninguna parte del cuerpo de ningún hombre, ni siquiera de Callum.

—Bueno, es que Callum es un buen hombre, aunque haga gluglú de vez en cuando, y estoy muy enamorada de él, pero ciega no estoy. Macarena, tienes que bajar a verlo.

—Vuelvo a la oficina, Megan. Ahora no tengo tiempo para esculturas griegas. Todavía tengo que decidir quién va a estar en el equipo de la nueva campaña y quién no. El señor Wilkinson ya me ha enviado hoy dos emails preguntándome si ya me he decidido. Y, por cierto, estará como un tren y tendrá el culo para partir nueces, pero es un gilipollas.

—¿Pero no decías que no lo habías visto?

—No necesito verlo para saber que es un maleducado y un gilipollas. Solo he necesitado dos emails suyos para darme cuenta. Menos mal que apenas voy a tener que trabajar con él en cuanto asignemos el equipo de trabajo.

—Pues vas a tener que aguantarle durante al menos dos semanas, Macarena. Ojalá más, necesitamos esa campaña.

—Y la conseguiremos, no te preocupes. A partir de ahora haré la mejor interpretación de mi vida. Nadie se dará cuenta de que no le soporto.

Tres horas después salí de Gravity. Cuando estaba llegando a la estación de metro de Green Park, Aidan me envió un mensaje para decirme que se iba a retrasar y que teníamos que quedar una hora más tarde. No me dio ninguna explicación sobre el motivo de aquel inesperado cambio, pero decidí no darle importancia e irme a una librería para hacer tiempo.

Dos horas después estaba sentada en la barra circular del Quentin’s, uno de los restaurante de moda de Islington, que aunque estaba en la otra punta de Londres, Aidan había insistido en que irme hasta allí merecería la pena. Estaba en una zona que desconocía. Hasta que no entré no me di cuenta de que más que un restaurante era uno de esos locales modernos de zumos de verduras mezclados con kombutcha y comida orgánica que estaban invadiendo la ciudad. Lo primero que se me vino a la cabeza fue que Aidan quizás me habría llevado allí porque era vegano, aunque más tarde me fijé en que había platos con carne. Cuando me percaté de que llevaba más de quince minutos de retraso, le envié un mensaje para preguntarle cuánto tiempo iba a tardar. Me respondió segundos después que estaba llegando. No me había dado tiempo a meter el teléfono móvil en el bolso cuando atravesó la puerta de entrada con una encantadora sonrisa. También con un pantalón corto y una camiseta con una enorme mancha de sudor en el pecho.

—Lo siento, Macarena —dijo, jadeando—. Es que ya solo faltan dos meses para la maratón y tengo que aprovechar hasta el último minuto para entrenar.

Me plantó un beso y me dejó un rastro de sudor en la mejilla que me quité con la servilleta discretamente. Sentí unas ganas irrefrenables de largarme de allí en aquel mismo momento, pero todavía no había hecho nada tan grave como para no darle una oportunidad. Además se había disculpado varias veces por el retraso, así que me quedé.

Se sentó a mi lado y la camarera se acercó para darnos la carta, a lo que él respondió que todavía no íbamos a comer. Me miró y me dijo que tenía que esperar al menos media hora porque no era bueno ingerir agua o comida después de correr más de veinte millas. A pesar de que me molestó que no me preguntara si yo tenía hambre y que tomara la decisión de que esperáramos para cenar, no dije nada. En vez de confesar que me estaba muriendo de hambre porque solo me había comido un sándwich de huevo con beicon en todo el día, aguanté con estoicismo un largo soliloquio sobre los beneficios del *running* para la salud y cómo su ex le había dejado por teléfono porque no le gustaba que entrenara todos los días.

—Si tu pareja no apoya lo que te hace feliz, mejor estar solo que mal acompañado, ¿no crees? —declaró, mirándome fijamente como si estuviera esperando mi aprobación, aunque sin ninguna duda estaba convencido de su argumento. Asentí para que dejara de otearme como si me estuviera sometiendo a una especie de prueba de idoneidad.

Cada vez que pasaba la camarera con un plato de comida me sonaban las tripas como si tuviera dentro una gata en celo. Cuando por fin decidió concluir su monólogo e interesarse por algo más que no fuera él, me sometió a un tercer grado que parecía más un cuestionario de una revista adolescente que un intento por conocerme más.

—Si te fueras a una isla de desierta y solo pudieras llevarte una cosa, ¿qué sería?

—Una maleta llena de galletas Lotus.

—¿Cuál es tu película favorita?

—Los Gremlins, porque soy como ellos: si ceno tarde me convierto en una criatura malévola y perversa.

—Vale, lo he pillado —dijo, buscando con la mirada a la camarera, que estaba a menos de un metro de nosotros y en seguida se percató de que queríamos pedir la cena—. ¿Nos podría traer la carta, por favor?

Después de otro intrascendente soliloquio sobre nutrición deportiva, decidí hacer caso omiso a sus recomendaciones y pedí una hamburguesa con patatas, ensalada de col lombarda y un *Prime Hydration*[3] de frambuesa y arándanos, opción que pareció no gozar de su beneplácito.

—¿Sabes que mi agencia puede que haga un anuncio de esta bebida? Y nada más y nada menos que para la Super Bowl.

—Pues no se puede decir que sea muy apta para deportistas, está llena de azúcar y colorantes artificiales.

Él pidió una ensalada de kamut[4] y brotes verdes con humus de calabaza y una botella de agua. Mientras la camarera tomaba nota del pedido en su IPhone, Aidan no pudo reprimir expresar una vez más su desacuerdo con mi elección, esta vez de manera verbal.

—Si yo me comiera toda esa cantidad de grasa no podría completar ni la primera mitad de la carrera —dijo delante de la camarera, que pareció advertirme con una mirada compasiva que todavía estaba a tiempo de salir corriendo.

—Por eso yo no corro maratones, Aidan, porque me gusta alimentarme de algo que no sea agua y alfalfa. ¿Quieres probarlo? —dije acercando la lata a su mano.

—No, gracias. No tomo azúcar, es malísimo para la salud.

—¿Entonces solo haces cosas buenas? En Tinder decías que eras un chico malo. ¿Te referías solo en la cama?

La camarera le miró con una media sonrisa burlona y nos preguntó si íbamos a tomar algo más. Añadí que probablemente comería postre, pero que decidiría cuál en cuanto me acabara mi hamburguesa. Aidan esta vez no hizo ningún comentario, solo puntualizó que él no necesitaría la carta de postres porque el azúcar era malísimo para la microbiota y el no sé qué del colon.

Durante los siguientes diez minutos, no paró de hablar de los maratones que había corrido y de sus últimas marcas, lo que propició que dejara de prestarle atención y empezara a pensar en mi primera toma de contacto con Jason Roberts. ¿Cómo sería nuestra relación después de aquel desencuentro? ¿Cómo podía haber sido tan maleducado? Lo único que sabía sobre él era que había sido jugador de fútbol americano y que era uno de los nombres más importantes dentro del mundo de la publicidad en Estados Unidos. Su conocimiento del sector, en el que ATW Group no tenía competidores, había conseguido que la compañía acaparara todas las grandes campañas mundiales de las grandes marcas deportivas y que la Super Bowl se convirtiera en un gran escaparate para sus anuncios. Si Gravity colaboraba con ATW, entraría por la puerta grande en el mercado americano que se le resistía desde hacía más de una década. Introduje su nombre en la barra del buscador de Google y pinché en la primera foto que apareció de él.

—¡Ojú, mi *arma*! —exclamé.

—¿Qué has dicho? —dijo Aidan extrañado.

—Perdón, es que he recibido un email importante del trabajo.

—¿Qué idioma era ese? ¿Griego?

—No, español. Soy española, aunque llevo viviendo toda mi vida en el Reino Unido.

—Claro, de ahí el nombre —dijo asintiendo con la cabeza—. En España se corre todos los años en Navidad una carrera muy importante, ¿no?

—Ni puta idea, Aidan, como te he dicho no corro maratones y nunca he vivido en España.

—Bueno, no hace falta que me contestes así, solo era una pregunta.

De repente empecé a sentir una ira interior que, mezclada con el hambre y el sueño que me producían sus eternas disertaciones sobre temas que carecían del más absoluto interés, acabó detonando como una bomba nuclear. Busqué a la camarera con la mirada y levanté la mano para que se acercara a la barra circular que ocupaba el centro del restaurante.

—¿Me podrías poner la hamburguesa para llevar, por favor? ¿Y tenéis algo con galletas Lotus? No sé… ¿tal vez tarta de alfalfa ecológica con Lotus? Y con mucho azúcar, por favor.

La camarera sonrió y asintió.

—¿Te vas? —dijo Aidan sorprendido.

—Sí, lo siento, es que se me está haciendo muy tarde y mañana tengo una reunión importante. Ha sido un placer conocerte, Aidan.

—¿Te llamo la semana que viene y nos vemos?

—Tengo mucho trabajo ahora, no creo que pueda quedar la semana que viene. Como te he dicho, tenemos una campaña muy importante y voy a estar ocupada.

—Bueno, pues me parece fatal que me dejes plantado después de tener que acortar hoy el tiempo del entrenamiento, pero supongo que no me queda otra que aceptarlo si ya lo has decidido así sin preguntarme qué me parecía.

—¿Sabes a mí qué me parece fatal, Aidan? Haber tenido que escucharte hablar durante una hora de tus marcas personales, tus logros, tu alimentación, tus gustos y todo lo que tiene que ver contigo, y que ni siquiera hayas fingido que te intereso yo, mi trabajo o mi vida. Me he recorrido medio Londres para aguantar consejos que no te he pedido sobre deporte y nutrición y, créeme,

hubiera estado mucho mejor en casa viendo a Graham Norton o depilándome las ingles con pinzas. Eres un egocéntrico y, como mínimo, deberías darte una ducha antes de intentar meterle el pito a alguien.

La camarera me avisó de que el pedido ya estaba listo. Me lo puso en dos recipientes de cartón reciclado con unos cubiertos desechables y pagué mi cena. Cogí la bolsa y salí del restaurante.

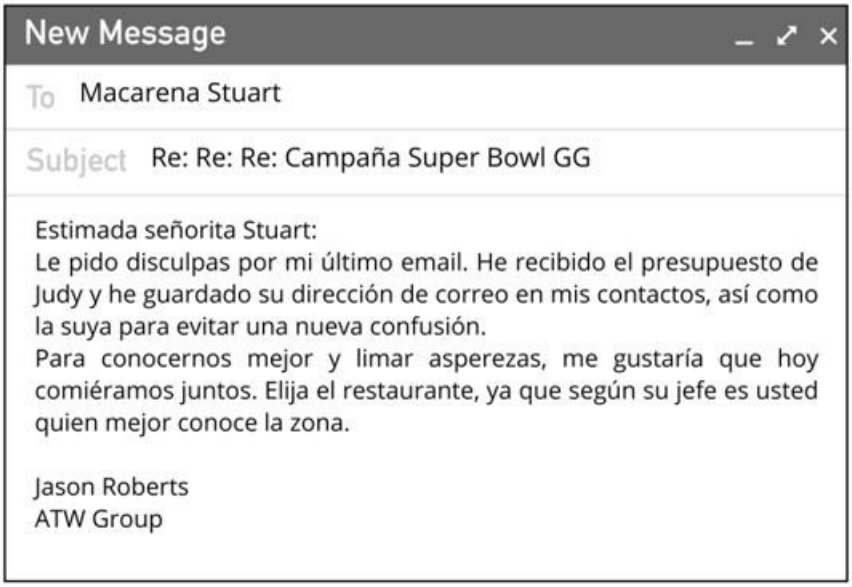
Llamé a un taxi para volver a casa y durante el camino vi que tenía un mensaje de Sven. Me decía que estaba muy cachondo y me adjuntaba una foto de su pene erecto. Bloqueé a Aidan y le dije a Sven que estaría en casa en una hora.

Martes, 4 de marzo: El colágeno

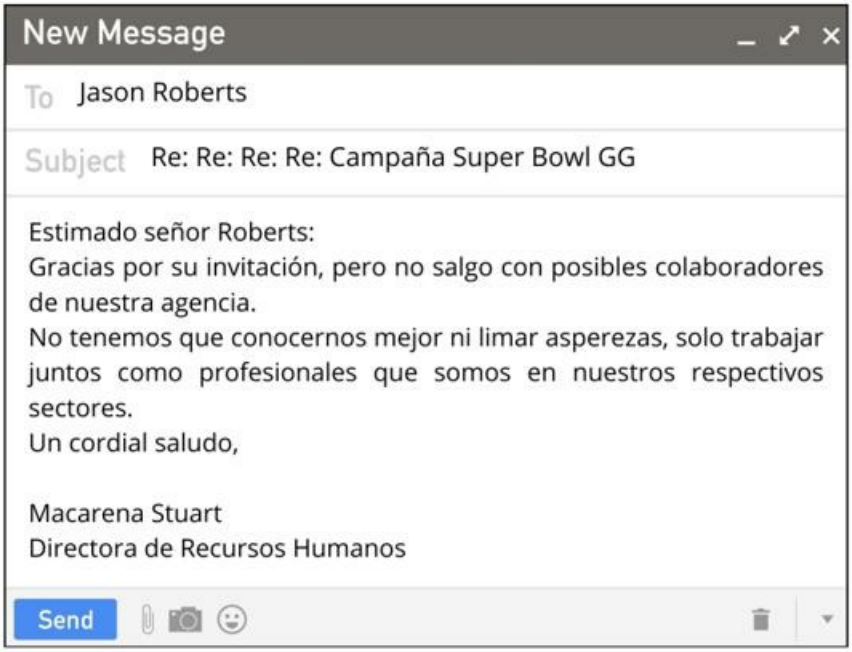
Madurar es aceptar que todo aquello que en la juventud creías eterno es tan efímero como un castillo de naipes, que tan solo se necesita un golpe de viento para derribar todo lo que un día creímos indestructible. Incluso las personas que llamaste casa pueden empezar a convertirse en un lugar desconocido, inhóspito, donde el calor de hogar ya solo es un vago recuerdo del pasado. Desde que Olivia se había mudado a España se había convertido en ese lugar extraño e inusitado. Y no podía reprocharle nada, porque en realidad no era culpa de ninguna de las dos que la vida nos hubiera colocado en lugares y en puntos vitales diferentes. Ella estaba construyendo una nueva vida, mientras que yo apenas conseguía que los frágiles cimientos de la mía me mantuvieran en pie. Sin embargo, me sentía triste, dolida y decepcionada; con ella cada vez que me veía en la obligación de acudir a Louisa o Elina por su indiferencia; y conmigo misma por no ser capaz de aceptar la pérdida de alguien que hacía tiempo que ya se había ido. ¿Pero cómo poner el punto final a una historia que un día creíste eterna?

Las dos últimas semanas habían sido las más duras que había vivido en Gravity desde que me convirtiera en jefa de Recursos Humanos. Aquella mañana había agradecido que la cita con el hombre maratón hubiera sido un fracaso. Necesitaba estar lo más concentrada posible para no pensar en que dos plantas más arriba mi futuro profesional se podría estar decidiendo en ese preciso momento, como si se tratara de una partida de póker a la que ni siquiera había sido invitada a participar. Megan había prometido informarme de todo lo que pasara en aquella reunión con los americanos, pero el único mensaje suyo que había recibido en toda la mañana solo apuntaba a que Jason Roberts había aparecido con un traje azul marino hecho a medida que le marcaba su esculpido culo de Dios grecorromano. A Megan definitivamente le volvía loca aquel hombre, y no de una forma platónica, lo que me llevó a recordarle que era un colaborador importante y que nada ni nadie podía poner en peligro el proyecto, mucho menos una aventura con la jefa del mismo. Estaba segura de que Megan nunca tendría una aventura a espaldas de Callum, pero creí oportuno recordarle lo que estaba en juego, sobre todo para mí.

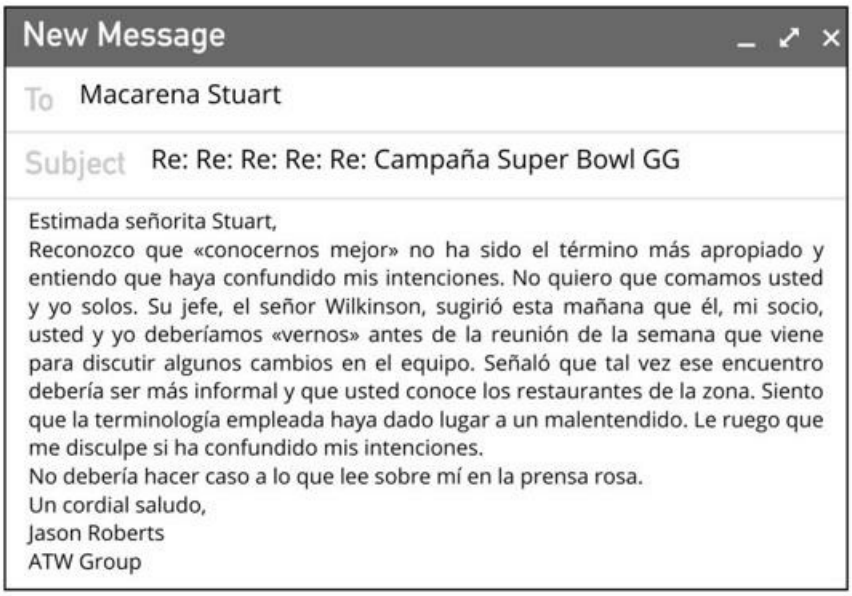
Sin perder ni un minuto la vista de mi teléfono móvil, abrí el correo electrónico y vi que tenía un mensaje nuevo.



¿Para conocernos mejor? ¿Señorita? Parecía que yo no era la única que había estado buscando información, solo que mi estado civil no era conocido por Google ni por todos los medios de comunicación del planeta. Mi respuesta no se hizo esperar.



Esperé su respuesta durante varios minutos y, cuando estaba a punto de salir a comer con las chicas, recibí una notificación en la bandeja de entrada.


New Message

To Macarena Stuart

Subject Re: Re: Re: Re: Re: Campaña Super Bowl GG

Estimada señorita Stuart,
Reconozco que «conocernos mejor» no ha sido el término más apropiado y entiendo que haya confundido mis intenciones. No quiero que comamos usted y yo solos. Su jefe, el señor Wilkinson, sugirió esta mañana que él, mi socio, usted y yo deberíamos «vernos» antes de la reunión de la semana que viene para discutir algunos cambios en el equipo. Señaló que tal vez ese encuentro debería ser más informal y que usted conoce los restaurantes de la zona. Siento que la terminología empleada haya dado lugar a un malentendido. Le ruego que me disculpe si ha confundido mis intenciones.
No debería hacer caso a lo que lee sobre mí en la prensa rosa.
Un cordial saludo,
Jason Roberts
ATW Group

¡Joder, Maca! Unos minutos después, el señor Wilkinson me llamó para preguntarme si Roberts me había avisado de la comida informal y si había hecho alguna reserva. También se disculpó por haberme avisado en el último momento y señaló que se le había ocurrido a él. Fingí que me encontraba mal y que no podía asistir por una inoportuna indigestión.

Me asomé al pasillo para comprobar que todavía nadie en toda la planta había salido a comer. Estaban en sus mesas, todavía concentrados en sus quehaceres, lo que me ayudó a salir de la oficina sin ser vista.

De camino al vestíbulo me reprendí a mí misma por no haber pensado en las consecuencias antes de enviar aquel mensaje.

Desde que Elina estaba de baja y yo había ocupado su puesto, tanto el señor Wilkinson, el director general, como Mark Cooper, el director creativo, parecían estar más nerviosos de lo habitual y algunas veces incluso creía que dudaban de mis capacidades, aunque no fuera la primera vez que había desempeñado las mismas funciones de Elina en su ausencia con su misma eficacia y celeridad. No obstante, entendía que en aquella campaña la agencia se jugaba mucho más que unos suculentos ingresos y que yo nunca antes había seleccionado un equipo para un proyecto de semejante magnitud.

Nada más pulsar el botón de bajada del ascensor, las puertas se abrieron. Apareció Megan con dos hombres altos y trajeados. Mark Cooper estaba justo detrás de ella. Reconocía a Roberts de inmediato. Era incluso más corpulento y rudo de lo que parecía en las fotografías, y su elevada altura le hacía resaltar entre la multitud. Megan tenía razón, no había ninguna duda de que era un hombre muy atractivo. Llevaba unos auriculares puestos y estaba ensimismado en la pantalla de su teléfono móvil.

—Buenas tardes —dije, entrando en el ascensor.

No pareció percatarse de mi presencia. El hombre que se encontraba a la derecha de Roberts se apartó para hacerme sitio. Era tan alto como él, pero más menudo y con un físico menos agraciado. Megan no paraba de arquear las cejas y de hacer movimientos extraños con la cabeza. De repente empezó a cantar y a bailar haciendo gestos con las manos.

«Puedo jugar con ellos como un Ken,
no me lavaré el pelo
y los haré botar como una pelota de baloncesto[5]».

Miró a su acompañante y los dos sonrieron. Fue entonces cuando pude apreciar que tenía una encantadora sonrisa y los ojos más azules que había visto en mi vida, enmarcados por unas enormes y pobladas pestañas oscuras. Temí que en cualquier momento advirtiera mi presencia, pero recordé que no nos habíamos visto antes y que era imposible que me reconociera. Cuando llegamos a la planta baja, su acompañante, que sin duda tenía que ser Kazinsky, su socio, me cedió el paso con amabilidad para que abandonara el ascensor y no pude ponerme detrás de él para ver ese grandioso culo del que Megan tanto me había hablado. Sin duda era un hombre atractivo, de apariencia algo ruda y rasgos varoniles. Sin embargo, parecía vanidoso y algo altivo. Vestía con ropa muy llamativa y llevaba joyas demasiado exageradas y ostentosas para mi gusto, como si quisiera que todo el mundo supiera que estaba podrido de dinero. Megan siguió a Roberts y a Kazinsky hasta la salida, les dijo algo y volvió hacia la recepción, donde yo me encontraba.

—¿Has visto cómo está? —dijo con un claro exceso de excitación.

—Sí, está como un queso, pero es un hortera y no sabe lo que son los modales como la mayoría de los americanos.

—Bueno, supongo que ahora mismo solo está centrado en la campaña. Y a mí me parece que tiene un rollazo. Es un pedazo de armario empotrado con una confianza en sí mismo arrolladora, que hace que…

—Mojes las bragas.

—Podrías haber hablado con él, que vais a tener que trabajar juntos te guste o no.

—¿Pero no has visto cómo me ha ignorado? Bueno, a mí, a ti y hasta a su socio. Se ha puesto los auriculares. ¿Se puede ser más maleducado?

—A mí me parece un tío muy simpático.

—¿Qué tal ha ido la reunión?

—Bien, no ha ido tan mal como esperaba.

—¿Y por qué esperabas que fuera mal?

—Pues porque es ATW. Ya sabes: americanos, exigentes, prepotentes… Lo normal sería que llegaran aquí tratándonos como si fuéramos unos paletos de pueblo, porque para ellos lo somos. Nosotros somos una agencia grande en una pequeña isla de mierda al otro lado del Atlántico, ellos son los grandes de los grandes. Sin embargo, tengo que decir que Jason me ha sorprendido. Ha escuchado con atención todas nuestras propuestas y ha puesto muchas menos objeciones de las que todos pensábamos. Creo que no hace falta decir que no ha tardado ni cinco minutos en conquistar a Mark.

—A Mark le conquista todo lo que tenga pito y unos millones de dólares en la cuenta bancaria.

—¿Te ha dicho Louisa si va a bajar a comer con nosotras?

—Ya está en Pret a Manger, se nos ha adelantado porque tiene una reunión a la una.

—Pues vámonos para allá.

Megan y yo nos dirigimos a las puertas giratorias. Roberts y Kazinsky estaban justo entrando a la cabina y fingí que me estaba subiendo las medias para no volver a coincidir con ellos. Sujeté a Megan por el brazo para asegurarme de que no entrara con ellos. Aunque era imposible que me reconociera, quería evitar que Megan me nombrara o dijera algo que pudiera delatarme. Perdí de vista a Roberts y a su socio, así que supuse que estaría al otro lado del

monstruo de vidrio y acero inoxidable. El teléfono de Megan empezó a sonar. «Sí, estamos saliendo ahora mismo, ¿dónde estás? Creía que ya estabas en el restaurante. ¿Estás fuera o dentro? Vale, pues salimos». Y todo sucedió con demasiada celeridad. Escuché mi nombre en voz alta. «¡Macarena!». Y de repente noté como si fuera el centro de todas las miradas. Pero solo me estaba mirando él. Sin duda acababa de descubrir que yo era la artífice de aquellos malditos e inapropiados emails.

Llegamos al restaurante y Louisa nos adelantó y se sentó en la primera mesa que encontró libre al entrar. Tenía la cara muy pálida y parecía cansada. Tanto Megan como yo nos preocupamos por su estado.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —dijo Megan.

—Sí, debo haber pillado algún virus, pero ya me he tomado un paracetamol y seguro que me encuentro mejor dentro de un rato.

—¿Has visto al macizo, Lou?

—¡Para no verlo! Me lo he encontrado en la máquina del café con el señor Wilkinson. Sonja y Cara parecían dos aguiluchos revoloteando alrededor de él esperando a que les diera una señal para liarse a picotazos entre ellas. La verdad es que es un tío imponente, además de encantador.

—¡Pero si es un imbécil! —exclamé.

—Uy, cuéntanos qué te ha pasado con él —dijo Louisa.

—Me ha enviado un email muy grosero y luego me ha invitado a comer, como si yo fuera una de sus fans mojabragas que van a buscarle a la puerta del hotel en los partidos.

—¿Que Jason Roberts te ha invitado a salir y estás aquí con nosotras comiéndote un sándwich seco de algo triturado con mayonesa? Louisa, por favor, díselo tú, que aunque seas virgo en esto me tienes que dar la razón.

—Ni sueñes que voy a ayudar a que Macarena se tire a los brazos de un mujeriego.

—¡No voy a liarme con ese hortera!

—Macarena, en serio, no sé cómo has podido rechazar a Jason Roberts —insistió Megan.

—¿Quizás porque me estoy jugando mi futuro en Gravity?

—Macarena tiene razón, Meg —intervino Louisa—. No es buena idea salir a comer con un posible futuro colaborador que encima tiene fama de tirarse a todo lo que se mueve.

De repente se levantó de su silla con dificultad, tambaleándose y con la mano en la boca. Megan y yo la sujetamos temiendo que se cayera al suelo. Un camarero, que vio que algo no iba bien, se acercó a nosotras.

—Tengo ganas de vomitar —masculló Louisa—. Acompáñame al baño, Maca, por favor.

El chico nos indicó que el baño estaba en la planta baja, pero que podíamos usar el de los empleados, que se encontraba más cerca. Me ayudó a llevar a Louisa hasta allí y nos abrió la puerta con una llave que tuvo que pedir a otra empleada. Nada más abrir la puerta, Louisa soltó una bocanada de vómito que salió disparada hacia el suelo del pequeño habitáculo. Mientras se disculpaba con el chico, que estaba sujetando su pelo para que no se lo manchara, siguió expulsando vómito como si fuera la niña de El Exorcista. Unos minutos después empezó a encontrarse mejor y el chico le trajo una botella de agua y pasta de dientes para que pudiera asearse. También se había manchado el pantalón y él se ofreció a lavárselo y secarlo en una secadora que tenían en la planta de abajo para los uniformes. Mientras se ocupaba del pantalón, Louisa permaneció sentaba sobre la taza del váter en ropa interior. Parecía encontrarse mejor, pero seguía sin tener buena cara.

—¿Cenaste ayer algo que te haya podido sentar mal?

—Debe haber sido eso, que habré comido algo que me ha sentado mal.

—No estarás…

—¡No, joder!

—No te enfades, Lou. Tampoco sería tan raro, lleváis ya doce años casados.

—Sí, lo sé. Llevamos doce años casados y desde el primer mes todo el mundo me pregunta que cuándo vamos a tener un hijo. Y cuando no llevábamos ni dos años de relación ya nos estaban preguntando cuándo nos íbamos a casar. Y cuando tengamos al primero ya nos estarán preguntando cuándo llegará el segundo. Me da igual que vaya a cumplir treinta y cinco el año que viene. No voy a tener un hijo solo por miedo a no poder tenerlo más adelante. Es un niño, Maca, no un tamagotchi.

—No te pongas así, Lou. Ya sé que tener hijos es una decisión que no hay que tomarla a la ligera y no voy a ser yo la que te presione o cuestione tus decisiones. Solo he pensado que podrías estar embarazada porque has mencionado varias veces que algún día os gustaría ser padres a Paul y a ti.

Otro empleado del restaurante entró con otra botella de agua y nos preguntó si necesitábamos algo más. De repente Louisa levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Al chico le brotó una inocente sonrisa.

—¿Louisa? Vaya, cuánto tiempo.

—Sí, sí… no sabía que trabajaras aquí, siempre venimos a comer y nunca te he visto.

Aunque el chico parecía estar indudablemente alegre de verla, el rictus tenso de Louisa demostraba que ella por el contrario no estaba disfrutando del encuentro.

—Es que hoy es mi primer día.

De repente se hizo un incómodo silencio, que se rompió cuando Louisa se puso en pie y le dijo a Megan que la acompañara de vuelta a Gravity porque ya se encontraba mejor.

Louisa y Megan salieron del restaurante y yo me quedé en el restaurante un rato dándole vueltas a la extraña reacción de Louisa al ver al chico. ¿Habrían tenido algo? No, no podía ser. Louisa y Paul llevaban juntos desde el instituto y aquel chico apenas rozaría los treinta. Tenía hambre y no había podido comer nada. Pedí una ensalada de quinoa y edamame y un café para llevar y, cuando ya estaba a punto de acabarme la ensalada, me volví a encontrar al chico delante de la puerta.

—¿Está ya bien tu amiga?

—Sí, ya ha vuelto a la oficina. Muchas gracias por ayudarnos, Daniel —dije, mirando a la pequeña placa de color dorado que tenía con su nombre en el polo de trabajo.

—De nada.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta, mientras intentaba ponerme el abrigo con una mano y sujetar el bolso y el vaso de café con la otra. Alguien sujetó la puerta y evitó que me diera de lleno en las narices.

—Sé que igual esto te parece un poco raro, pero había pensado que… bueno… si tú quieres, claro… que… si tú quieres, podríamos quedar algún día para tomar algo.

—Daniel, ¿Louisa y tú habéis… ya sabes?

—¿Qué? ¡No! ¡No! ¡Por Dios!

—Vale, es que como he visto que os conocíais…

—Sí, nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero nunca hemos salido. Nunca podría… eso… con Louisa. Sería un poco raro. Quiero decir que no nos hemos enrollado.

—Está bien, ya me ha quedado claro.

—Olvídalo, seguro que tienes novio.

Le miré con detenimiento y me di cuenta de que era bastante guapo. Demasiado joven, pero guapo, educado, considerado y agradable, sin duda mucho mejor que el Arguiñano de Aliexpress, el maleducado del hombre maratón y el divorciado traumatizado. Se le veía bastante maduro después de cómo se había comportado con Louisa y, definitivamente, no se la había tirado. En realidad hacía mucho tiempo que no había conocido a alguien tan atento y no podía decir que tuviera un candidato mejor después de las tres citas desastrosas que había tenido en los últimos días. Le di mi teléfono para que apuntara su número y quedamos en que le llamaría en cuanto saliera de trabajar para tomarnos algo en el Soho.

Salí de Gravity casi a las seis y media convencida de que el chico ya había pensado que le iba a dejar plantado. Sin embargo, cogió el teléfono al primer tono. Quedamos en un pequeño pub llamado The Piano Bar en el que todos los días había música de jazz en vivo y donde todos los camareros parecían conocerle. Me dijo que iba mucho por allí después de trabajar porque tocaba la trompeta desde los doce años. Hablamos de su padre, que era profesor de música y pianista y desde pequeño le había llevado a conciertos de jazz, nos bebimos unas copas y bailamos. Era la primera vez en mucho tiempo que me divertía de verdad y estaba claro que le gustaba por lo atento y cariñoso que era conmigo, así que ni siquiera le pregunté la edad que tenía. Cuando terminó el concierto acepté su invitación de ir a su casa y cogimos un taxi.

Llegamos a su apartamento de West Kensington sobre las diez y nada más entrar por la puerta nos fuimos directamente a la cama. Sin ninguna duda aquella noche tuve el mejor sexo de los últimos años, y no solo en cuanto a calidad, sino cantidad. Daniel me ofreció quedarme a dormir y decidí hacerlo e irme la mañana siguiente temprano a casa a cambiarme ya que tampoco estaba muy lejos de mi casa. Si me iba de allí a las seis, estaría en Gravity a las ocho.

Me desperté con los rayos del sol de la mañana y escuché ruidos y voces que parecían venir de otro piso o de la calle, no estaba segura de su procedencia. Daniel no estaba en la habitación. Busqué mi ropa y recordé que me la había quitado en el salón. Me enrollé en el edredón y abrí la puerta de la habitación. Daniel me había contado que su apartamento estaba en la casa familiar, pero que era independiente y que sus padres nunca entraban sin llamar antes. Crucé el pasillo hasta el final y me di cuenta de que había alguien al otro lado de la puerta que separaba el apartamento de Daniel de la vivienda familiar. Me acerqué y sin querer escuché la conversación. Me quedé estupefacta cuando oí a su madre preguntarle si iba a ir aquella mañana al instituto. ¿Pero qué demonios? ¿Me había acostado con un menor? Salí corriendo hacia el salón y me vestí rápidamente. No encontré la ropa interior, pero no me importó. Pedí un Uber para que me recogiera lo antes posible. De repente escuché un golpe, unos pasos y el tintineo de unas llaves. Corrí de vuelta a la habitación. Me escondí, mientras escuchaba los pasos cada vez más cerca. Contuve la respiración cuando noté que se detenían al otro lado de la puerta. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que me había equivocado de habitación. Las paredes eran de color ocre y estaban cubiertas por posters y fotos. Los muebles eran anticuados y se respiraba un olor extraño, a viejo. Cuando escuché que los pasos se alejaban, me acerqué a la pared que tenía frente a mí. Me di cuenta al instante de que aquellos posters eran antiguos, la mayoría de futbolistas que ya estaban retirados como Beckham, Gerrard y Owen. A la derecha, junto a la ventana, había un tablero de corcho de esos en los que solíamos poner las fotos clavadas con chinchetas. Y en una de esas fotos aparecía una joven Louisa, con unos vaqueros de tiro bajo que mostraban un piercing en el ombligo, sentada sobre las piernas de un chico que tenía un parecido asombroso con Daniel. Si no fuera porque vestía acorde con la moda de principios de los dos mil, con unos

pantalones anchos mostrando el elástico de los calzoncillos y una camiseta de Tupac, hubiera pensado que era Daniel. De pronto escuché unos pasos que provenían del pasillo y la voz de Daniel pronunciando mi nombre. Abrí la puerta.

—Perdón, es que estaba buscando el baño y me he perdido.

—No pasa nada, pero cierra que como vea mi madre la puerta abierta se va a enfadar.

Aunque estuve a punto de preguntarle por su edad, me pudo la curiosidad por saber a quién pertenecía ese dormitorio.

—¿Es la habitación de tu hermano?

—Sí. Bueno, era la habitación de mi hermano Tony. Murió hace muchos años en un accidente de coche y mi madre no ha tocado nada, la tiene igual que la dejó él cuando... Louisa y él eran novios, por eso nos conocemos. No la veía desde la última vez que vino a visitarnos, creo que el verano pasado.

Diez minutos después me subí al Uber que me llevaría a casa. Durante todo el camino estuve dándole vueltas a esa foto de Louisa que había visto en la habitación del hermano de Daniel. Recordaba muy bien aquella historia sobre el piercing en el ombligo que Louisa se había hecho aquel verano en el que Paul estaba en la Toscana con su familia y en la bronca que se había llevado cuando lo descubrió después del verano. El mismo verano en el que Louisa salía con Tony.

Miércoles, 5 de marzo: El amigo de sus ex

Ser mujer y no tener pareja cuando rozas los cuarenta significa tener que aguantar miradas lastimeras y juicios hacia todo aquello que supuestamente te convierte en una rara avis. O eres muy exigente porque pides más de lo que mereces y deberías bajar tus estándares o simplemente hay algo en ti que repele a los hombres y deberías cambiar. En mi caso, los juicios siempre apuntaban a la segunda opción. *Con tu historial psiquiátrico nadie te va a querer. Tienes que dejar de actuar como una pirada. Estás loca y los hombres no quieren a las locas.* Y lo peor es que no eran solo juicios externos, sino que a veces también era esa voz que retumbaba en las paredes de mi cerebro como una pelotita de goma rebotando de forma repetida en el interior de una habitación cerrada.

Después de lo ocurrido la noche anterior, decidí cenar con Patrick, de cuarenta años y dueño de una agencia de viajes. Había indagado antes de quedar con él y efectivamente era quien decía ser y tenía la edad que decía tener. Daniel había estado llamándome toda la mañana y había acabado bloqueando su número.

Después de dos horas de reunión en la oficina del señor Wilkinson, en la que parecía haberle despejado todas sus dudas y haberle demostrado que no tenía nada que temer por la ausencia de Elina, subí a la sexta planta a por un café. Me encontré a Sonja y a Cara cuchicheando junto al frigorífico y lo único que logré entenderles fue una frase, pero que me dejó claro por qué estaban allí y no en sus escritorios: *Jason Roberts viene todos los días a las once a por su café doble*. Cogí un vaso de cartón, lo puse en la bandeja y apreté el botón del capuccino. Una vez que el café estuvo listo, cogí el vaso y me dirigí hacia el pasillo que llevaba hasta el ascensor. Lo crucé hasta el final y nada más llegar al vestíbulo vi a Jason Roberts hablando con Kazinsky. De repente se abrió el ascensor y apareció el señor Wilkinson, que les saludó. Cuando estaba a punto de escabullirme entre el manto de hiedra que separaban la zona de comedor de las salas de reuniones, mi jefe advirtió mi presencia y me hizo una señal con la mano para que me acercara. Esta vez sí que no tenía escapatoria.

—Macarena, ¿has visto a Sonja? —gritó desde el vestíbulo—. Tengo una reunión ahora mismo con el señor Roberts y el señor Kazinsky y le he pedido que me haga otras dos copias del proyecto.

—No se preocupe, señor Wilkinson, yo se la hago —dije, agazapada detrás de la hojarasca.

Bajé a la tercera planta por las escaleras, hice dos copias de los informes, las metí en dos carpetas y volví a subir a la sexta planta. Abrí la puerta de la sala de reuniones y puse una de las carpetas en el sitio de Jason Roberts, otra en el de Jack Kazinsky y la que tenía los originales en el del señor Wilkinson. Salí de la sala, cerré la puerta de vidrio templado y, al darme la vuelta, me choqué con un cuerpo de casi dos metros que más bien parecía un armario empotrado.

—¡Joder! —exclamé dando un salto.

—Perdón por asustarla, señorita Stuart. Por fin nos conocemos.

Extendió su mano hacia mí y no tuve más remedio que estrecharla. Él más que apretarla parecía que la estuviera acariciando y recreándose con el efecto que sin lugar a dudas sabía que producía en las mujeres. Mi pulso se aceleró con rapidez y sentí un leve cosquilleo en el interior del vientre. Retiré mi mano lo más rápido que pude.

—Siento no haber podido acudir a la comida de ayer, pero no me encontraba bien.

—¿Y ahora está bien?

Su penetrante mirada empezaba a incomodarme. Llevaba un traje que parecía un pijama y de un color que no sabría definir, entre el morado y el granate. Tenía una media sonrisa que reflejaba sus sospechas de que mi supuesta indisposición del día anterior era fingida. Aun así, seguí representando mi papel.

—Sí, estoy bien, gracias por su preocupación. ¿Necesita algo?

—Una buena comida.

Supe al instante que me había ruborizado y bajé la mirada para que no lo notara.

—Si quiere avisaré al señor Wilkinson para que se una, pero creo que ya tiene un compromiso. Su hermana Agnes celebra sus bodas de oro este fin de semana en Rochester y su mujer le ha encargado dos de esos… cómo se llaman… lo que os ponéis los hombres en los ojales de los puños de las camisas…

—Gemelos.

—¡Eso! ¡Gemelos! Yo no tengo mucha idea de esas cosas. Mi abuelo los llevaba siempre los domingos. Y en las bodas. Y para salir a cenar con mi abuela. Y para ir a misa. Y a veces se los ponía en algún acto de la Hermandad de los Gitanos.

—¿La qué?

—La Hermandad de los Gitanos. En Semana Santa. Siempre llevaba sus gemelos para el Besamanos. Dorados y con dos piedras engarzadas. ¿Zafiros? ¿Eran zafiros o amatistas? Nunca las diferencio.

Roberts parecía cada vez más desconcertado por mi absurdo ataque de verborrea. Era como si mi lengua llevara un piloto automático que fuera imposible desactivar.

—El caso es que el señor Wilkinson ha quedado hoy con su mujer para elegir unos gemelos para las bodas de oro de su hermana Agnes y no podrá comer con nosotros, así que mejor que lo dejemos para otro día.

—¿Y me puede recomendar usted un buen sitio para comer?

—Si quiere unos buenos huevos Benedict puede ir a The Worseley. Sale del edificio, gira a la derecha, cruza hacia el parque, antes de llegar al estanque gira a la izquierda, luego verá un pequeño altar con una estatua horrible que parece un ángel exterminador y rodea la plaza. Y ahí lo verá. Que disfrute de sus huevos.

Corrí hacia el ascensor con el corazón a mil por hora. «Mierda, Macarena».

Llegué a las seis y media al restaurante italiano donde Patrick y yo habíamos quedado. Todavía no había llegado, así que aproveché para enviarle un mensaje a Louisa. Aquella mañana se había ausentado en el trabajo para ir al médico y estaba preocupada por ella. Hacía demasiado frío, así que decidí esperar a Patrick en la barra del restaurante. Recibí un mensaje directo en Instagram y lo abrí creyendo que era de Louisa. Pero no era suyo, era de Daniel. Me había encontrado en Instagram, me había enviado más de diez mensajes y había reaccionado a varias de mis fotos. Cuando iba a bloquearle, llegó Patrick. Era un hombre muy atractivo, mucho más que en sus fotos de Tinder, aunque más bajito de lo que aparentaba. El camarero nos condujo a nuestra mesa y pedimos una tabla de embutidos y una botella de vino para abrir boca.

Durante la primera media hora creí que aquella vez sí había encontrado a alguien normal y que podría ser una buena pareja para mí, hasta que empezó a soltarse y a mostrarse tal como era, que nada tenía que ver con un hombre que buscaba una relación estable o al menos que lo intentara.

—Me gusta dejarme fluir, no soy de planear nada, ni siguiera planeo lo que voy a hacer el fin de semana. Me gusta hacer lo que me apetezca en cada momento sin pensar en las

consecuencias o en el futuro. Si analizas todo, no vives. La vida consiste en sentir, no en pensar cada paso que das.

—A mí todo esto de fluir me parece perfecto, pero no en las relaciones si quieres tener algo estable. Si yo estoy con alguien, pero me dejo fluir y me lío con otro, entonces no estoy buscando una pareja.

—¿Y crees que por buscar algo lo vas a encontrar?

—Creo que para conseguir algo, tienes que tener claro lo que quieres.

—¿Te importa que suba una foto a Instagram? —dijo, interrumpiendo la conversación de forma abrupta.

—¿Quieres decir de nosotros dos? ¿Por qué quieres subir una foto a una red social con alguien a quien has conocido hace diez minutos? ¿Es que quieres poner celosa a una ex?

—¡Qué va! Si yo me llevo muy bien con mis ex, es que me gusta subir cosas a Instagram de vez en cuando para no perder visualizaciones. Si no quieres salir, lo entiendo. ¿Pero te importaría poner la mano al lado del plato para que se vea que estoy cenando con alguien, por favor?

Apuntó la cámara del móvil hacia mi plato y disparó. Luego miró si había salido bien, pero no pareció convencerle el resultado y acercó su plato al mío.

—Es que el encuadre no estaba bien. ¿Puedes poner la mano más cerca del plato, por favor? Es que o sale cortada o no se ve bien la copa.

Acerqué la mano al plato y esperé a que sacara la foto. Por su sonrisa triunfal, parecía que esta vez sí estaba satisfecho con el resultado. Me la enseñó, me preguntó si me gustaba y presumió de haber hecho varios cursos de fotografía para redes sociales. Siguió mirando el móvil y de repente empezó a reírse y a hacer muecas. Empezó a sacarme de mis casillas.

—¿Pedimos la cena? —dije, molesta.

No pareció escucharme. Seguía mirando a la pantalla del móvil y riéndose. Cuando por fin conseguí captar su atención, se acercó a mí con el teléfono en la mano.

—Mira, esta es Mila, mi ex, a la que le pedí que se casara conmigo en Disneyland París. Tuvimos una luna de miel espectacular en las Maldivas. Siempre nos hemos llevado muy bien, mira la conversación, estamos hablando de su nuevo novio, George, con el que he quedado ya un par de veces para jugar al pádel. Es un tío genial.

Asentí. Nos sabía qué hacer. ¿Y si me iba de allí corriendo? ¿Quería estar con un tío que parecía buscar experiencias y no una relación estable, que no dejaba de mirar el móvil y que no paraba de hablarme de sus ex? Para mi sorpresa, la cosa empezó a ir cada vez peor. Después de enseñarme la conversación que estaba manteniendo con su ex mientras cenaba conmigo, empezó a mostrarme fotos de otras de sus ex a las que por supuesto seguía en redes y con las que se seguía viendo de vez en cuando. No contento con mostrarme conversaciones privadas, fotos de varias chicas de sus cuentas de Instagram e incluso vídeos de cuando estaba con alguna de ellas, siguió hablando con Mila y riendo como si yo no estuviera presente. Como me temía que si le decía algo iba a desencadenar en una discusión, le dije que me iba al baño. Me puse el abrigo y el bolso sin que se diera cuenta, ya que no despegó los ojos de su teléfono móvil, y salí del restaurante.

Llamé a un Uber y le bloqueé.

Jueves, 6 de marzo: El hipster

Sustituir a alguien tan eficiente como Elina era una difícil labor. Aun estando embarazada de más de ocho meses, mi jefe recurría a ella con demasiada frecuencia para asuntos que bien podría tratar yo misma. Ella, que sabía que tenía que hacerlo si no quería que planeara una oscura sombra sobre su cabeza, accedía a sus pretensiones. Recuerdo todavía aquella conversación que escuché por accidente unos meses antes. Mi antiguo jefe y otros dos directores de departamento estaban comentando que Elina era «uno de ellos», porque se tomaba el trabajo en serio y nunca tenía excusas. Les pregunté a qué se referían con que no tenía excusas y me respondieron que no solo sabía no mezclar trabajo con placer, aludiendo claramente a que Elina nunca había tenido ninguna relación en el trabajo, sino que había trabajado incluso en avanzado estado de gestación, enferma y pasando un duelo, refiriéndose a aquella vez que se presentó en Gravity una hora después del funeral de su padre. No pude remediar soltarle a Harold de Finanzas que él había estado tres semanas de baja por una operación de juanetes y nadie había cuestionado su valía, de hecho le habían ascendido un mes después. Aquel día entendí que nunca sería «uno de ellos», por mucho que me lo mereciera. Y tampoco lo sería aunque saliera bien lo de la Super Bowl. No obstante, tenía que rebajar la tensión con Jason Roberts, pero estableciendo límites para no dar lugar a habladurías.

Dejé antes de las tres la oficina y me fui a casa de Elina. Salía de cuentas en dos semanas y quería asegurarme de que estaba todo en orden antes de soltar al mundo a la pequeña Marjorie. Elina era la preñada más guapa que había visto en mi vida. Los embarazos le hacían florecer como una rosa. Además tenía la suerte de no sufrir los síntomas habituales de su estado como vómitos o mareos, lo que le hacía descansar como es debido, aunque aquel día no parecía haberlo conseguido.

—Espero no pasar la Semana Santa en el hospital. Las gemelas se me adelantaron dos semanas y esta parece que no tiene ningunas ganas de salir. Mi matrona dice que me vaya haciendo a la idea de que puede que me tengan que provocar el parto porque la muy desgraciada está ahí dentro tan a gusto que no pretende salir hasta que la saquen. Pesa ya casi cuatro kilos. Imagínate las horas que voy a tener que estar para sacarla. Y encima mis padres no van a poder venir hasta mayo. ¿Qué voy a hacer con dos crías hiperactivas, una recién nacida y un agujero en el coño del tamaño de un balón de fútbol?

—Bueno, Elina, no te pongas en lo peor. Si tus padres no están aquí cuando des a luz, Louisa y yo te ayudaremos.

—Parezco uno de esos muñecos que se mecen a los lados y nunca se caen.

—Un tentetieso.

—¿Me acompañas a recoger a las niñas de natación? Las ha llevado hoy la madre de Ellen y hemos quedado en que yo las recogería.

—Vale.

Mientras observaba a Elina hablar en la puerta del colegio con otras madres, pensé en la suerte que había tenido de no haberme convertido en una de ellas. ¿Qué hubiera pasado si en alguna de las numerosas relaciones sexuales que había tenido en mi vida algo hubiera salido mal y en vez de acompañar a Elina aquel día estuviera recogiendo a mi propia hija para ir a una fiesta infantil?

Adoraba a Ivy y a Betty, tanto que más de una vez alguien me había manifestado su asombro cuando había dicho que no me gustaban los niños, incluso Megan y Louisa. Esas dos pecosas sacaban a la niña que todavía había en mí y que creía que había muerto a los catorce años en su habitación decorada con pósters y trofeos de gimnasia. Cada vez que estaba con Ivy y Betty, sentía que se cerraba una nueva herida en mi interior, pero no despertaban en mí el deseo de ser madre, sino más bien un miedo irrefrenable a que sufrieran lo mismo que yo, a que nadie las pudiera proteger del dolor.

Mientras observaba a esas mujeres, la mayoría de ellas de mi edad, cuyas caras reflejaban un extremo cansancio y a la vez alegría por ver lo felices que salían sus hijas con el cuadro de granos de arroz que habían hecho la noche anterior en casa, un hombre al otro lado del patio llamó mi atención. Corría con los brazos extendidos hacia una niña rubia regordeta que pareció alborozada al verle. Cuando la alcanzó, la abrazó con una ternura que pocas veces había visto en un hombre. Besuqueó toda su cara y la niña se colgó de su cuello sujetándole como si no quisiera que se despegara nunca de ella.

—Con este sí que te pensarías lo de sacar humanos por un agujero de un centímetro de diámetro, ¿verdad? —bromeó Elina.

—Por el agujero que él quiera.

—Es Scott Jenkins, el dueño de Access.

—¿La inmobiliaria? ¿Es el que perdió a su mujer y a su hija mayor en un accidente de helicóptero en Sussex?

—Ese mismo —confirmó Elina—. Y el viudo del año. La ex de este no te va a dar problemas.

—Elina, no seas miserable —dije, dándole un codazo.

—Ven, que te lo presento.

Seguí a Elina hasta el otro lado del patio, aunque debería decir que no tuve elección porque casi me arrastró hacia allí. Scott le dedicó una encantadora sonrisa en cuando la vio entre la multitud. Él la abrazó como si tuvieran una estrecha relación y bromeó con ella sobre el tamaño de su enorme barriga.

—Esta es mi amiga Macarena, la compañera de trabajo de la que te hablé.

Me sonrojé. ¿Por qué le habría hablado Elina de mí a Scott?

—Encantado de conocerte —dijo él, estrechándome la mano con una sonrisa que me dejó embelesada durante unos segundos. Tenía una dentadura perfecta y dos hoyuelos a los lados que desentonaban con su aspecto rudo y varonil, pero que resultaban ser una combinación perfecta.

—Le he hablado de ti porque va a inaugurar el sábado un local en Mayfair y quizás te gustaría ir —dijo Elina, a la que se le notaba a la legua que una vez más estaba desplegando sus dotes de casamentera.

—Toma, por si te quieres pasar por allí —dijo Scott, sacando una tarjeta de color dorado y negro de su cartera—. Di que vas de mi parte, y si quieres llévate a alguna amiga.

—Lo haré.

Nos despedimos de él y anduvimos hacia la parte trasera del edificio por donde tenían que salir las gemelas. Elina no dejaba de mirarme de reojo con una expresión de triunfo en su cara.

Aquella lluviosa tarde había tanto tráfico en el centro de Londres que no me dio tiempo a volver a casa a cambiarme de ropa. Había quedado en un pequeño restaurante en Covent Garden con Luc, un francés de cuarenta y dos años que había conocido en Tinder. Llegó puntual y se quejó de que el restaurante ya no admitía reservas telefónicas y todas las mesas estaban ocupadas. Aun

así, me dio una buena impresión, a pesar de que su foto de perfil debía ser de hacía bastantes años, cuando todavía gozaba de un aspecto pulcro y cuidado y no tenía una barba de una longitud desmesurada. Aun así, decidí no dejarme llevar por los prejuicios y darle una oportunidad, ya que parecía educado y atento. Fuimos a otro restaurante que él conocía y que además era mucho más bonito y menos ruidoso. Nos dieron una mesa delante de un gran ventanal y sonaba una dulce melodía al piano, que junto al arreglo de flores con el que estaba decorada la mesa y la lluvia de fondo conformaban el perfecto escenario romántico y bucólico para una exitosa primera cita. El restaurante era vegetariano, algo que hubiera preferido que me hubiera dicho, pero lo dejé pasar.

Me contó que se había divorciado hacía siete años y que su exmujer y sus hijos vivían en Canadá. No pude evitar pensar que aunque su ex no estaba muerta, sí que estaba lo suficientemente lejos para no resultar molesta. Luego recordé aquello que Megan me dijo hacía años cuando dejó de un día para otro al tío con el que salía antes de conocer a Callum. «Nunca te fíes de un hombre que ve a sus hijos un mes al año». Al principio no le había dado muchas vueltas porque sabía que nunca iba a ser madre, pero con el tiempo empecé a entender lo que Megan quería decir: si un día decidió desentenderse de sus hijos que son de su propia sangre, imagínate lo que puede hacer contigo que no comparte tu ADN.

El camarero se acercó a nuestra mesa y Luc le empezó a hacer preguntas sobre los ingredientes de algunos platos. Quería saber si ofrecían alternativas a ciertos alimentos puesto que según él no eran buenos para la salud. Miré hacia la puerta de salida decidiendo si debía salir corriendo como el día anterior, pero por desgracia decidí quedarme.

—¿La bechamel de las berenjenas está hecha con leche de vaca? —preguntó.

—No, con leche de cáñamo —contestó el camarero—. Los entrantes vegetarianos están en la primera página.

—Vaya, es que la leche de cáñamo proviene de la planta del cannabis y no es muy recomendable para personas con problemas de coagulación.

—¿Tienes problemas de coagulación? —dije.

—No diagnosticado, pero nunca se sabe. ¿Tú sabes la cantidad de enfermedades que se diagnostican tarde o incluso nunca se llegan a diagnosticar? ¿Los huevos son de gallinas felices?

—Todos nuestros ingredientes son *cruelty free*. Las gallinas de las que proceden nuestros huevos han sido criadas en libertad y, por supuesto, felices.

—Bueno, eso lo decís todos, pero la realidad es muy distinta.

—Yo tomaré el tofu frito y la ensalada de hortalizas con vinagreta de miso —dije con una sonrisa, que enmascaraba mis intenciones de clavarle el tenedor en esa espesa maraña que tenía por barba y que no parecía haberse recortado desde que Hitler invadió Polonia.

—¿Tenéis huerto aquí? —dijo.

—Nosotros no, pero nuestras verduras y hortalizas nos llegan todos los lunes y jueves del huerto de nuestro proveedor local en Reading —aclaró el chico.

—Seguro que han estado en cámara, Macarena —farfulló—, y lo de que las gallinas son felices, no sé yo. A saber si no las tienen en la parte trasera del restaurante en cajas de madera. El año pasado encontraron a cincuenta y siete gallinas en un local de mala muerte en Shoreditch. No te imaginas en qué estado estaban. Pero, claro, eso nunca sale en las noticias de las seis. A nadie le interesa exponer la explotación animal.

Al final no pude contenerme y me levanté de la mesa iracunda. Cogí mi abrigo y mi bolso dispuesta a salir de allí aunque estuvieran cayendo chuzos de punta al otro lado del alféizar.

—Me importa una mierda si las gallinas son felices o tienen ansiedad y supongo que un

restaurante en el centro de Londres no tiene un huerto porque no estamos en el siglo XIX, esto no es *Orgullo y prejuicio* y tú desde luego no eres Fitzwilliam Darcy. Me voy a mi casa a comerme una buena hamburguesa de cadáver de vaca y unas patatas llenas de pesticidas, que allí al menos no tengo que escuchar gilipolleces.

Viernes, 7 de marzo: El hombre de valor

Los viernes en Gravity eran como en la mayoría de empresas de Reino Unido en las que la mayor parte de sus empleados eran millennials. Por un lado, se ignoraba el código de vestimenta, lo que servía como excusa para que algunos se presentaran en la oficina vestidos como si fueran verdaderos indigentes. Por otro lado, se llevaban a cabo otro tipo de iniciativas para favorecer el buen ambiente laboral como el famoso *Friday Cake*, una mesa llena de tartas y dulces en cada planta, y el *marathon break*, en el que los empollones —como llamábamos a los creativos— salían a correr al Green Park y aprovechaban para ligarse a alguna de las chicas de Finanzas.

Si hay algo que sabe hacer un buen anfitrión británico es presumir de sus costumbres con los extraños, por muy banales y absurdas que sean estas. El señor Wilkinson, que era el único que rompía sus propias reglas y nunca se olvidaba del código de vestimenta, había puesto al tanto a los americanos de aquella peculiar costumbre, o al menos a uno de ellos, porque Jason Roberts se había presentado con vaqueros, unas Nike Jordan y una sudadera.

Subí a por un café y, desde el pasillo, vi a Roberts de espaldas esperando frente a la máquina a que su vaso se llenara de café. Llevaba unos auriculares y tenía la música tan alta que pude adivinar la canción que estaba escuchando. Nunca me hubiera imaginado que a Jason Roberts le gustara el Justin Bieber de sus inicios. Esperé agazapada detrás del seto artificial del pasillo hasta que terminó de servirse el café y volvió a su oficina.

Aquel día ninguna de las chicas de Finanzas bajó a correr por el parque ni tampoco se presentó a trabajar en chándal. En su lugar, decidieron quedarse a cuchichear por los pasillos esperando cruzarse en algún momento con Roberts, captar su atención, mudarse a su mansión de Florida y tener dos caballos y una American Express sin límites.

Yo también me olvidaba del código de vestimenta los viernes, ya que sería cuanto menos incoherente que la jefa del departamento que había instaurado aquella costumbre decidiera desobedecerla. Aunque me había propuesto no dejarme seducir por el encanto de conquistador nato de Roberts, no había podido evitar ponerme unos vaqueros que Olivia me había dado antes de mudarse a Madrid y que me hacían un culazo increíble, y para disimular que mi atuendo lo único que buscaba era la atención de Roberts, me enfundé en una sudadera deportiva de Paul que había cogido prestada en casa de Elina.

Subí a las once a por un café a la máquina, a sabiendas de que Roberts y Kazinsky iban a estar con Mark Cooper y el señor Wilkinson en la sala de reuniones que se encontraba al lado del comedor. Me paseé por delante del cubículo de vidrio templado en el que se estaba celebrando la reunión, pero Roberts estaba mirando al dosier que tenía delante y no me vio. El que sí me vio fue el señor Wilkinson, que me miró como quien ve a un fantasma, le dijo algo a Mark al oído y salió de la sala. Sin saber por qué aceleré el paso y recorrí el pasillo hasta el final, escapando de mi jefe como si se tratara de un desconocido que me estuviera siguiendo con una sierra eléctrica por un callejón en plena noche. Me escondí en una sala vacía junto a la fotocopiadora. Desde allí escuché la conversación que mantenían en el comedor las zorras suecas, Steve, el informático y James de Contabilidad.

—Es un hortera y un creído —resaltó James—. ¿Habéis visto esos pendientes de brillantes que lleva? ¿Y esos tres anillos enormes en la mano izquierda?

—Son los anillos de la Super Bowl —aclaró Steve—. Yo también los llevaría si los hubiera ganado tres veces.

Me asomé al pasillo y vi que estaba despejado. Entré al comedor y me acerqué a la máquina de café. Mientras apretaba el botón del capuccino y ponía la taza en el dispensador observé que en las brillantes pupilas verde esmeralda de Sonja y Cara casi se podía apreciar el símbolo reflejado del dólar. De repente Steve me miró y se rio. James hizo lo mismo. Empecé a sospechar que había algo en mí que despertaba la sorpresa y la carcajada de la sala y me miré en el espejo del pasillo para averiguar qué era, cuando de repente apareció el señor Wilkinson detrás de mí.

—Buenos días, Macarena.

—Buenos días, señor Wilkinson. ¿Qué tal está?

Me miró de arriba abajo e hizo un gesto de desagrado que intentó disimular con una media sonrisa forzada cuando se percató de que le había pillado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me mira así? Steve y James acaban de reírse de mí en el comedor. ¿Es que no esperaban que viniera yo también vestida informal? ¿Es eso?

—No tienes ni idea de qué significa la sudadera que llevas, ¿verdad?

—Es una sudadera deportiva, ¿qué problema hay? Además estamos creando una campaña para la Super Bowl que es un evento deportivo.

—Es de los Devils de Oklahoma.

—¿Los quién?

—Los Devils de Oklahoma, el equipo que venció en la pasada Super Bowl a los Eagles de Florida, el exequipo de Roberts.

—¿Y es un niño de seis años que no soporta que le ganen al parchís?

—Se tuvo que retirar después de la Super Bowl por una lesión en el hombro que le provocó un bloqueo de otro jugador de los Devils.

—Jugador que le quitó la novia hace cinco años y ahora el anillo de la Super Bowl —espetó Steve, que apareció de la nada—. Acabaron a hostias después del partido.

—Lo que me faltaba por oír —farfullé—, dos pavos gluglú peleándose en el campo por una hembra y un anillo.

—Suponía que no lo sabías —dijo el señor Wilkinson, esbozando una media sonrisa.

—No tengo ni idea de fútbol inglés, como para saber de fútbol americano.

Miré a Steve, que llevaba una sudadera de un vídeojuego y se me ocurrió una idea. No me costó mucho convencerle para que nos las intercambiáramos. Nos fuimos al aseo masculino y nos quitamos las sudaderas justo cuando Jason Roberts entró y nos pilló semidesnudos y a una distancia tan corta que cualquiera podría pensar que nos lo estábamos montando en el baño.

Salí a las cinco y media y me fui caminando hasta el Dilly, un bar a solo una manzana de Gravity. Había quedado allí con Hugo, un español que había conocido en Tinder y con el que había intentado quedar dos veces aquella semana. Era demasiado joven, pero las veces que habíamos hablado me había parecido muy maduro y encantador. Al parecer acababa de llegar a Londres y había estado ocupado con la mudanza. Me envió un mensaje para decirme que acababa de llegar a la estación de Piccadilly y que en cinco minutos estaría allí. Aquel gesto de cortesía me tranquilizó, ya que aunque me gustaba decir que era sevillana de nacimiento, mi alto porcentaje de sangre británica hervía cada vez que quedaba con alguien y llegaba tarde, y aquella semana mi temperatura sanguínea había llegado a su máximo histórico.

Llegó antes de que me diera tiempo a pedir una copa y me ganó cuando antes de darme dos besos me dijo que era mucho más guapa que en las fotos de Tinder. Pidió dos pintas de cerveza y me preguntó si quería algo de comer aunque él todavía no tenía hambre. Le pregunté si llevaba el horario español y me respondió que sí, que estaba solo de paso y que en un mes volvería a

Madrid. Me sorprendí de que no viviera en Londres porque me había parecido entender que no estaba de visita, sino de manera permanente por la forma en la que hablaba de la ciudad, como si la conociera de siempre. Me explicó que tenía un hermano que estaba realizando unas prácticas de empresa en la City y que solía venir muy a menudo. Hablamos de nuestros respectivos trabajos, de nuestras aficiones y me contó que no solía decir a qué se dedicaba —las criptomonedas y el *blockchain*— porque era un negocio que gozaba de muy mala fama y la gente no lo entendía. Parecía nervioso e incluso diría que era algo tímido, pero cuando le pregunté por sus anteriores relaciones, empezó a soltarse y a mostrar el lobo con piel de cordero que llevaba dentro.

—Pues me alegro de que coincidamos en esto, porque yo también busco una relación seria con una mujer de valor, de las de antes, no esas feminazis que no se depilan los sobacos y quieren igualdad, pero si no les pagas todo te dejan por otro.

—Bueno, cada una que haga lo que le dé la gana con su cuerpo y sus sobacos, ¿no crees? —dije, dándole un largo sorbo a la pinta para acabármela lo antes posible y escapar de allí con cualquier excusa.

—Es que en una relación uno no puede hacer lo que le dé la gana, tiene que haber límites. Lo que no puede ser es que tu novia vaya por ahí con otros tíos y con sus amigas a todos lados. Y, por supuesto, si sales con alguien, vístete adecuadamente, no como una fulana, porque ya no estás soltera y tienes que respetar a tu hombre. Además con esa tontería del feminismo ahora hay que tener mucho cuidado, porque a nada que haces te denuncian.

—¿Y para ti qué es nada?

—Pues nada, joder. Nada es nada. Que están metiendo a tíos en la cárcel por decirle a una tía que está buena. Si sales con un vestido ajustado que se te marca todo es para que te digan que estás buena. ¿A eso no se le llama incitación al delito?

—No, a eso se le llama libertad.

—¡Qué libertad ni qué hostias! Libertad había antes, a esto se le llama libertinaje.

Todo el restaurante nos miró. Empecé a sentirme cada vez más incómoda y vi cómo un chico que estaba en la mesa de al lado me mirara como si me estuviera queriendo decir que si se pasaba de la raya solo tenía que hacerle una señal e intervendría.

—Y luego están esos tíos amariconados que te llaman machista por ser un caballero y pagar todo. Vamos a ver, panoli, que como le hagas pagar se va a largar con otro. Es que se están perdiendo los valores.

—¿Entonces cómo sería la mujer ideal para ti?

—Pues una como las de antes, que se haga respetar y que me respete. Una mujer de valor.

—Que limpie y cocine durante el día y te la chupe por la noche.

—Si te parece voy a dedicarme yo a las tareas domésticas cuando estoy trabajando todo el día. Si quiere una chacha se la pago, pero que trabaje.

—Y supongo que esto me lo estás diciendo porque llevo unos vaqueros y una sudadera, porque se hubiera venido con una falda corta y un top escotado, no me haría respetar.

—Ahora estás soltera, por eso estás aquí, porque buscas un hombre, pero si fueras mi pareja no me gustaría que fueras provocando a otros hombres y te exigiría que te vistieras adecuadamente.

—Mira, Huguito —dije mientras abría mi bolso para sacar la cartera—, yo no necesito a un criptobro que vive en el sótano de sus padres y se mata a pajas con películas de Stallone para que me pague nada, así que mejor me voy, que no me apetece perder el tiempo. —Llamé al camarero y le di un billete de veinte libras—. Y, por cierto, si las mujeres no te respetan no es porque no

seas un hombre de valor, es porque eres un puto misógino y un homófobo y, probablemente, la tendrás pequeña.

Salí del restaurante con una sonrisa triunfal y le bloqueé.

Sábado, 8 de marzo: El Christian Grey

Quedé con Megan y Louisa para comer en Mayfair, un restaurante que estaba a la vuelta de la esquina del nuevo local de Scott Jenkins, el padre buenorro del colegio de Ivy y Betty. Después de un suculento menú de tres platos, cafés y tres margaritas, ninguna de las tres pudimos evitar que mis torpes intentos por encontrar una pareja ideal monopolizaran la conversación.

—No le des más vueltas —dijo Louisa—. Ese es un puto resentido de mierda que odia a las mujeres porque Rosita en preescolar le robó la plastilina y ahora quiere vengarse por ello con todas nosotras.

—¿Por qué no puedo encontrar un hombre normal?

—O una mujer normal —dijo Megan—. ¿Por qué solo buscas hombres?

—Pues no sé, quizás porque solo me ha atraído una mujer en toda mi vida y he tenido miles de relaciones con hombres, o porque puede que todavía no haya aceptado que soy bisexual. Igual yo también soy una puta homófoba.

—Tú no eres homófoba, Maca —dijo Louisa—. Es solo que no te gustan las etiquetas y tampoco tienes que poner nombres a tus sentimientos. Con quien quieras salir es tu elección.

—¿Creéis que debería poner en mi perfil de Tinder que soy bisexual y dejar que la suerte decida? La verdad es que puede que esté cerrando las puertas a…a…—balbuceé cuando vi quién entraba al restaurante.

—Hola, chicas —dijo Elina—. Perdón, Henry no ha podido traerme hasta ahora. ¿Me da tiempo a comer algo antes de la inauguración?

—¿Pero cómo vas a venir con esa barriga? —dije sorprendida—. El médico te ha dicho que te quedes en casa, Marjorie puede llegar en cualquier momento.

—¿Y por qué me tengo que quedar en casa? Si puedo cocinar, llevar a las niñas al colegio, limpiar la casa y hasta cortar el césped, también puedo pegarme mi última fiesta hasta dentro de al menos cinco años. Y además tengo curiosidad por ver el local de Scott, sé que está muy ilusionado.

—¿Entonces sabes qué tipo de negocio es? —dije—. Porque lo único que me dijo es que era algo innovador que todavía no se había abierto en Londres, y mira que en Londres hay de todo lo que puedas imaginar.

—No será nada ilegal, ¿verdad? —dijo Megan.

Louisa, Elina y yo nos reímos. Megan no parecía entender por qué.

—Es legal, aunque sí que es verdad que no es algo muy convencional que digamos —aclaró Elina.

—Elina, no me digas que es un puticlub —dijo Louisa.

—¿Pero cómo va a tener el padre buenorro un puticlub? Y tú tampoco deberías haber salido esta noche, no tienes muy buena cara, Louisa. ¿Cuándo te daban los resultados?

—La semana que viene.

—¿Pero qué día? Dímelo y te acompaño —dije.

—¿Pero tú te crees que tengo cinco años? ¡Ni hablar!.

Todos nuestros intentos de convencer a Elina para que volviera a casa fueron en vano y acabamos las cuatro en la cola de entrada al local. Pero la presencia de Elina no fue la única

sorpresa de la noche.

Esperamos a que se abrieran las puertas mientras observábamos que los porteros estaban dejando entrar en primer lugar a varias chicas que no parecían superar la treintena y que no dejaban de tomarse *selfies* en la entrada como si aquello fuera un *photocall*.

—Necesito ir al baño ahora mismo, no puedo esperar más, estoy embarazada —le dijo Elina por tercera vez al portero, al que acabó colmando la paciencia y nos dejó pasar.

—Cuando estéis dentro, poneros esto —dijo, dándonos unos antifaces con brillantes negros —. No podéis entrar sin los antifaces.

—¡Anda! ¡Una fiesta de disfraces! —exclamó Megan—. ¡Qué guay!

—Shhh —dijo Louisa—. Nadie dice guay desde 1998.

Acompañamos a Elina al baño, donde nos pasamos un buen rato esperando a que se maquillara y se pusiera un vestido granate ajustado que ninguna esperaba que llevara en el bolso. Se pintó los labios de rojo y se puso el antifaz.

—Pareces una conejita de Playboy —bromeé.

—Venga, pues vamos a juguetear un poco. Dicen que a los tíos les pone hacérselo con una preñada a punto de explotar.

—¡Elina! —gritamos las tres.

—Veréis qué bien nos lo vamos a pasar, chicas —dijo con una sonrisa traviesa—. Es que ni os lo imagináis.

Elina nos guiñó el ojo y enseguida supimos que había algo que sabía y nosotras no. Le encantaba darnos sorpresas, como aquel día que organizó en Gravity unas sesiones de juegos para fomentar el espíritu de equipo y montó una fiesta de disfraces como la de El diario de Bridget Jones, de curas y rameras. Todavía recuerdo las risas de Elina viendo las caras de estupor de los empleados del centro recreativo viendo llegar tres autobuses llenos de religiosos y prostitutas.

Salimos del baño y vimos al guarda que nos estaba esperando. Nos condujo hasta lo que llamó la primera sala mientras el volumen de la música iba subiendo conforme nos acercábamos. Era una melodía agradable y muy sensual y no música de baile como esperábamos, pero supusimos que era porque todavía no se había llenado el local. En cuanto llegamos a nuestro destino, las tres nos miramos perplejas.

—¡Esto es un puticlub!—dijo Louisa.

Entramos en una especie de laberinto con unas jaulas vacías a los lados. De repente salió del fondo de una de las jaulas un hombre con un tanga de cuero negro y un arnés. Se acercó a la reja y le puso a Megan una pequeña llave dorada en la mano. Megan se puso colorada y el hombre le preguntó que si quería entrar.

—Eres muy amable, pero tengo novio y a mí este rollo de esposas, látigos y cadenas no me va.

El hombre la miró con extrañeza y le susurró algo que no llegué a escuchar. Megan se sonrojó. Me di la vuelta para ver si estaba el guarda, pero había desaparecido. Seguimos andando y vimos a nuestra derecha otra jaula, pero esta vez no estaba vacía. Había una chica que no debía superar la treintena con las muñecas encadenadas a una barra sobre su cabeza y un hombre estaba acariciando todo su cuerpo con una pluma. En la otra mano llevaba un cinturón de cuero negro con tachuelas. La chica me miró y me guiñó el ojo.

—¿Dónde pone el precio de cada chico? —susurró Megan.

—No son putos, Meg. Es un club de BDSM —dijo Elina.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella—. ¿Orgías?

—No —dije—. Aquí la preñada nos ha traído a un local de sadomasoquismo.

—¿Vuestro padre buenorro ha abierto un local de sado? —dijo Louisa riéndose—. Joder con el pobre viudo.

—Eso parece —dije—. Y ha invitado a la amiga preñada del colegio de su hija para darle unos azotes por ser una niña mala.

—No me ha invitado, me he invitado yo —aclaró Elina—. A quien ha invitado es a la amiga soltera de la madre preñada de las amigas de su hija.

—Pero tú sabías dónde veníamos, Elina —dije.

—Claro que lo sabía y no podía perdérmelo —dijo Elina—. Cuando Scott me contó el concepto me encantó.

—¿Te encantó la idea de que al padre de las amigas de tu hija le guste azotar mujeres en su tiempo libre? —añadí.

—Macarena, no seas antigua —dijo Elina—. Las preferencias sexuales de Scott no tienen por qué influir en sus habilidades como padre.

Miramos al frente y vimos a Scott con un traje negro con el que estaba impresionante. Sin duda había reconocido a Elina, probablemente porque era imposible no hacerlo con esa enorme barriga a punto de caramelo y su cabello rubio platino casi albino.

—¡Elina, querida! Qué gusto verte por aquí. Bienvenidas a Bunnied. Espero que os estéis divirtiendo.

—¡No sabes cuánto! —exclamó Elina mirándome de reojo.

Elina le presentó a Megan y Louisa, a la que parecía que se le iban a salir los ojos de las cuencas. Me clavó sus ojos verdes y me plantó un beso en la mejilla que me pareció eterno. Sentí una leve excitación cuando puso su enorme mano en mi cintura. Nos invitó a que pasáramos a una sala al final del pasillo donde había una larga barra que conducía a una pista con unas pequeñas jaulas. En ella había gogós bailando con porras, esposas y cadenas. No diría que el ambiente fuera sórdido, pero sí que algo intimidante. El mundo del sadomasoquismo era totalmente desconocido para mí y quizás los prejuicios estuvieran provocando una reacción adversa en mi cuerpo. Scott nos hizo pasar a una zona reservada con dos mesas y unos bancos forrados de terciopelo verde oscuro que resaltaban con las luces rojas de neón. Desde allí se veía una pequeña zona elevada en la que Scott nos dijo que iba a dar un discurso de bienvenida. Se mostró muy atento durante todo el tiempo que pasó con nosotras, sobre todo con Elina, con quien estuvo discutiendo algo sobre una función de fin de curso del colegio. Durante unos segundos no pude evitar imaginarme a aquel hombre que hacía manualidades en casa con sus hijos realizando otro tipo de trabajos manuales con artilugios como látigos, porras y esposas, lo que me produjo otra repentina y poco oportuna excitación.

—Imagínate tener un hombre así haciéndote galletas por las mañanas y azotándote y comiéndote la magdalena por la noche —dijo Megan—. Y encima escorpio.

—¿Qué pasa con los escorpios? —pregunté.

—Que son unos animales en la cama —aclaró Megan.

Scott se subió al escenario y durante casi diez minutos acaparó toda nuestra atención. Dio las gracias a los asistentes y a todos los que habían hecho posible lo que él llamaba su sueño. Era un hombre que derrochaba carisma, con un magnetismo que te podía convencer en menos de cinco minutos incluso de que la Tierra era plana. Una chica ataviada con un body de encaje dorado y negro nos entregó una carta.

—¡Si hasta tienen comida! —exclamó Megan abriendo la carta con letras doradas donde ponía menú.

La expresión jovial de su cara desapareció en cuanto leyó la primera página, que era lo bastante explícita para adivinar que no se trataba de una carta de comida.

—El jefe, cuarenta y un años —leyó Megan en voz alta—, prefiero dar a recibir. Comprometido solo con el placer. Cinco llaves.

—¡No jodas! —exclamó Elina—, él también está disponible. ¿Y cuánto cuestan las llaves?

—¡Elina!

—No digo que yo esté interesada, solo quiero saber cuánto cuesta que el padre buenorro te dé unos latigazos y te ponga los ojos del revés.

—Aquí pone que cada llave cuesta quinientas libras —dijo Megan.

—¡Quinientas libras! —exclamó Louisa—. Pues ya puede tener un buen látigo.

—Lo tiene —dijo Elina.

—¿Pero y tú cómo lo sabes? —dije sorprendida—. ¿Es que te lo has tirado?

—¡Qué dices! Es que Henry y Scott van al mismo gimnasio y ya sabéis que los tíos se fijan en las pollas de otros. Algunos hasta lo comentan con sus esposas.

—Y te ha dicho que el viudo del colegio de vuestras hijas tiene un buen pollón. Ese es nuestro Henry, sin miedo al fracaso —dije.

—Exacto, Henry es un hombre muy seguro de sí mismo y de mi amor por él —bromeó Elina.

—Y por eso estás intentando liar a Maca con un tío que hace magdalenas y te da latigazos por las noches, porque crees que lo que necesita es un buen pollón —dijo una seria Louisa.

—¿Y por qué no? —dijo Megan—. ¿Qué tiene de malo?

—Que no va a encontrar la estabilidad con alguien así.

—¡Oh, por Dios Santo! ¡Cállate, virgo!

—Chicas, dejadlo ya —dije—. Ya soy mayorcita para decidir qué es lo mejor para mí y Elina no ha hecho nada malo. ¿Por qué no seguimos disfrutando de la noche?

—Yo me voy —dijo Elina de repente.

—No, Elina, no te enfades, si no me molesta —dije.

—Que no es eso, que me tengo que ir. Llamad a Henry.

Elina miró hacia el suelo y en seguida supimos qué sucedía. Acababa de romper aguas.

Domingo, 9 de marzo: El narcisista

Cualquier soltera que tenga a todas sus amigas casadas o en pareja tiene que pasar por el bochornoso trámite de aceptar una cita a ciegas encubierta en forma de invitación a una cena informal. En esta ocasión había sido Louisa la que la había organizado, algo que al menos hacía aumentar las probabilidades de éxito, ya que los estándares de Louisa siempre eran demasiado altos. A priori no parecía haberse equivocado. William tenía un exitoso negocio y unos cuantos millones en el banco, lo que para Louisa era el summum de la estabilidad. ¿Qué podía salir mal? Todo. Aquella noche todo lo que podía salir mal, salió mal. Para empezar, Louisa no había conocido hasta aquella misma noche al famoso William Carlson-Fitzpatrick Jr., del que el cretino de Paul hablaba constantemente desde que fueran compañeros de habitación en Eton, lo que significaba que no había sido elección de Louisa, sino de Paul. Para los londinenses, haber estudiado en Eton era sinónimo de estatus, significaba pertenecer a un selecto club de privilegiados que hablaban como si no lo fueran, como si hubieran tenido que correr durante meses bajo la lluvia y arrastrarse por el fango para llegar a ocupar sus aulas. Hablaban de éxito y reconocimiento como si solo ellos lo merecieran y el mundo tuviera que rendirse a sus pies. La mayoría de alumnos provenían de familias con algún parentesco noble, pero otros tan solo poseían los contactos suficientes como para entrar como un elefante en una cacharrería en un mundo al que se veía a leguas que no pertenecías, como era el caso de Paul.

Por si no fuera suficiente con ser amigo de Paul, William Fitzpatrick Jr. también compartía con él algo más que un pupitre en Eton: su afán por enumerar todos sus logros profesionales y esperar una palmadita en la espalda por ellos. Desde que había entrado por la puerta no había hablado de otra cosa que no fuera su empresa de servicios de leasing de yates y vehículos de lujo que había montado con el dinero que heredó de papá, William Carlson-Fitzpatrick, que a su vez heredó la fortuna de su abuelo, un banquero que se hizo rico durante el crack de 1929. El abuelo de Willian había construido su vasto imperio gracias a los préstamos usureros que concedía a nobles de la época que acudieron a él para poder compensar las pérdidas de sus hasta entonces exitosos negocios. Los Carlson-Fitzpatrick no solo estaban podridos de dinero, sino que toda su fortuna estaba manchada de sangre y desesperación de aquellos que, ahogados por las sucias artimañas del patriarca, no vieron otra solución que quitarse la vida para que sus familias no acabaran en la más absoluta miseria y pagaran su deuda con su seguro de vida.

Nada más acabar el postre, fingí que me encontraba mal y salí a la parte trasera que daba al jardín de Louisa a fumarme un cigarrillo. Apenas fumaba desde hacía dos años, pero siempre llevaba un paquete conmigo por si había una emergencia. Aquello lo era. Aunque me escondí detrás de un seto, Louisa y Megan me encontraron.

—¿Pero tú no decías que lo habías dejado? —me riñó Louisa.

—Y lo había hecho, hasta que me montaste una encerrona para cenar con William, el narcisista, y su enorme ego —ironicé—. A partir de ahora quiero nombres y apellidos, aunque sean siete, de cada uno de los invitados a tus cenitas para poder investigar sus redes sociales y asegurarme de que no quieres que salga con Patrick Bateman[6], de lo contrario, no vendré a ninguna otra cita a ciegas que organices nunca más.

—Pero si William es un hombre muy agradable, Macarena.

—¡Es un puto esnob arrogante que solo habla de sí mismo y de su asquerosa familia!

—¿Es eso lo que te disgusta de él? ¿Su familia?

—Me disgustan él y sus comentarios hirientes.

—Macarena, es que te has pasado con lo del Iphone, tú tienes uno y no por eso eres una pija y una esnob.

—Yo tengo un Iphone como más de la mitad de esta ciudad, pero no me creo mejor por ello ni desprecio a los que no lo tienen.

—Y él tampoco.

—¿Perdona? ¿Y qué crees que ha querido decir con «el simple hecho de tener un Android ya denota ausencia de ambición»?

—Bueno, ya sabes cómo son los tíos, les encanta presumir de sus aparatitos.

—No, Louisa, ese tío es un gilipollas y poco le he dicho para lo que se merecía, pero no quería estropearos la noche.

—Vale, Macarena, tienes razón. Es un gilipollas, pero Paul creía que os podríais llevar bien.

—Claro, porque los dos somos niños pijos.

—Y lo sois, pero él es pijo y gilipollas.

—Me voy a casa, chicas, necesito preparar unas cosas para mañana —dije—. Ayer recibí un email muy extraño del señor Wilkinson. Al parecer, Jason Roberts quiere hacer algunos cambios en el equipo. No entiendo nada, se suponía que estaba de acuerdo con todo y ahora de repente hay cosas que no le gustan. Me da que está cabreado porque ya van dos veces que declino su invitación a comer.

—¿Jason Roberts ha vuelto a invitarte a comer y le has vuelto a rechazar?

—Mark me ha dicho que el viernes estaba un poco raro en la reunión que tuvieron por la tarde —dijo Megan.

—Demasiado bien estaba yendo todo teniendo en cuenta que son americanos y siempre tienen que hacer lo que a ellos les dé la gana.

Terminé mi cigarrillo y volvimos al comedor, donde William seguía hablando de sus propiedades, sus viajes, sus negocios y sus ex, ya que también le gustaba presumir de lo generoso que había sido con ellas.

—¿Y no has pensado que igual a todas esas mujeres con las que has estado no les importan ni los coches ni los bolsos caros que les compres?

—¡Venga ya! A las mujeres os encantan esas cosas.

—Está claro que no lo suficiente como para aguantar tus aires de superioridad y tu ego desmedido, William III de Eton —espeté. Toda la mesa se quedó en silencio—. Acabo de recibir un mensaje de Henry —dije—. Marjorie ya ha nacido. Tengo que ir al hospital a conocer a mi ahijada.

—Te acompaño, Maca —dijo Louisa levantándose de su silla y, sin duda, agradecida de poder salir de allí antes de que William explotara, algo que parecía inminente por el color rojo fuego de su cara.

—Y yo —añadió Megan, que parecía que también estaba deseando salir de allí.

Llegamos al hospital de Hammersmith antes de las ocho y nos dirigimos a la planta de neonatos donde Marjorie estaba ingresada. Habíamos hablado con Henry y nos había contado que habían tenido algunos problemas en el parto porque la niña venía de nalgas y había estado a punto de asfixiarse con el cordón umbilical. Aunque estaba en perfecto estado, habían preferido que pasara la noche en observación. Elina estaba tranquila porque ya había tenido el mismo problema con Ivy, a la que le había costado salir y había tenido que pasar un par de días en observación por precaución. Cuando llegamos allí nos encontramos a Henry junto a la enorme ventana de cristal

por la que se podía observar a los recién nacidos. Nos acercamos y vimos a la pequeña Marjorie dormida con media mano en la boca.

—¿Es cosa mía o por fin vas a tener una cría que parece tuya? —dije, dándole un abrazo a Henry que parecía que llevaba al menos tres días sin dormir.

—Es posible que esta no sea del peluquero turco barbudo del barrio —respondió en tono jocoso.

—Es preciosa, Henry. Enhorabuena.

—Gracias, Macarena —Exhaló y rozó la mampara de cristal que le separaba de la pequeña Marjorie con los nudillos. — Ya somos cinco. Hace nada estaba solo viendo el fútbol en el pub y pensando que era un tío afortunado porque tenía un buen trabajo y me iba a comprar un piso antes de los cuarenta. No tenía ni idea de que la rubia que estaba sentada detrás de mí y casi me parte la cara por pisarle el abrigo con la silla iba a enseñarme el verdadero significado de la palabra suerte.

—Es que Elina y tú sois almas gemelas.

—Puede ser, aunque nos costó descubrirlo.

—¿No empezasteis a salir al poco tiempo de conoceros?

—¡Qué va! ¿Eso es lo que os ha contado Elina?

—Sí, que os enrollasteis a la noche siguiente de lo del bar.

—Bueno, eso sí que pasó, pero a la semana siguiente nos dimos cuenta de que no nos soportábamos.

—¡Vaya! Pues eso no nos lo había contado la muy pilla.

—Una semana después me dijo que no quería volver a verme, que era un imbécil y que me iba a bloquear en Instagram. Pero luego decidí enviarle un mensaje para disculparme, porque la verdad es que en nuestra última conversación me había portado como un capullo. Quería que pensara que no era tan importante para mí como lo era en realidad. Me aterraba que viera que estaba absolutamente loco por ella y que eso la asustara, pero acabé dándome cuenta de que no era así, de que podía ser sincero con ella. Una semana después me dijo que estaba muy pillada por mí y que si yo no lo estaba, debía decírselo en ese momento. Yo le contesté que quería pasar con ella cada minuto de mi vida. No sabía si iba a ser así, pero lo deseaba de verdad. Y un mes después estábamos viviendo juntos.

—Bueno, lo tenías claro y fuiste a por ello. Ojalá todos los hombres fueran como tú, Henry.

—No soy un santo, Macarena. Tuve otras parejas con las que cometí errores y a las que seguro que hice daño y no te dirán que ojalá todos los hombres fueran como yo. El éxito no está en cruzarte con un hombre bueno, sino en que ese hombre, que no es ni bueno ni malo, sino humano e imperfecto, quiera apostarlo todo por ti en ese momento.

Dejamos a Henry hablando con una de las enfermeras sobre la evolución de la pequeña y subimos a la cuarta planta. Entramos en la habitación de Elina, donde estaban las gemelas sentadas en el suelo jugando con el carrito de la comida. Ella parecía estar exhausta y su cara apuntaba hacia la ventana con la mirada perdida. En cuanto nos vio, esbozó una tenue sonrisa.

—¿La habéis visto? —dijo.

—Sí, Elina —contesté cogiéndole la mano—. Esta por fin sí que parece de Henry, enhorabuena.

Elina no dijo nada, parecía que aquel parto incluso le había quitado su capacidad innata de reírse de sus propias circunstancias. Le besé la frente para que sintiera que estaba a su lado aunque no fuera ella misma. Le envié un mensaje a Henry para que se llevara a las niñas de

vuelta a casa de su madre y se diera una ducha, ya que nosotras nos podíamos quedar con Elina hasta que él volviese, pero se negó y fue Louisa la que acabó llevando a Ivy y a Betty a casa de sus abuelos.

Mientras Megan dormitaba junto a Elina en la habitación, bajé a ver a la pequeña Marjorie. Elina me había pedido que fuera su madrina nada más enterarse de que estaba embarazada. Me dijo que estaba segura de que iba a ser una niña y que yo era la única persona aparte de Henry a la que le confiaría su protección. Por supuesto, me negué. ¿Cómo iba yo a proteger a nadie si nunca me habían protegido a mí y no sabía cómo hacerlo? Fue entonces cuando me dijo algo que nunca olvidaré: «no conozco a nadie que pueda cuidar mejor de alguien que tú, siempre has estado sola y aquí estás».

Miré a la pequeña Marjorie y le prometí que nunca dejaría que sintiera que estaba sola y que solo ella misma podría salvarse.

Lunes, 10 de marzo: El encantador de suegras

Aquel lunes se respiraba un ambiente extraño en los pasillos de la sexta planta de Gravity. El señor Wilkinson me había citado en su despacho a primera hora de la mañana y me había comunicado que necesitaba hacer algunos cambios en el equipo de la campaña de la Super Bowl. Al parecer, Jason Roberts quería trabajar con un equipo que tuviera más experiencia en campañas de ese calibre. Había insinuado que yo no estaba preparada para algo así e incluso le había aconsejado a mi jefe replantearse una «restructuración». ¿Pero acaso no sabía que Gravity nunca había lanzado una campaña como aquella y que esto podría ocurrir o estaba buscando una excusa para descartarnos? ¿Habrían influido en su decisión nuestros últimos desencuentros? A pesar de las advertencias del señor Wilkinson y de Megan de dejar el asunto en manos de mi jefe, me presenté en la oficina central de la sexta planta donde Roberts y Kazinsky habían acampado como si aquello fuera el salón de juegos de su casa. Tenían su servicio de catering propio, un sofá, una nevera llena de bebidas energéticas, dos cintas para correr y hasta una máquina recreativa de baloncesto. Entré y me encontré a Jason Roberts corriendo en la cinta. Aminoró la marcha nada más verme.

—¿Podemos hablar? —espeté tras cerrar la puerta.

—Le advierto que llevo más de una hora sobre la cinta y no creo que pueda mantener una conversación —respondió, sin ni siquiera mirarme o mostrar el más mínimo interés. Me acerqué a la cinta y le di al botón de parada. Refunfuñó y cogió la toalla que tenía sobre el manillar.

—Tenemos que hablar, Roberts.

—¿Ahora sí quiere hablar conmigo? Pues envíeme uno de sus malditos emails para fijar una reunión y no venga a molestarme.

—Usted nunca me ha pedido tener una reunión de trabajo conmigo, usted me ha tratado como si yo fuera una de esas *groupies* furcias que le siguen por todo el mundo para meterse en su cama y figurar en las escrituras de sus mansiones.

Se bajó de la cinta y me miró con estupefacción.

—Llevo años esperando a tener una oportunidad como esta de que se valore mi trabajo en Gravity y usted no me la va a arruinar. Si quiere que hablemos de los cambios, escríbame un email y concierte una cita en la empresa conmigo y con el señor Wilkinson, que tiene que estar presente porque es el director de la agencia, pero déjese de chorradas.

—Perfecto. ¿Quiere un Prime? Yo a mis… ¿cómo ha dicho? ¡Ah! ¡*Groupies* furcias! A mis *groupies* furcias no las invito a tomar nada, ni siquiera un vasito de agua, les pido que se pongan de rodillas y sean obedientes. Lo digo para que sepa que no pretendo otra cosa que no sea hablar de trabajo con usted. Solo quiero que pruebe la bebida que quieren promocionar y que me apuesto cualquier cosa a que no ha probado todavía. Es trabajo —dijo tirándome una lata que pillé al vuelo mientras me guiñaba un ojo.

—No me esperaba menos, se le ve a leguas que es un ególatra que solo piensa en su propia satisfacción. —Tuve que hacer un verdadero ejercicio de autocontrol para no soltar todo lo que se me estaba pasando por la cabeza en aquel momento, aunque era consciente de que ya había traspasado una línea roja—. Gravity Global nunca ha hecho ninguna campaña para la Super Bowl, así que no tenemos experiencia con eventos de esta magnitud. En cambio, sí que la tenemos con eventos deportivos. Eso ustedes lo sabían cuando nos llamaron a nosotros y no a Sanders o WCC que juegan en su misma liga.

—Todo el mundo se equivoca.

—Pues si cree que se ha equivocado y no le gusta cómo hacemos las cosas por aquí, coja su arrogancia, sus anillos, sus trajes horteras y sus bebidas energéticas y vuelva a Florida. No necesitamos a ningún paleto americano con aires de superioridad que venga a insultarnos en nuestra propia casa.

—¿Macarena? ¿Se pronuncia así?

—Señorita Stuart.

—Está bien, Señorita Stuart —dijo con una sonrisa cargada de sarcasmo—, no he pretendido ofenderla en ningún momento y valoro el trabajo que ha hecho, y por supuesto espero que su agencia también lo valore independientemente de que les demos la campaña a ustedes o a su competencia. Entiendo que no le guste mi arrogancia, ni mis anillos, ni nada de lo que haya leído por ahí de mí, pero yo me crié en un campo de fútbol. Sé todo lo que se puede saber del negocio y, como usted, también quiero que me valoren por mis capacidades y mi conocimiento del sector, no por mi currículum sentimental. Haré un informe hoy mismo y se lo enviaré mañana por email para que lo revise, no es necesario que tengamos ninguna reunión si mi presencia le incomoda tanto. Le pido disculpas si la he ofendido con mi atrevimiento de querer conocerla fuera de la agencia. Entiendo sus prejuicios hacia mí y que no quiera poner en peligro la campaña, aunque le aseguro que no tiene ni idea de quién soy ni de mis verdaderas intenciones, que no son precisamente que sea una más de mis *groupies* furcias como usted las ha llamado. Le prometo que no voy a volver a insistir, seguro que todo lo que nos tengamos que contar podemos hacerlo por e-mail o en mi oficina.

Se acercó a mí y me quitó la lata. Rozó mi mano con el dedo índice, mientras que con la otra me sujetaba la muñeca. Estábamos tan cerca que podía escuchar su respiración acelerada. Soltó mi mano y me pidió que me apartara de su camino. Sentí una profunda decepción. Le obedecí y salió de la oficina.

Mientras esperaba el ascensor, lo observé a través del cristal, cabizbajo y con los hombros hacia delante formando una coraza como si se estuviera protegiendo de algo. Recordé lo que acababa de suceder y no pude evitar pensar que tal vez tuviera razón. ¿Me habría dejado llevar por los prejuicios? ¿Y si sus intenciones no eran las que yo creía?

Una hora después cogí un taxi hasta Bermondsey, uno de los barrios de moda de Londres en los últimos años. Allí había quedado con Albert, el hijo de unos amigos de mis padres con el que hacía unos años mi madre casi me había obligado a quedar y que esperaba que no siguiera siendo tan aburrido como recordaba. Trabajaba en Deloitte, una de las *Big Four*, las cuatro mejores consultoras del mundo y el sueño de todo recién graduado en cualquier prestigiosa universidad. Tenía uno de esos puestos con un nombre extraño que la mayoría de mortales no sabemos de qué se trata y vivía en uno de esos modernos lofts que se habían construido remplazando los antiguos muelles. Llegó puntual como buen hijo de familia acomodada. Tenía unos modales exquisitos, algo que en mis últimas citas había echado de menos. Sin embargo, su conversación era cuanto menos aburrida. Se pasó más de una hora hablando de su trabajo, de sus aburridas aficiones como la pesca deportiva y de sus esquíes, lo que me hizo que acabara abstrayéndome de la conversación.

Empecé a pensar en mi encuentro con Roberts. ¿Y si los prejuicios que tenía por su fama de conquistador me habían condicionado en nuestra relación laboral? Podría haberme cargado todo el esfuerzo de la agencia por no haber sido lo suficiente inteligente como para ir a comer con él, adularle durante una hora, dar el visto bueno a todos sus cambios y volver a la oficina con

un acuerdo casi cerrado. ¿Era eso lo que me diferenciaba de Elina? ¿Era mi inhabilidad de mantener la boca cerrada por el bien de la empresa lo que no me permitía ascender? Decidí que iba a volver a su oficina al día siguiente. Le pediría perdón por todo lo que le dije y aceptaría ir a comer con él. No, no podía hacerlo, me había dejado claro que no me había equivocado con respecto a sus intenciones conmigo. «No tiene ni idea de quién soy ni de mis verdaderas intenciones». No podía quitarme aquella frase de la cabeza.

Cuando el camarero nos trajo el postre volví a centrarme en la conversación con Albert, que seguía teniendo el mismo nulo interés que hacía diez minutos. Me habló de sus planes de tener familia en un futuro y comprarse una casa en la campiña, donde había pasado mucho tiempo durante su infancia, pero había algo en su discurso que empezó a resultarme poco convincente.

—Pero entonces dices que tu trabajo es el gran amor de tu vida y que te ocupa muchas horas. ¿Y cómo quieres tener una familia si apenas tienes tiempo de conocer a una mujer? ¿Cómo piensas tener hijos si te pasas el día trabajando?

—A ver, Macarena, no es algo que tenga pensado hacer a corto plazo —aclaró.

—Pues es que tienes cuarenta y cuatro años, Albert —dije algo irritada—. Tampoco es que tengas mucho tiempo para hacer todo eso que quieres hacer y vas aplazando cada día que pasa.

—Bueno, para los hombres es diferente que para vosotras, nuestro reloj biológico va más lento. Tendré que buscar a una mujer joven para tener la familia que quiero.

—¿Vas a elegirla en un catálogo?

—Macarena, mis padres se mueren por tener nietos y yo siempre he querido formar una familia.

—¿Por eso vas a buscarte una coneja veinteañera fértil que esté dispuesta a satisfacerte cuando tú decidas que quieres formar tu familia perfecta de Polly Pocket? ¿Y por qué esa insistencia en quedar con una loca de casi cuarenta años que se ha tirado a medio Londres y es demasiado vieja para cumplir el sueño de tus padres?

—Vamos, Macarena, no te creas tan importante —dijo con sorna—. Yo solo le he pedido tu teléfono a tu madre para que cenáramos un día.

—No, Albert —dije enfadada—. Sabes perfectamente que no es así, que llevas años haciéndole la pelota a mi madre y que cada vez que he ido a Norfolk tú has aparecido por casualidad en el pub, en casa de mis padres o en el supermercado. Llevas años detrás de mí y ahora me entero de que lo único que quieres es echarme un polvo antes de encontrar a tu coneja veinteañera y sentar la cabeza.

—Macarena, tú siempre me has gustado, no te lo voy a negar, pero nunca he querido nada serio. Ya te lo he dicho, ahora mismo solo quiero pasármelo bien. ¿Qué tiene de malo? ¡Por Dios! ¿Me estás intentando hacer sentir culpable por no ponerte un anillo en el dedo en nuestra primera cita? Me pones y quiero pasarlo bien contigo, ¿no es suficiente para una primera cita?

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo quiera que me pongas un anillo en el dedo esta noche? Ni que fuera el anillo de la Super Bowl.

—¿Qué?

—Déjalo —dije mientras me levantaba de la silla—. Me voy a casa. Hay documentales en National Geographic sobre el apareamiento del colibrí más interesantes que tus disertaciones sobre la pesca del cangrejo de mar y tu trabajo de mierda. Y ya puedes ir ahorrando para una buena casa y un injerto de pelo, porque Barbie Mantenida va a querer cobrarse todas las arcadas que le vas a producir.

Martes, 11 de marzo: El gymbro

Aquella mañana no quise subir al comedor para evitar encontrarme a Roberts por los pasillos. Megan me dijo que lo había visto a través de las cristaleras de su oficina de camino a la sala del café, que llevaba toda la mañana concentrado delante de su ordenador y que ni siquiera se había inmutado cuando Cara había entrado a llevarle un café.

Revisé mi email, pero no había ni rastro del informe que se suponía que me iba a enviar aquel día. ¿Y si en lo que estaba trabajando no era precisamente en nuestra propuesta? ¿Y si estaba revisando las de los otros candidatos para decidirse cuanto antes por una de ellas? Me quedé en la oficina terminando el trabajo que tenía atrasado por haberme pasado la mitad de la mañana dándole vueltas al asunto de Roberts y llamé a Louisa para contarle todo, necesitaba consejo de alguien más racional y menos impulsiva que yo. Le pedí que saliera a por unos sándwiches y que comiéramos juntas en mi oficina para evitar encontrarme a Roberts antes de que decidiera qué iba a hacer.

—¿Pero qué dijo exactamente?

—Lo que has oído, Lou. Que no tengo ni idea de quién es ni de sus verdaderas intenciones, y que no son precisamente que sea una más de sus *groupies.*

—Eso sí que es una declaración de intenciones. ¿Y qué le contestaste?

—¿Qué querías que le contestase? Me quedé helada.

—Y le llamaste paleto americano y hortera.

—Sí —dije poniendo los ojos en blanco.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Porque yo tendría un cabreo enorme. Primero le rechazas y luego le insultas. Te pasaste un poco con lo de los anillos. Tiene mucho mérito ganar tres anillos de la Super Bowl. Roberts está considerado el mejor quarterback del siglo XXI.

—Lo sé. Ya quisiera yo ser tan buena en algo como para que me den un premio. No me los quitaría ni para dormir. Voy a pedirle perdón y a aceptar cualquier cambio que quiera hacer. No voy a joderlo todo por bocazas.

—¿Crees que una disculpa será suficiente? Igual deberías ceder y aceptar que te invite a comer.

—No, Louisa, no voy a ceder en eso.

—No te estoy diciendo que te acuestes con él, idiota, pero podrías complacerle al menos en eso. Salís a comer, limáis asperezas y trabajáis juntos hasta la decisión final.

—No, no quiero que confunda mis intenciones. Voy a subir a su oficina con la excusa de que no he recibido el informe y me voy a disculpar por llamarle hortera, aunque me temo que de nada va a servir. No creo que Jason Roberts esté muy acostumbrado a que una mujer lo rechace.

—Yo al menos lo intentaría. Nos estamos jugando mucho.

—Sí, ya lo sé.

Después de dejar a un lado el tema de Jason Roberts, hablamos de Elina. Mientras ella me contaba que Henry le había dicho que estaba preocupado porque tenía un viaje de trabajo y la notaba muy extraña, yo decidía si debía sacar el tema de David o quedarme con la duda de lo que había pasado. Al final decidí no darle más vueltas y pasar a la acción.

—¿De qué conoces a David?

—¿A quién?

—Sabes de qué David te estoy hablando. Llevas toda la semana evitando bajar a almorzar

con nosotras.

—No sé de qué me hablas.

—Sí que lo sabes. Sé que has estado saliendo con su hermano.

—Y si ya lo sabes todo, ¿para qué preguntas?

—Pues porque no lo sé todo y no entiendo por qué nunca me has contado que salías con alguien antes de salir con Paul.

Louisa se quedó pensativa durante unos instantes.

—Porque no fue nada importante.

—¿Estás segura?

Bajó la mirada hacia su bolso, del que sacó el móvil. Empezó a tocar las teclas con agilidad, como si estuviera contándole a alguien su vida en verso. De repente se puso de pie.

—Tengo que irme, tengo una cita a las dos.

—¿Qué te pasa, Lou? ¿Por qué no me cuentas qué te está pasando? ¿Para qué estás yendo al médico todos los días?

—Son revisiones periódicas como nos hacemos todas las mujeres, no creo que tengamos que contárnoslo todo. Pero si quieres saber qué está pasando, te lo voy a contar: me van a meter un aparato de aluminio por el coño para ver cómo lo tengo por dentro. Se llama citología.

—Joder, Lou, no te pongas así.

—Es que como ahora quieres saber todo sobre mi vida…

—Lou…

Cogió su bolso y se marchó malhumorada y cabizbaja. Una vez más se había puesto a la defensiva cuando le había preguntado por algo que parecía incomodarle. Louisa siempre hacía lo mismo con las cosas importantes que intentaba ocultar. La diferencia a las otras veces era que cuando la presionaba acababa contándomelo. Pero esta vez parecía diferente, como si lo que ocultara fuera tan grave que ni yo ni nadie pudiera hacer nada por ella. Decidí olvidarme del tema, solo por el momento.

Antes de terminar mi jornada de trabajo, me dirigí a la sexta planta para solucionar cuanto antes el problema con Roberts. Cuando llegué al vestíbulo me lo encontré esperando el ascensor. Llevaba los auriculares puestos y estaba bailando como de costumbre. Parecía un niño cuando escuchaba música, tanto que le envidiaba por tener algo con lo que disfrutara tanto. Me dirigí con paso firme hacia él, aunque por dentro era un manojo de nervios. Me vio y se giró hacia mí, pero Kazinsky y acaparó su atención. Aun así, Roberts no me quitaba los ojos de encima. Cuando el ascensor llegó y entró en el habitáculo, no pude evitar fijarme en ese majestuoso trasero del que tantas mujeres hablaban cada vez que salía su nombre a relucir en cualquier programa de cotilleos. Antes de que las puertas se cerraran, nuestras miradas se cruzaron y me ruboricé.

Volví a mi oficina a por mi bolso y mi abrigo. Ya me ocuparía de Roberts al día siguiente. Había salido media hora antes para cenar con Ryan, de treinta y dos años, con el que había hablado varias veces por Tinder, pero con el que no había conseguido poder quedar hasta entonces. Ryan acababa de montar su propio centro de entrenamiento en Green Park y se definía como un chico abierto y extrovertido. Aunque al principio fui reacia a quedar con él debido a su juventud, acabé cambiando de opinión porque me pareció que mudarse solo a una ciudad como Londres y lanzarse a abrir un negocio propio precisaba de un nivel de madurez suficiente como para poder tener una relación estable. Además me gustaba mucho físicamente, tenía un cuerpo muy cuidado gracias a su profesión. ¿Qué podía salir mal? Que Ryan no se presentó. Me envió un mensaje diciendo que tenía una competición de *fitness* en tres días y ya se había comido su

ración de pollo con brócoli. Después no podía quedar porque era demasiado tarde y tenía que dormir sus nueve horas para que el músculo creciera, de lo contrario no estaría en forma para la competición que tenía aquel fin de semana.

Escribí un mensaje en el grupo para saber si las chicas todavía estaban en la oficina. Tanto Megan como Louisa ya habían salido de Gravity. Decidí comprarme un *poke bowl* en un bar de comida asiática para cenar en casa. Estaba obnubilada viendo un vídeo que Elina había enviado al grupo cuando de repente escuché una voz familiar delante de mí. Miré hacia el frente y lo vi. Ahí estaba Jason, con una chaqueta de leopardo marrón que le hacía parecer aún más imponente de lo que era y una gorra amarilla con un enorme logo de Adidas con lentejuelas negras. Cada día me dejaba más perpleja con sus extravagantes atuendos. Sin embargo, tenía que admitir que le quedaban bien aquellas prendas de ropa enormes de estampados horteras y de colores chillones.

—¿No tienen pepinillo?

—No, señor, lo siento.

—Póngame también unos takoyaki de pulpo, por favor.

No tenía escapatoria. En cuanto se diera la vuelta se percataría de mi presencia. Si me largaba en aquel momento de allí, iba a darse cuenta de que quería evitarle e iba a empeorarlo todo. De pronto se dio la vuelta y nuestras miradas se cruzaron.

—Buenas tardes, señorita Stuart —dijo con una sonrisa burlona y fingiendo un acento británico del oeste de Londres con bastante acierto.

—Buenas tardes, Roberts —contesté imitando su acento americano.

—Jack me ha dejado plantado y su jefe me ha dicho que este sitio está bien para pedir algo para llevar. Siento el retraso en el informe, he estado todo el día con él y espero tenerlo listo mañana para que pueda trabajar en él lo antes posible. Por cierto, usted que conoce bien la zona, ¿sabe cuál es el mejor sitio por aquí para probar un buen Shepherd's pie?

—¿Por fin se va a animar a probar nuestra nefasta gastronomía?

—Espero quedarme por aquí un tiempo y no quiero volver a casa siendo un paleto americano de esos que usted odia que no viven la experiencia británica. Creo que ya se me está pegando algo de ustedes y estoy terriblemente molesto porque Jack ha salido doce minutos —miró su reloj— y cuarenta y siete segundos tarde y me estoy muriendo de hambre. ¿Debería admitir que me estoy volviendo un chico londinense? Creo que al menos debería reconocerme el mérito de haberlo intentado. He empezado a sustituir las bebidas energéticas por té, he aprendido a decir gracias cada cinco segundos y hoy le he cedido el paso a una anciana. Y no se preocupe, no me voy a ir de la ciudad sin hacer la excursión de Harry Potter.

No pude evitar reírme a carcajadas por cómo pronunció Harry Potter, con un perfecto acento británico.

—También veo que ha aprendido a dominar el sarcasmo, incluso diría que en eso nos gana. Yo voy a comprarme algo para cenar en casa porque también me han dejado plantada.

—Si no me hubiera usted manifestado la profunda aversión que siente hacia mí, pensaría que me está pidiendo que cenemos juntos, pero no voy a ser yo el que le diga que ha sonado a insinuación.

Su última frase hizo que se me escapara una sonrisa.

—No era ninguna insinuación, Roberts. Solo me estaba despidiendo de usted de forma educada, porque trabajamos juntos y no iba a darme la vuelta sin más.

—Y volviendo al tema del Sheperds Pie, señorita Stuart, ¿qué otro plato me recomienda de la gastronomía británica?

—Si se atreve, también puede probar uno de nuestros mayores despropósitos culinarios: nuestro magnífico sándwich de queso cheddar maduro y pepinillo en salmuera. Por lo que he oído le gusta el pepinillo.

—Suena mejor que el pastel de riñones y puré de patata. Le pediría que me acompañara después de su insinuación… perdón, su forma educada de mandarme a la mierda. Y me refiero a que me acompañara a un restaurante, no a mi habitación, no me malinterprete. Que soy un paleto y un hortera, pero sé encajar un no, aunque crea que usted se está equivocando conmigo y que si me conociera de verdad se enamoraría de mí. Las chicas dicen que soy divertido.

—Roberts…

—Llámame Jason, por favor.

—Señor…

—¡Venga ya! ¡Macarena, por favor, que ya somos mayorcitos! —Los chicos que estaban detrás de nosotros y los camareros nos miraron.— Ya he pillado que no quieres nada conmigo, no voy a creer que has cambiado de opinión porque me llames por mi hombre de pila.

—Está bien, Jason. Vale, si dejas de hacer que me sienta como una miserable por haberte llamado paleto americano…

—Y hortera. Te has metido con mis anillos.

—Te llevaré a un sitio donde hacen el mejor Sheperd's pie de la ciudad.

—No te preocupes, Macarena, de verdad. No tienes que hacerlo. Solo estaba bromeando. No voy a tener en cuenta lo de ayer para tomar una decisión, no tienes que cenar conmigo para que os dé la campaña. Voy a ser objetivo y no voy a dejarme llevar por un tema estrictamente personal.

—Jason, vamos a cenar y arreglar esto como dos adultos.

—Ya verás que te voy a caer bien. Mi abuela dice que soy una joya.

—Jason, no hagas que me arrepienta...

Fuimos caminando hasta The Worseley, uno de mis restaurantes favoritos y donde solía ir a comer con Olivia cuando vivía en la ciudad. Jason me preguntó si su atuendo era adecuado para ir a un lugar como aquel y asentí. Por el camino me contó que era de un pequeño pueblo de Texas y que nunca había dejado de ser un chico de pueblo, que no sabía nada de etiquetas y que tenía un estilista para que le asesorara cuando acudía a algún evento. Cuando llegamos al restaurante, hablamos sobre nuestros gustos musicales, no mencionamos ni una sola vez la campaña y bromeó sobre las patrañas que los medios de comunicación inventaban sobre él. Tenía un gusto musical de lo más ecléctico: sus gustos iban desde el rap hasta la música pop. Me confesó que le encantaba Justin Bieber, sobre todos sus primeros éxitos, y que sus excompañeros de equipo solían meterse con él por las canciones que tenía incluidas en sus listas de reproducción. Estaba tan absorbida por su elocuencia y por el entusiasmo con el que hablaba del fútbol y de todo aquello que le apasionaba que me olvidé de que antes de salir del restaurante donde había quedado con Ryan había llamado a Elina para decirle que iría a visitarla. Nada más terminar el postre, le dije a Jason que tenía que hacer una llamada y salí del restaurante. Cuando Elina me preguntó dónde estaba, no pude mentir.

—¿Jason?

—Jason Roberts, el americano.

—Sé de quién me estás hablando, estúpida. ¿Pero desde cuando es Jason y no Roberts? Maca, no me digas que te estás pilla…

—¡Qué dices! Si no le soporto, pero ya sabes lo importante que es la campaña. Me lo he

encontrado cuando estaba pidiendo la cena. ¿Tú qué hubieras hecho?

—Mejor no te digo qué hubiera hecho yo con Roberts si no acabara de expulsar a un humano por la vagina.

—*Ea*, pues yo no voy a hacer nada porque ya sabes que no estoy buscando un lío con un tío que tiene una modelo en su cama cada noche y encima podría ser el mejor socio que Gravity ha tenido en la historia.

—¿Habéis hablado de la campaña?

—No. Todavía no ha terminado el informe con los cambios que quiere hacer.

—Cuidado, Macarena. Ya sabes todo lo que nos jugamos.

—Lo sé. Tranquila que no te defraudaré.

—Macarena, lo que menos me importa ahora mismo es la campaña, me importas más tú. Sé que sabes lo que haces, pero ten cuidado, ¿vale?

Cuando llegué a la mesa, Jason estaba hablando con alguien por teléfono. Se despidió de su interlocutor y pidió la cuenta. Me ofrecí a pagarla con la tarjeta de crédito de gastos de Gravity y se negó. Permaneció pensativo durante unos segundos y por un momento pensé que podría haberse arrepentido de aquella cena o incluso haberse sentido incómodo ya que no habíamos hablado de trabajo. Mis dudas quedaron despejadas antes de que el camarero nos trajera la cuenta.

—El jueves voy a asistir a un evento benéfico —dijo.

—El Red Nose Day, lo sé —afirmé—. Yo solía asistir cada año, hasta que mis padres también empezaron a hacerlo.

—¿No te llevas bien con tus padres?

—No me hablo con ellos desde que me repudiaron por salir con una lesbiana.

—Espera, no sé si lo he entendido bien —dijo consternado—. ¿Por salir con una lesbiana o por ser lesbiana?

—Supongo que por las dos cosas —dije arrepintiéndome en ese mismo momento de haber abierto la boca de más, pero me sentía con él como si estuviese hablando con Megan o con Louisa—, aunque no sea lesbiana y ni siquiera tenga claro si soy bisexual. Con la única mujer que he salido es con Love.

—¿Se llamaba Love? —dijo con una risa nerviosa—. ¿Era su nombre verdadero?

—Lo es —confirmé también riéndome—. Sigue viva.

—Eres una cajita de sorpresas, Stuart.

—No soy lesbiana, como te he dicho tuve una relación con una mujer y nunca he estado atraída por ninguna otra. Quiero decir que he estado con infinidad de hombres y solo con una mujer. Bueno, no con infinidad, sino con varios hombres.

—Te he entendido, Stuart. Pues como te decía tengo que ir a ese evento porque soy embajador de Save The Children. Esperaba que tú también fueras, aunque veo que va a ser difícil convencerte.

—Jason, no es buena idea.

—Va a asistir todo Gravity.

Me miró con atención durante unos segundos, detectando mi creciente incomodidad.

—Perdón, no volveré a insistir.

—Jason, no pasa nada.

—No, sí que pasa. Soy un bocazas. Ya me has dejado claro que no quieres nada conmigo y aun así estás aquí aguantando mis bromas sin gracia, y encima yo te pido que vengas conmigo a un evento al que no quieres ir.

—Jason, olvídate de mí. No soy quien crees. No soy buena para ti.

Me miró fijamente y se hizo un silencio incómodo que se rompió cuando el camarero vino con la cuenta. Jason sacó su tarjeta de crédito mientras yo buscaba en los lugares más recónditos de mi cabeza qué decir después de lo que acababa de suceder.

Miércoles, 12 de marzo: El ex de tu mejor amiga

Mi relación con mis padres nunca había sido fácil, pero mi historia con Love acabó de romper de manera inevitable aquello que se había ido desquebrajando con el tiempo como un cristal agrietado al que solo le falta un último golpe de gracia para acabar hecho añicos. Llevaba más de un año convenciéndome de que no los necesitaba y de que estaba mejor sin ellos, y era así, pero la herida que me habían provocado aún supuraba. No obstante, no estaba dispuesta a volver a dejar que me volvieran a hacer daño y ya había dejado de sentirme culpable por no poder perdonar y, mucho menos, olvidar. Esperaba hacerlo algún día, pero el momento aún no había llegado y sospechaba que tardaría en llegar.

Nada más llegar a la oficina advertí que algunos empleados me miraban y murmuraban entre ellos. No era casualidad que fueran Mirko y esos dos de Proyectos que vestían igual como si fueran gemelos. Eran lo más parecido a unas alcahuetas de pueblo que había conocido en mi vida. Y, por supuesto, eran amigos de Sonja, a la que no se le resistía ningún cotilleo. Aquella mañana me sentí más observada que nunca. No tardé ni cinco minutos en enterarme de que la causa de los murmullos a mi paso era que alguien nos había visto a Jason y a mí la noche anterior cenando juntos. Decidí bajar las persianas y encerrarme en mi oficina para esquivar los cuchicheos y los corrillos en los pasillos. Pensé en lo paradójico que resultaba que aquellas salidas de los jueves que yo misma había propuesto para crear un buen ambiente de trabajo se hubieran vuelto en mi contra. Solo me había liado con dos colegas en mi vida y uno de ellos ya ni siquiera seguía en la agencia, pero el otro era Steve, al que no se podía calificar como discreto precisamente. Aunque solo nos habíamos enrollado una noche, Steve se había encargado de contarlo tantas veces durante los días, meses e incluso años posteriores, que bien parecería que habíamos tenido una relación duradera. Aquello me había perseguido durante toda mi carrera en Gravity hasta hacía solo unas semanas en que solo se hablaba de mí como la nueva directora de Recursos Humanos y la sustituta natural de Elina, la nueva dama de hierro. Pero solo basta un rumor para cargarse la reputación de una mujer, aunque carezca de la más absoluta veracidad.

Subí a media mañana a la sexta planta a por un café y advertí varias cabezas girándose a mi paso. Sonja me miró de reojo mientras se servía su octavo té de la mañana, cuyo mayor atractivo para ella era que le permitía propagar cotilleos con cualquiera que se cruzara en su camino. Cogí el café y atravesé el pasillo hasta el vestíbulo. Pasé por delante de la oficina de Jason y le vi hablando con otro hombre por videoconferencia. Me fijé en que llevaba unos vaqueros anchos y una sudadera de Gryffindor. Se me escapó una sonrisa. Una vez que llegué al vestíbulo, apreté el botón de bajada del ascensor y segundos después se abrió. El señor Wilkinson salió de él.

—Buenos días, Macarena.

—Buenos días, señor Wilkinson —dije—. ¿Ha recibido mi email?

—Sí, perdona por no contestarte, es que están aquí los de Jenkins & Partners y hemos estado toda la mañana en la sala de reuniones.

—No se preocupe —dije—. Ahora voy a pasar las nóminas y esta tarde si me necesita tengo un hueco después de comer.

—Perfecto. Y por cierto, me encantaría que te ocuparas con Jason de lo del Red Nose, así los medios verán que nuestra relación con ATW es cada vez más fuerte.

—¿Cómo dice?

—Me preguntó ayer si me parecía bien que fueras por la mañana con él un poco antes del

evento para comprobar que todo estaba bien. Es un chico tan noble y tan respetuoso. Los chicos ahora no son tan considerados, ¿no crees?

—Sí, sí, muy considerado —mascullé —. No se preocupe, yo me encargaré de todo con Jason.

No sabía qué decir. Entré en el ascensor sin ni siquiera despedirme y cuando estaban a punto de cerrarse las puertas, apreté al botón de parada y salí disparada hacia la oficina de Roberts. Abrí la puerta sin llamar.

—Te dije que no quería ir al evento.

—Buenos días, Macarena.

—Déjate de chorradas, Roberts.

—¿He vuelto a ser Roberts?

—Siempre has sido Roberts. Te dije que no insistieras, que no era apropiado ir juntos. Toda la oficina está cuchicheando, alguien nos vio ayer en el restaurante y creen que estamos liados. He trabajado mucho para que Gravity se lleve esta campaña y no quiero que nadie ponga en duda las razones por las que la hemos conseguido, Jason.

—¡Y por fin vuelvo a ser Jason, menos mal! —dijo acercándose hacia mí. Retrocedí unos pasos.

—No me gusta que me obliguen a hacer algo que no quiero hacer.

—¿Soy tan aburrido? —dijo encogiéndose de hombros.

—No, no es eso.

—A tu jefe no le importa y a la gente siempre le gusta chismorrear de cualquier cosa, sea verdad o mentira.

—Eres nuestro socio, Jason.

—Y por eso voy a ir a un evento organizado por Gravity con una representante de la agencia con la que podría colaborar. ¿Eso no te dice nada? ¿No crees que sea una buena forma de mostrar mi confianza en vuestro proyecto?

—Seguro que encuentras a alguna modelo que te acompañe.

—Stuart, ya te he dicho que no deberías creerte todo lo que lees y escuchas sobre mí, igual que yo no me creo todo lo que se comenta sobre ti en los pasillos.

Me dejó atónita su comentario. ¿Qué habría escuchado sobre mí?

—¡No quiero ir y punto!

—¿No quieres ir al evento o no quieres ir conmigo? Venga, Macarena, dejémonos ya de juegos. Puedes soltármelo. Ayer cenaste conmigo por compromiso, pero sigues pensando que soy un gilipollas.

—Mis padres van a estar allí y llevo más de un año sin hablar con ellos. No quiero verles.

—¡Mierda! Stuart, lo siento. Tendría que haberme dado cuenta de que no era por mí.

—No quiero que vean que no está allí y piensen que tenían razón cuando dijeron que se iba a cansar de mí en cuanto me conociera de verdad.

Jason se acercó y atrajo mi cuerpo hacia el suyo. Me abrazó y me reconfortó, hasta que me di cuenta de que había conseguido justo lo que más odiaba: que se compadeciera de mí. Enseguida me aparté.

—¿Y si nos vamos antes de que llegue todo el mundo y me enseñas la ciudad?

—¿Un día laborable con el tráfico que hay en Londres?

—Podemos ir donde tú quieras. Y luego puedes enseñarme la vida nocturna londinense.

—Desde el Shard hay unas vistas increíbles. Hay un restaurante en el pi...

—Vamos, Stuart, ya te he dicho que soy un chico de pueblo, no quiero ver la ciudad desde

el mirador de un restaurante pijo ni comer un plato de huevos de treinta libras. Quiero cenar cualquier cosa hecha con riñones en un pub oscuro, recorrer la ciudad de noche en autobús y ver a una banda tocar con una pinta en la mano.

—Eso suena a cita, Jason, y no es buena idea. Ya te lo he dicho.

—Venga, pues entonces llamaré a alguna de mis *groupies* furcias.

Sacó su teléfono móvil y fingió que marcaba un número, o al menos eso pensé, hasta que me di cuenta de que mi teléfono estaba vibrando en el bolsillo de mi chaqueta. Me miró con una sonrisa burlona.

—Ahora tienes mi teléfono por si te arrepientes.

—¿Y tú por qué tienes mi número personal?

—Porque me lo ha dado tu jefe para que quedemos mañana.

—¡Pero te acabo de decir que no quiero ir!

Me di la vuelta y abrí la puerta de cristal. Miré a los lados para ver si había alguien en el pasillo y asegurarme de que nadie me viera salir de la oficina de Roberts y Kazinsky.

—Vamos a hacer pulseras de la amistad y va a haber un concurso de baile.

—No voy a bailar contigo, Roberts —dije mientras salía de la sala.

—¡Sacaré los pasos prohibidos! —gritó.

Aquella noche no me apetecía quedar con nadie. Cogí el autobús y me bajé en Kensington Gardens. Era el primer día en toda la semana que no había llovido de vuelta a casa y decidí dar un paseo hasta el Whole Foods Market para recoger unos éclairs de chocolate al cointreau que había encargado para Elina. Salía al día siguiente del hospital y quería llevar algo para ella que era quien hacía expulsado un bebé de casi cuatro kilos por un orificio en el que apenas cabían dos dedos. También compré unos nachos para cenar y casi no me pude resistir a coger una botella de vino blanco, pero me había prometido a mí misma que no iba a beber sola y mucho menos teniendo el número de teléfono de Jason Roberts en la agenda del móvil. No podía cagarla, o al menos no antes de que ATW decidiera con qué agencia quería trabajar. No iba a poner en peligro el futuro de Gravity por un hombre, aunque fuera terriblemente sexi y encantador.

Salí del supermercado y vi que estaba empezando a llover. A unos metros había una parada de taxis y corrí hasta allí, con tan mala suerte de engancharme el tacón en una rejilla de ventilación. Por suerte no me torcí el tobillo, pero al intentar sacar el tacón del agujero se despegó de la suela y me quedé con él en la mano. Anduve cojeando hasta la parada y vi que había un taxi libre a unos diez metros. Con dificultad conseguí llegar hasta él, cuando de repente un hombre se me adelantó, abrió la puerta trasera y entró en él. Empecé a gritar para que el taxista viera que yo lo había visto antes. Llegué a trompicones hasta el vehículo, increpando al individuo que estaba sentado en la parte trasera y golpeando la ventanilla.

—Salga de ahí ahora mismo, es mi taxi, yo lo había visto antes.

El hombre bajó la ventanilla y puse los ojos en blanco. No me podía creer que con lo grande que era Londres, nos volviéramos a encontrar, y menos en esas circunstancias.

—Dichosos los ojos, pero si es la mismísima Macarena Stuart —dijo él.

—Sal de mi taxi ahora mismo, Alex.

—No has cambiado nada, sigues siendo una jodida loca.

—Te he dicho que salgas de mi puto taxi ahora mismo —grité.

El taxista farfulló algo y Alex le contestó que podían irse cuando él deseara. Me agarré a la manecilla de la puerta y el taxista activó el seguro para que no me subiera al vehículo. Alex

empezó a reírse.

—¿Pero qué haces, chalada?

—¡Alex, abre la puta puerta, quiero irme a mi casa!

—Vale, vale. ¿Puede abrirle la puerta? La dejaremos primero a ella en su casa, me pilla de camino.

—¡Ni lo sueñes! No me voy a ir contigo a ningún lado.

—Venga, Macarena, si son solo unas cuantas manzanas —dijo—. Tengo prisa, no voy a esperar a otro taxi.

Llovía cada vez más y el zapato cuyo tacón se me había roto resbalaba, dificultándome mucho el paso, así que no me quedó más remedio que entrar en el taxi. Alex le indicó la dirección al taxista, que no paraba de mirarme por el retrovisor con cara de pocos amigos. Me sentía tan incómoda que me cambié al asiento que estaba justo detrás de él. Evité todo contacto visual con Alex, que no paraba de escrutarme.

—¿Cómo te va?

—Muy bien —respondí con desdén.

—¿Y Olivia?

—¿A ti qué te importa cómo esté Olivia?

—Digamos que ha pasado el tiempo suficiente como para desear que a mi ex le vaya bien y le pasen cosas buenas.

—La verdad es que dejarte fue lo mejor que le pudo pasar, Alex.

—¿Sigue con Kurt Cobain?

Le eché una mirada despectiva.

—Quiero decir que si sigue vivo, que si no la ha palmado todavía —añadió.

—Fíjate si sigue vivo que el mes que viene se va a casar con ella.

—¿Olivia se va a casar? —dijo soltando una carcajada.

—Sí, Alex, Olivia y Ben se van a casar. La gente normal tiene relaciones sanas, se compromete y no traiciona a sus parejas.

—No como tú y yo, que somos unos mentirosos y unos hijos de puta.

—Habla por ti, Alex.

—¿Le has contado alguna vez lo de aquella noche? Supongo que no, porque de ser así dudo que siguierais siendo amigas. ¿También te has tirado a Ben? No me digas que es el único novio de Olivia que no te has tirado. Va a ser verdad que es un buen tío.

—¡Vete a la mierda! —exclamé iracunda.

—¿Ves? Eres una mentirosa como yo. Seguro que serás su dama de honor y que llorarás cuando la veas andando hacia el altar, pero eso no te hace mejor que yo, Macarena Stuart. Recuerda que tú también la traicionaste un día.

—Y no sabes cuánto me he arrepentido, no como tú que te regodeas de haberle intentado joder la vida una y otra vez.

—Deja de hacerte la niña buena, Macarena, que nos conocemos muy bien. Te has follado a todos sus novios, pero cada vez que tienes la ocasión de echarme en cara que yo fui un cabrón con ella, lo haces. Tú y yo somos iguales, querida, jodemos a la gente una y otra vez y seguimos con nuestra vida como si nada pasara.

El taxista me avisó de que estábamos llegando a mi casa y de que no podía entrar marcha atrás al callejón porque había muy poca visibilidad con la lluvia. Le contesté malhumorada que me dejara donde estábamos y ya llegaría a casa como pudiera.

—¿Quieres que suba contigo?

—¡Muérete!

Cuando subí a casa, escribí un mensaje a Sven. No me contestó, así que piqué unos nachos, un poco de lasaña de la noche anterior y me puse El show de Graham Norton. Estaba entrevistando a Emma Stone, cuando de repente nombró a Jason Roberts. Contó que coincidió con él en un concierto de Taylor Swift y estuvo bailando desde la primera hasta la última canción. Dijo que era el hombre más encantador y divertido que había conocido y que mataría por tener una cita con él. No la culpaba. De repente mi teléfono empezó a vibrar. Era Sven. Me decía que estaba en un lío y que si podía prestarle trescientas libras. Después de preguntarle para qué quería el dinero, se enfadó y me acusó de no confiar en él. No volvió a escribirme y acabé quedándome dormida en el sofá.

Jueves, 13 de marzo: El rompecorazones

«Buenos días, Gran Bretaña. Hoy es un día maravilloso para empezar a cumplir nuestros sueños. La previsión del tiempo es de sol durante todo el día y una temperatura primaveral máxima de diecisiete grados. Esto es iHeart Radio y les deseamos un feliz jueves. Y recuerden no tomar decisiones equivocadas que podrían arruinar su carrera profesional y volver a destrozar su corazón».

Me desperté sobresaltada por el ruido ensordecedor del timbre con el que alguien parecía haber descargado toda su ira matutina. Miré el móvil y vi que tenía varias llamadas de un número desconocido. Después de unos veinte segundos de tregua, volvió a sonar aquel maldito ruido estrepitoso. Bajé las escaleras y crucé el salón sorteando las cajas que había dejado la noche anterior en la entrada. Abrí la puerta y maldije en voz alta.

—Habíamos quedado a las ocho.

—¿Pero qué haces aquí, Roberts? ¿Cómo sabes dónde vivo?

—¿Otra vez soy Roberts? Si hubieras llegado a la hora que habíamos quedado, no habría tenido que venir a buscarte. ¿Vosotros sois los puntuales? ¿Tú sabes lo que me ha costado encontrar tu casa? ¿Por qué todas las calles de Londres tienen el mismo nombre? ¿Pero cuántas *no sé qué acabado en ter* Lane hay aquí?

—Jason, no es buena...

—¿Me invitas a un café? —dijo, subiendo el último peldaño de la escalera que llegaba hasta el umbral de mi casa—. Largo de leche y sin azúcar, por favor.

—¡Ni se te ocurra entrar! —exclamé, cerrándole la puerta en la cara.

—¡Qué maleducada! —dijo desde el otro lado—. ¿Y un vaso de agua? He tenido que dar muchas vueltas y tengo sed. ¿Me vas a dejar aquí en la calle esperando a que te vistas sin ni siquiera darme un poquito de agua?

Volví a abrir la puerta.

—Por cierto, bonita camiseta, *Folklore* también es mi era favorita de Taylor. «Me sentí como un cárdigan viejo…» —cantó.

—¿Qué quieres, Jason?

—Pues, a ver… ¿qué quiero? —masculló, mientras sacaba algo del bolsillo— . Celebrar el Red Nose Day.

Se puso una nariz roja e bailó imitando a un payaso famoso de un programa de televisión que solía ver cuando era pequeña. Luego sacó unas flores de papel arrugadas del bolsillo.

—¿Eres tú el psicópata que me ha llamado veintidós veces esta mañana? —dije mirando a la pantalla del teléfono.

—Habíamos quedado y no llegabas. ¿No has guardado mi número de teléfono en tu agenda, Stuart? ¿No has guardado mi nombre? Me acabas de romper el corazón.

—No, no he guardado tu número. No lo necesito porque somos compañeros de trabajo, sé dónde encontrarte si te necesito.

—Claro, que no eres una de mis *groupies* furcias. Menos mal que yo he venido hasta el número trece de la calle *no sé qué acabado en ter* Lane a buscarte y ya hemos resuelto el problema.

—Está bien, Jason. Entra y espérame en el salón —dije, tirando de su brazo hacia mí. Cerré la puerta a su espalda.

—Mis amigos me llaman Jay. Y a veces las *groupies* furcias, después de… ya sabes…

—Roberts, no hagas que me arrepienta.

Desde pequeña había tenido una terrible facilidad para dejarme convencer. Mi madre solía decir que todo lo que me había pasado durante mi existencia era debido a esa ausencia de determinación y me temía que no se equivocaba.

Dos horas después de jurarme a mí misma que no iba a caer en la tentación de pasar el día con un hombre que llevaba escrita la palabra peligro en la frente, estaba en un pabellón deportivo de un colegio del sureste de Londres con un grupo de niños llenos de mocos que no paraban de gritar su nombre. Debido a la asistencia de Jason, el colegio había decidido que la temática de las jornadas fuera el fútbol americano y las niñas tenían que ir disfrazadas de animadoras y los niños de futbolistas americanos. Me puse una de las sudaderas de los Eagles que Jason había traído de su fundación con un ochenta y siete bordado, el número de dorsal que llevaba cuando jugaba al fútbol, una falda roja, una chaqueta de béisbol y una gorra.

No es que los críos supieran mucho de fútbol americano ni de Jason y sus tres anillos de la Super Bowl, pero parecía que sus madres les habían contagiado el fervor exagerado por aquel hombre imponente y con un atractivo descomunal. Era evidente que todas fantaseaban con él a juzgar por sus sonrisas excesivas y por cómo aprovechaban cualquier excusa para tocarle.

—No ha habido año que haya visto menos padres que este —susurró una risueña Elina—. Estoy segura de que las muy zorritas no les han dejado venir para coquetear con Roberts con total descaro.

—Pues parece que a tus niñas también las tiene en el bote —dije, señalando la sonrisa de oreja a oreja que tenía Ivy mientras Jason la ayudaba a cortar un trozo de hilo con las tijeras.

—Reconoce que ahora mismo tienes las hormonas en ebullición —dijo Megan—. A todas nos encanta ver a un hombre siendo arrolladoramente encantador con los niños, no podemos evitar que nuestros óvulos griten por ser bendecidos con sus espermatozoides.

—¡Megan! Ya os he dicho que no voy a liarme con Jason. Y no entiendo qué le veis, la verdad. No es para tanto.

—De llamarle Jason al coito solo hay un par de cervezas —dijo Louisa, quitándome la lata de las manos—. Primero deja de mirarle embobada y luego ya nos lo creeremos.

—No estoy embobada, es que está en mi campo de visión. Sois vosotras las que estáis a su alrededor como sus *groupies* furcias. A mí no me gusta nada. Esos anillos horteras, esa ropa enorme, esa arrogancia americana…

—Ese aire de chico malo y guarrísimo en la cama… —añadió Megan.

—Ese cuerpazo de dios griego, esa sonrisa encantadora, esos ojos azules chispeantes, sobre todo cuando te mira…

—¿Qué dices, Lou? No me está mirando. Ya os he dicho que no es mi tipo, así que dejadlo ya.

—Ni el mío, ni el de ninguna de aquí —dijo Elina—. Por eso estamos todas viendo a nuestras hijas hacer pulseritas en vez de estar al lado de la barra aprovechando que tenemos una buena excusa para ponernos pedo.

De repente vimos a Henry acercarse a la mesa donde Ivy y Betty estaban haciendo sus pulseras con dos botellitas de agua. Después de acercó a Jason y charlaron durante unos minutos.

—A él sí que le has dejado venir, Elina.

—Para que cuando esta se despierte y empiece a llorar yo pueda seguir bebiendo —dijo Elina señalando a Marjorie, que dormía plácidamente en su cochecito.

—¿Vas a beber dándole el pecho? —rechistó Louisa.

—Sí, señorita policía de la maternidad, soy una mala madre. Me voy a pillar un buen pedo. Para tu información, mi hija ha decidido dejar de morderme los pezones cual piraña hambrienta. Así que por fin la voy a poder dejar berreando en su cuna y me voy a tirar a mi marido.

—Elina, no quería decir que…

—Pero lo has dicho. Las que no tenéis ni puta idea de qué es la maternidad nunca nos queréis juzgar, pero lo hacéis. Voy a por otra cerveza. ¿Queréis algo?

Ninguna de las tres abrió la boca cuando Elina se fue. Louisa parecía abochornada después de aquel episodio y se fue cabizbaja hacia la mesa de los aperitivos. La seguí hasta allí.

—Lou, debe estar cansada con las niñas y con las hormonas revolucionadas, seguro que no ha querido decir…

—No, si tiene razón, no soy quién para juzgarla, no soy madre.

—¿Estás bien? Te noto muy rara últimamente. Has faltado varias veces al trabajo y no nos has contado por qué.

—¿Es que tenemos que compartirlo todo? ¿Acaso tengo que airear mi vida como si fuera asunto vuestro?

Me di cuenta de inmediato de que, como sospechaba, le estaba pasando algo. Conocía muy bien a Louisa. Era la persona que de alguna manera había sustituido a Olivia en el puesto de amiga que se convierte en la primera de la lista de personas a las que acudirías si solo pudieras llamar a una sola. Louisa era más introvertida que Megan y Elina, le costaba hablar de las cosas que le preocupaban, pero siempre acababa haciéndolo. Sin embargo, estaba claro que aquella vez había algo que no se atrevía o que no quería contarnos.

Decidí dejarla sola y volver a la mesa con las niñas. Tenía que llevarlas hasta la pista de atletismo para empezar con las competiciones de relevos. De repente noté que alguien me cogía por la muñeca.

—¿Ya habéis terminado con las pulseritas? Tenemos que empezar con los juegos o no nos va a dar tiempo a nada.

—Sí, ya hemos terminado —dijo Jason, mirándome fijamente sin soltar mi muñeca—. He hecho una para ti, para que no vuelvas a perder mi teléfono.

Anudó a mi muñeca una pulsera con cuentas rojas y blancas. En las cuentas del centro de la pulsera había unos números grabados. Mientras se aseguraba de que estuviera bien atada con dos nudos, acariciaba el dorso de la palma de la mano con suavidad. Me quedé embelesada mirándole a los ojos, que cada día me parecían más hipnóticos. Me guiñó un ojo y volvió a la mesa de manualidades.

Ayudó a los niños a recoger sus pulseras y los condujo hasta la pista de atletismo mientras yo subía un micrófono al improvisado escenario que habíamos puesto al fondo de la pista, justo delante de una portería de fútbol. En él, Jason iba a dar un discurso de bienvenida a todos los presentes e iba a explicar las bases del concurso de relevos.

Cuando subió al escenario, me fijé en que en las primeras filas solo había un montón de mujeres que no paraban de tocarse el pelo como adolescentes delante de su ídolo musical, entre ella Megan. Oteé desde allí el recinto buscando cualquier rastro de Louisa, pero no la encontré. Mientras tanto, Jason parecía estar encantado con su público, con el que bromeaba como si fuera el invitado estrella de un *talk show*. No se podía negar que tenía un don para atraer la atención de la gente y un encanto natural para desenvolverse en público. Elina apareció de entre la multitud y se sentó a mi lado.

—Cuidado, Maca.

—Tranquila que no la voy a cagar en tu ausencia —dije, levantándome de la silla.

—No es eso, ya sabes que yo confío en ti.

—Tranquila, que no te decepcionaré.

Le di un beso en la mejilla y me sujetó por el brazo.

—Macarena, ya sabes cómo va esto. Si no nos dan la campaña, van a ir a por ti. Ya hay rumores de que tú y Roberts estáis…

—Lo sé, pero no te preocupes, no voy a hacer nada indecoroso. Voy a ser la perfecta dama de hierro en funciones hasta que vuelvas.

Cuando empezó la primera carrera, divisé a Jason desde el lateral animando a los niños, aplaudiendo con fervor y bailando con un enorme oso que hacía de mascota de uno de los equipos, al que Jason había llamado *Los swifties* mientras sonaba la música y replicaban los vítores de los asistentes.

Y de repente todo aquel murmullo de gente alrededor de nosotros se fue desvaneciendo. Solo podía escuchar mi corazón latiendo con más fuerza que nunca.

Si había una constante en mi vida, esa era que cada momento de felicidad venía acompañado de un episodio de la más absoluta desolación. Aquel día no fue una excepción. Después de la entrega de premios, empecé a advertir que había algo que me estaba haciendo sentir incómoda. Aunque desde el lugar donde me encontraba no podía ver a mi madre, notaba sus ojos clavándose en mi nuca como si fueran dos puñales afilados. Empecé a sentir cómo mi pulso se aceleraba de forma repentina y me sudaban las manos. Giré la cabeza hacia la izquierda y ahí estaba, sentada al lado de mi padre que parecía ajeno a todo el odio que desprendía su mirada. Miré a Jason, estaba en el centro de la pista agradeciendo su participación a los niños y las donaciones a la fundación. Cuando volví a mirar hacia donde se encontraban mis padres, vi que mi madre había desaparecido. De repente el ruido a mi alrededor se tornó ensordecedor y corrí hacia el interior del colegio. Busqué el baño y lo encontré nada más entrar. Una vez allí me mojé la nuca y me apoyé en el lavabo, con la cabeza agachada, intentando entender qué me estaba pasando. Permanecí en esa misma posición durante unos minutos, hasta que noté que había alguien detrás de mí.

—¿No tenías algo más adecuado que ponerte? Esto no es un burdel.

—Querida madre, veo que no has cambiado.

—Ni tú, querida, tan vulgar como siempre —dijo echándome una mirada de desprecio.

—¿A qué has venido?

—¿No te has traído a tu fulana bollera?

—Love y yo ya no estamos saliendo.

—Ya sabía yo que no te iba a durar, como todo el que se acerca a ti. Así que por eso estás con el futbolista mujeriego. Te pega mucho, tiene tan poca clase como tú.

Me sequé la cara con una servilleta de papel que había sobre una bandeja y cogí mi bolso. Mi madre se interpuso delante de mí obstaculizándome el paso.

—No sabes comportarte con decoro ni en un acto público, qué vergüenza — espetó.

Salí corriendo hacia la salida. Busqué mi teléfono en el bolso, pero me temblaba el pulso y no podía sostenerlo en la mano. Una mujer, que debió advertir que me había sucedido algo, me preguntó si estaba bien y le dije que sí, que solo me había mareado un poco por la cantidad de gente que había en el patio y había salido a tomar el aire. De repente alguien gritó mi nombre.

—¿Te vas sin decirme nada?

—Necesito salir de aquí —dije, mirando hacia la salida del colegio.

—Vale, pues te acompaño a casa —dijo.

—No, no hace falta, estoy bien —interrumpí. De pronto rompí a llorar.

—Macarena, ¿qué te pasa?

—Sácame de aquí.

—Está bien, tranquila —dijo tirando de mí hacia su pecho—. Espérame, ¿vale? Te llevo a casa y me cuentas qué te pasa. No te muevas, Macarena, por favor.

Miró nervioso a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien, pero sin dejar de rodearme con su brazo.

—¡Al diablo! Venga, nos vamos ahora mismo de aquí.

Viernes, 14 de marzo: El mentiroso

Olivia solía decir que el comienzo de una relación es ese estado de semiinconsciencia en el que todavía no hemos activado las alertas. Hacía tiempo que no me levantaba sin analizar los doscientos cincuenta y dos escenarios catastróficos posibles ante cualquier cambio que surgía en mi vida. Aquella mañana no había lugar ni para los «y sis» ni para los «no puedos». Mis monstruos parecían estar dándome una tregua o, al menos, no los escuchaba. Solo podía escuchar a las chicas discutiendo como cada mañana.

—Como todos sabemos…

—Como solo Megan sabe porque solo le importa a Megan y a nadie más… —espetó Louisa.

—¿Cómo que a nadie más? A mí sí que me importan los datos random de Megan, Lou —interrumpió Elina en una actitud conciliadora, como de costumbre—. Que tú no tengas interés en aprender cosas nuevas no quiere decir que los demás no lo tengamos.

—Pues ahora te quedas sin saber por qué a los fantasmas se les representa con una sábana blanca —espetó Megan.

—A mí sí que me interesa, Megan —dijo Elina.

—Pues como iba diciendo, los zombis tienen su origen en la religión vudú que viene de los esclavos…

Perdí el hilo de la conversación cuando vi a una mujer comiéndose un cruasán con mantequilla en la mesa de atrás y mojándolo en el café como había hecho Jason aquella misma mañana en mi apartamento. Y todo lo que pasó antes y después de aquel cruasán monopolizó mis pensamientos desde entonces, hasta el punto de recrear aquella noche en mi cabeza como si se estuviera volviendo a repetir. Sentí un cosquilleo que ascendió desde mis muslos hasta el interior de mi vientre y me excité. Hacía tanto tiempo que nadie me había tocado así que aún sentía sus huellas en cada parte de mi piel. Recreé una y otra vez aquel momento en el que desnudé mi alma ante él y acarició todas aquellas heridas abiertas como nunca nadie lo había hecho antes. Era la primera vez que no me sentía vulnerable porque alguien conociera esa parte de mí que guardaba con tanto recelo por miedo al rechazo e incluso al escarnio. Abrí el último mensaje que me había enviado y me dispuse a responder que sí quería que nos viéramos otra vez aquella noche. ¿Debería responder a ese «hola, nena» con un corazón o sería demasiado para menos de doce horas de relación? ¿Pero qué relación? No teníamos ninguna relación.

—Y llegó a tal punto el miedo de que a alguien le hubieran hecho vudú y se transformase en zombie que cuando un familiar se moría, la gente lo enterraba en su jardín cubierto en una sábana.

—Puede que este sea el dato random más interesante que nos has contado en toda tu vida, Megan —ironizó Louisa—. ¿Verdad, Maca?

—Macarena está en otra dimensión —dijo Elina.

—En la dimensión de las mujeres que han salido de una fiesta de la mano de Jason Roberts —añadió Megan—. ¿No nos vas a contar dónde os metisteis ayer después de la carrera?

—No nos metimos en ningún lado —dije.

—Desaparecisteis los dos después de la entrega de premios. Henry os vio hablando en la puerta.

—Yo me fui a mi casa, no sé qué haría él.

—Pues esa cara que tienes no es de haberte quedado hasta las tres de la mañana viendo *Love Island* —dijo Louisa.

—¿Cara de qué? —dije extrañada.

—¡Ay Dios mío! —exclamó Louisa.

—¿Qué?

—¡Dime que no te has tirado a Roberts! —exclamó Louisa.

—Shhh, que se va a enterar todo Londres —dije.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Louisa—. ¡Que te has tirado a Roberts!

—¿Y qué tal? —preguntó Megan—. Porque dicen que los aries y los sagitario sois puro fuego en la cama.

—Pues es todo cierto —susurré.

—¡Ay, Dios mío! ¡Que se ha tirado a Jason Roberts!

Elina me estaba escrutando desde el otro lado de la mesa. De repente se levantó y se puso el abrigo.

—No me imaginé que iba a pasar, pero pasó, no me mires así.

—No te miro de ninguna forma, ya eres mayorcita para saber lo que haces —dijo—. Me voy a casa que mi hija me necesita. Menos mal que Henry ya se imaginaba que mi corta visita no iba a ser tan corta y le ha dado el biberón.

—Elina —dije levantándome de la mesa—, no te vayas así. Te juro que seremos discretos. Nos llevaremos la campaña, todos estamos trabajando mucho.

—Ya veo que algunas incluso estáis haciendo horas extra.

Megan y Louisa se quedaron boquiabiertas.

Si había algo con lo que sabía que nunca podría impresionar a un hombre era con mis nulas habilidades culinarias, así que decidí no tentar a la suerte y pedí la cena para Jason y para mí en un restaurante chino de la zona. Nada más entrar por la puerta, Jason se abalanzó sobre mí y esparció mi ropa por toda la escalera hasta llegar a mi habitación. Tras regalarme el mejor sexo de mi vida, nos quedamos abrazados sobre la cama.

—He estado mirando casas de alquiler por la zona —dijo, mientras me acariciaba la frente con las puntas de mi flequillo.

—¿Por qué zona?

—Por aquí, en Kensington.

—¿Quieres ser mi vecino?

—Y venir todos los días con alguna excusa, como que se me ha acabado la sal o el papel higiénico. O que no tengo comida y me muero de hambre.

—Y así me comes a mí —susurré en su oído mientras besaba mi cuello.

—Veo que vas pillando la idea. Podría venir en la pretemporada.

—¿Y luego qué? ¿Una vez al mes? ¿En vacaciones?

—Macarena, todavía no lo sé, depende del trabajo.

—Creo que no deberíamos volver a vernos hasta que se resuelva el concurso, no quiero que lo nuestro interfiera en la campaña. No lo va a hacer, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? ¿Crees que soy tan poco profesional como para darle una campaña como esta a una agencia solo porque tengo una relación con su directora de Recursos Humanos?

—No, no lo creo, pero necesitaba oírtelo decir.

—Pues ya lo has oído.

—Y ahora quiero escucharte decir que te gusta eso que te acabo de hacer por tercera vez —

dije, poniéndome encima de él a horcajadas.

—¡Trato hecho! Pero dame unos minutos. Antes necesito hacer una llamada.

Se levantó de la cama y buscó su pantalón por el suelo de la habitación. Bromeó con que no recordaba dónde lo había dejado y que esperaba que no se hubiera perdido. Salió de la habitación y se fue escaleras abajo.

Esperé que volviera al dormitorio durante más de diez minutos, hasta que recordé que había dejado los restos de la cena sobre la mesa y empecé a darle vueltas a la posibilidad de que hubiese entrado algún ratón, como aquella Navidad de hacía dos años en la que encontré una plaga de roedores y tuve que contratar a una empresa de exterminación. Bajé las escaleras y no vi a Jason, pero vi su jersey y su abrigo en el suelo del salón, así que estaba claro que aún seguía allí. *Maca, no seas imbécil, claro que no se ha ido, ni se irá*. Respiré hondo y me repetí a mí misma que tenía que quitarme de la cabeza eso de que todo el mundo que conociera mis secretos huiría de mi lado. Jason no era así, y por eso todavía seguía allí y quería estar conmigo. Comprobé que la botella de vino estaba caliente y me la llevé a la cocina. Cuando me iba acercando a la puerta, escuché su voz. Ahí estaba, hablando con alguien. Me quedé embobada mirando su enorme torso desnudo, el de alguien que había dedicado toda su vida al deporte y que además medía casi dos metros. Decidí volver al salón para darle privacidad y fue entonces cuando escuché una palabra que me hizo retroceder. Me quedé paralizada cuando volvió a pronunciarla: Norah.

Volví a cruzar el pasillo y esta vez sí decidí escuchar la conversación.

«Sí, mañana estaré allí, llego a Tampa a las siete. Te llamo en cuanto aterrice, nena. Te quiero».

Volví al salón y me quedé sentada en el sofá mirando las sobras de la noche anterior echadas a perder, como mis ilusiones.

Sábado, 15 de diciembre: El artista

No salí de la cama hasta bien pasadas las tres de la mañana. Hacía un frío espantoso en casa y los radiadores estaban apagados. Aquel día no era mi corazón lo único que se había roto en mil pedazos, sino también mi caldera. Hablé con la compañía de seguros, pero me dijeron que no podrían venir hasta el lunes porque no era una emergencia. Aquel inconveniente me provocó un ataque de ira que hizo que la pobre teleoperadora pagara los platos rotos por mi poco juicio a la hora de escoger a quién dejaba entrar en mi vida y hacerse un origami con mis sentimientos.

Tenía varias llamadas de Jason y otras dos de Elina, además de un mensaje de Megan preguntándome si iba a ir con él a su ya mítica Cena de Primavera. No estaba preparada para hablar de lo que me había pasado, y mucho menos a Elina. No sería la primer vez que escucharan aquello de que había conocido a un tío encantador, le había confesado mis traumas, me había echado un polvo y después —nunca antes— me había enterado de que era una rata mentirosa, pero esta vez era más grave porque podría afectar al futuro en la empresa de muchas personas a las que quería, como Elina, que además me había avisado de que esto podría pasar. ¿Con qué cara iba a decirle que me había cargado la mejor oportunidad de su carrera en solo un mes que llevaba sustituyéndola?

Pensé en hacer como Bridget Jones, no dejarme vencer por un hombre malvado y elegir el vodka y Chaka Khan, pero me había gastado cincuenta mil libras hacía tres años para conseguir dejar de sustituir mi adición por los hombres malos por la del alcohol y las benzodiacepinas cada vez que sufría una ruptura sentimental. Y no era muy fan de Chaka Khan, lo era más de Taylor Swift. Quizás en ese momento lo más inteligente hubiera sido quedarse en casa llorando encima de una taza de chocolate caliente, escuchando a Taylor decir «nunca fuiste mío para que te perdiera» y flagelándome hasta convencerme de que mi madre siempre había tenido razón. La culpa era solo mía. No era una buena persona y por eso no atraía a las buenas personas. Sin embargo, decidí poner en práctica algo que había aprendido después de tantos años de terapia: no echar más leña al fuego y dejar de autocompadecerme. Lo que más me preocupaba era no echar a perder la campaña, pero de eso ya me ocuparía el lunes.

Hacía un frío insoportable y no podía estar todo el fin de semana sin calefacción, así que me fui a Selfridges a comprarme un radiador, comí en un restaurante italiano y me fui a dar un paseo por la ribera el Támesis. Aparqué en Lambeth Road y anduve hasta la Tate Modern, donde había una exposición temporal de fotografía. El aire fresco me ayudó a relajarme y a acallar mis monstruos por un momento. Llegué a la galería sobre las cuatro de la tarde y pasé por la taquilla a comprar la entrada. Mientras estaba sacando la tarjeta de crédito de mi cartera, escuché una voz grave masculina que me resultó familiar. Le decía a otra persona que solo iba a estar dos días en Londres y que se podían encontrar en una semana en Nueva York. Me estremecí cuando lo reconocí. Pagué la entrada, me la guardé en el bolso y corrí hacia el fondo del vestíbulo intentando evitar despertar su atención, pero no conseguí.

—¡Macarena! —exclamó—. ¿Pero qué haces aquí?

Me di la vuelta vencida. Ya no tenía escapatoria.

—Estoy en mi ciudad —espeté con hostilidad.

—Bueno, ya sabes lo que dicen de Londres, que esta ciudad es de todo el que viene aquí —dijo con sorna. Borró la sonrisa cuando se dio cuenta de que su comentario no había provocado la reacción esperada—. ¿Cuántos años han pasado desde la última vez que nos vimos? ¿Nueve?

¿Diez?

—Ocho, han pasado ocho.

—¿En serio? Pues estás igual que hace ocho años.

Quería decirle que no, que no era la misma, que de la Maca de entonces ya no quedaba nada, pero una vez más me callé. Me había gastado una buena pasta para poder controlar mi ira hacia todos los que me habían jodido la vida.

—Supongo que habrás cambiado, solo quería decir que pareces la misma, Macarena.

—Pues no lo soy.

—Ocho años son muchos años.

—Depende de para qué.

Miró a su teléfono visiblemente incómodo y nervioso, como si intentara encontrar en la pantalla una buena excusa para salir corriendo como una rata. Me di la vuelta y seguí mi camino hacia la sala de la exhibición.

—¿Quieres que nos tomemos un café? —gritó a mi espalda.

—No, no quiero —dije, mientras buscaba mi entrada en el bolso.

—Está bien —titubeó, como si todavía le quedara alguna duda de que quería que nuestro encuentro se acabara lo antes posible—. Hay dos esculturas mías en la sala principal, por fin lo he conseguido.

Me di la vuelta y me acerqué a él clavándole una mirada de todo menos amigable. Empecé a aplaudir.

—¡Enhorabuena! —exclamé dándole unas palmaditas en el hombro. Su expresión de orgullo desapareció de su cara.

—Ya sabes lo importante que es esto para mí. Siempre he querido ver una obra mía en la Tate y resulta que van a ser dos y no una. Y me acabo de enterar de que también voy a exponer la semana que viene en el MOMA de Nueva York.

—¡Bien por ti! ¡Ya has conseguido tu gran sueño!

Solté aquellas palabras con toda la rabia que sabía que solo él iba a captar.

—Espero que te gusten —dijo, volviendo a mostrar su impecable sonrisa de chico bueno—. Te hice caso y volví a mis inicios, a cuando según tú era una buena persona.

Me miró como si esperara una disculpa por mi parte que nunca llegó. Me di la vuelta, apretando mis labios para que no saliera aquello que llevaba tantos años callando.

—¿Me podrías dejar una reseña en Google? Me ayudaría mucho.

De repente sentí que mis palabras eran empujadas por un fuego candente hacia mi garganta, como la lava buscando un cráter por dónde salir, a punto de provocar una explosión de grandes dimensiones.

—¿Sabes qué no has conseguido en estos años, Marcus? Dejar de ser un maldito cretino egocéntrico. No sé si seguirás teniendo inteligencia emocional para algo que no sea huir como una rata por una alcantarilla, pero por lo que veo, no la suficiente como para dejar de ser condescendiente y disculparte con alguien a quien jodiste en vez de pedirle una reseña en Google.

—¡Venga, Maca! Lo nuestro no iba a llegar a ningún sitio y lo sabes.

—¿Qué quieres de mí ahora, Marcus? ¿Que además de ponerte una buena reseña en Google te agradezca que me dejaras con una nota en una servilleta?

—Ya te dije que no era culpa tuya.

—¿Y te pareció lo suficientemente convincente una frase escrita en una servilleta? ¿Duermes mejor por eso?

—No, Maca, no estoy orgulloso de lo que hice, pero creo que tomé la mejor decisión para los dos.

—¿Para los dos? ¿Estás seguro? Porque mi terapeuta no piensa lo mismo.

—Pues creo que deberías buscar otro que te haga ver que no siempre los demás son los culpables de todo lo que te ocurre.

—Entonces que sí que era culpa mía…

—Maca, no quiero tener esta conversación, no serviría de nada.

—A ti no te serviría de nada, Marcus, pero yo quiero saber por qué me dejaste. Tú seguiste con tu vida e hiciste tus sueños realidad, pero yo me pasé muchos años intentando entender por qué un día querías todo conmigo y al siguiente te largaste sin darme una explicación. En esa servilleta solo escribiste la típica frase que decís todos cuando no os quedan más excusas para no dar un paso adelante.

—Ahora ya no importa.

—¡A mí sí que me importa!

—¡Han pasado ocho años, por Dios, Maca! ¡Pasa página! En la vida no siempre salen las cosas como las deseamos. Todo el mundo deja atrás sus mierdas y sigue adelante. Pero tú parece que tuvieras una lista de personas que te han decepcionado desde el origen de los tiempos y la repasaras cada noche. Hay gente que entra y sale de nuestra vida y no pasa nada, pero para ti todo es un drama.

—¿Que para mí todo es un drama?

—Sí, sigues siendo la misma de siempre. Mi madre tenía razón. Tu problema no es que estés loca, no es algo que se vaya a arreglar con terapia ni con tiempo, lo que te pasa es que todo ese rencor que tienes guardado hace que estar contigo sea vivir siempre en una espiral de drama y tragedia. Toda esa intensidad resulta agobiante y claustrofóbica. Te pasó algo horrible y es normal que te haya marcado, pero a mí también me han pasado cosas horribles, a todos nos han pasado cosas horribles, pero seguimos adelante. Yo conozco a una mujer a la que le han amputado las piernas y los brazos por culpa de una negligencia médica y no guarda ni la mitad de rencor que me tienes tú a mí. La gente a veces comete errores, Maca, y sufrimos por su culpa, pero no por eso tenemos que convertirnos en un saco de odio y estar todo el día en el psicólogo quejándonos de nuestras desgracias.

Se hizo un silencio cortante que sentí que se clavaba en mi interior. Rompí la entrada en pedazos y me fui hacia la salida.

—¡Macarena! —gritó.

Corrió hacia mí e intentó cogerme del brazo, pero le pegué un manotazo.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarme en tu puta vida!

Me zafé de él y corrí hacia la salida lo más rápido que pude sin poder contener mis lágrimas.

Hubo un tiempo en el que creía que existían los cuentos de hadas y que había encontrado a mi príncipe azul. No solo era bueno y encantador, sino que también conocía todas mis heridas y no le importaba que estuviera rota, porque él me veía perfecta a pesar de mis grietas. Creía que sería mi salvador y todo el dolor y la tristeza desaparecerían. Lo que entonces no sabía era que las peores heridas eran las invisibles al ojo humano, aquellas que se abren cuando menos te lo esperas.

Cuando nos conocimos, Marcus se acababa de instalar en Londres y trabajaba en el estudio de un importante escultor que acabó convirtiéndose en su mentor. Un año después le ayudó a

montar su primera exposición. Aunque esta no gozó de un gran éxito de público, Marcus consiguió un encargo importante para crear varias esculturas que presidirían la entrada de un emblemático edificio de Manchester, lo que hizo que se le multiplicaran los encargos. Y fue entonces cuando empecé a vivir por y para él y me olvidé de mí. Había días en que mi estado de ánimo estaba en el pico más alto y otros días en los que casi tenía que obligarme a levantarme de la cama. Pasaba de la euforia a la más absoluta desolación en cuestión de minutos. La terapia empezó a no funcionar porque ni siquiera era capaz de hablar sobre lo que me estaba pasando durante una hora a la semana. Todo mi mundo giraba en torno a él, a su trabajo, a sus éxitos o a sus fracasos, a su estado anímico. Y el precio que tuve que pagar fue demasiado alto.

Dos meses antes de que todo saltara por los aires, fuimos a visitar a su familia a Nueva York para pasar las Navidades con ellos y conocer a la que un día sería también mi nueva familia. Marcus y yo habíamos hablado de casarnos algún día, pero yo le había manifestado mi deseo de esperar a acabar la terapia. Los meses previos al viaje habían sido difíciles para mí y mi salud mental no se encontraba en su mejor momento. Aun sabiendo que sufría un trastorno de ansiedad social, Marcus decidió celebrar una fiesta multitudinaria con el pretexto de que conociera a toda su familia y amigos y no se le ocurrió otra cosa que pedir mi mano delante de un centenar de extraños. Me vi forzada a aceptar después de haber escuchado de manera accidental a su madre diciéndole a otra asistente a la fiesta que yo no era lo suficientemente buena para su hijo y que estaba loca. Mi aparente frialdad en la respuesta, precedida de un incómodo silencio por el impacto que me produjo todo aquel despliegue de exhibicionismo, fue interpretada por su familia como la más vil de las ofensas. ¿Pero cómo me atrevía yo, una extranjera pirada, a no ponerme a llorar y a saltar de alegría por haber conseguido que un hombre como el perfecto Marcus quisiera pasar el resto de su vida conmigo? ¿Cómo podía haberles sometido a tal afrenta delante de todo el mundo? Marcus tuvo una fuerte discusión con sus padres que le expresaron su negativa a que se casara con una mujer con problemas mentales y le amenazaron con retirarle su apoyo económico si les desobedecía.

Al volver a Londres, le dije a Marcus que no podía casarme con él, que no era el momento. Le confesé que si había accedido era por no humillarle delante de toda su familia. Se mostró comprensivo con mi decisión de esperar a que acabara la terapia y rompió toda relación con su familia, lo que me causó una terrible sensación de culpabilidad porque no paraba de mencionar una y otra vez el gran sacrificio que se había visto obligado a hacer por mí. Tras una fuerte discusión, tuve que ingresar en un centro psiquiátrico. Me había tomado un frasco entero de benzodiacepinas con alcohol. Marcus siguió a mi lado cuando salí del centro. Un buen día dijo que quería que nos mudáramos a Nueva York porque tenía una oferta de trabajo que no podía rechazar. Me prometió que no tendría ningún contacto con sus padres hasta que me aceptaran y que nadie rompería nuestra relación. Una semana antes de mudarnos a Nueva York, con la mitad del apartamento en cajas, me dejó una nota al lado de un jarrón de flores que me había regalado el día anterior por nuestro tercer aniversario en la que decía: «lo siento, pero no puedo hacerlo, no es culpa tulla».

Habían pasado ocho años desde aquella nota que destrozó mi vida y llamé a Olivia para que volviera a repetirme una vez más que nada era culpa mía, que no estar bien no era culpa mía, pero no me cogió el teléfono. Me envió un mensaje una hora después para decirme que estaba en el sitio donde se iban a casar en diez días. Como tantas otras veces le dije que la llamaba para algo sin importancia. «Mis problemas insignificantes de siempre, nada comparable con la guerra ni el hambre en el mundo». También tenía un mensaje de Elina. «Siento lo que te dije ayer».

Me olvidé de la terapia de cincuenta mil libras, del frío y de Marcus. Compré una botella de

vino de camino a casa, como tantas veces había hecho con la esperanza de paliar al dolor causado por otro de esos hombres que habían echado sal en mis viejas heridas aún abiertas.

Al llegar a casa llamé a Sven. Tampoco contestó. Me serví una copa y brindé por la Macarena que un día creyó en cuentos de hadas, en príncipes azules y en señores Darcy.

Domingo, 16 de marzo: El informático

Cuando me despertó el estridente ruido del telefonillo ni siquiera era consciente de dónde estaba ni de si tenía todos los órganos en su sitio. Me levanté tan rápido que a punto estuve de abrirme la cabeza con el piano de mi abuelo. Me lo había llevado de casa de mis padres solo para fastidiarles y tener un sitio cuya única función iba a ser poner plantas que un mes después iban a morir y dejar el abrigo cuando llegaba a casa. Desde hacía ya casi dos años que no posaba ningún abrigo sobre él. Me alegraba de que después de la noche anterior siguiera teniendo solo sus plantas secas y dos conejos de Pascua de papel maché de Ivy y Betty. Llegué como pude a la entrada y abrí la puerta. Me encontré a un hombre con un mono negro de trabajo que me dijo que venía a ver la caldera y se quedó mirándome fijamente a los pechos. Al parecer la compañía de seguros me había llamado para avisarme de que había encontrado un técnico en la zona que trabajaba los fines de semana y que iba a venir esa misma mañana. Busqué mi teléfono móvil, pero no lo encontré. El hombre solo tardó cinco minutos en quitar una válvula que parecía ser la causa de la avería y reemplazarla por una nueva. Me advirtió de que debería cambiar un par de piezas porque estaban oxidadas. Le di veinte libras de propina y me aconsejó que me curara bien la herida, dirigiendo su mirada hacia mi frente. Cuando salió, me miré en el espejo y me di cuenta de que tenía un corte en la frente. Miré hacia mi alfombra de dos mil libras sobre la que la noche anterior había derramado una botella entera de vino. Pensé en que la Macarena de 2020 nunca hubiera desperdiciado ni una gota de vino y me sentí orgullosa. ¿Pero cómo no me había dado cuenta de que me había cortado la frente? Cuando lo limpié vi que el corte era superficial, aunque la sangre pegada alrededor hacía que pareciese algo macabro, como una de esas heridas que las influencers se hacen en Halloween con maquillaje y sangre falsa de los chinos.

Cuando por fin encontré el teléfono debajo del sofá, vi que tenía varias llamadas perdidas de Louisa, de Megan y de un número desconocido que debía de ser el de la compañía de seguros. También había varios mensajes en el grupo. Las chicas me recordaban que habíamos cambiado nuestro brunch de fin de mes a aquel domingo. En el último, Louisa me avisaba de que estaba de camino a mi casa y de que llegaría poco antes de las doce. Miré al reloj y vi que eran las doce menos cuarto. Moví rápidamente la mesa y los pufs hacia el lateral del salón y enrollé la alfombra poco a poco. La levanté y me di cuenta de que era demasiado pesada. Intenté arrastrarla como pude mientras pensaba dónde la podía meter para que no la viera Louisa. De repente sonó el timbre. Miré hacia el suelo de madera y vi que estaba lleno de cristales. Decidí poner la mesa encima para ocultarlos y arrastré la alfombra hasta el interior del armario de la entrada. El timbre volvió a sonar, y a continuación escuché la voz de Louisa gritando mi nombre. Empujé la alfombra hacia dentro del armario y, tras varios intentos, conseguí cerrar las puertas. A continuación abrí.

—¿Pero qué te ha pasado? —dijo mirando hacia mi frente—. ¿Estás bien?

—Sí, es que he tenido un pequeño accidente en casa.

Clavó sus ojos en mis pechos tal y como había hecho hacía unos minutos el técnico de la caldera. Me di cuenta de que aquel hombre no era ningún salido, sino que tenía la sudadera manchada de sangre.

—¿Qué has hecho?

—Na… nada… esto… ya te he dicho que he tenido un…

De repente resonó un gran estruendo. Me di la vuelta y vi la alfombra enrollada en medio del pasillo. Louisa empezó a hacer aspavientos.

—¡Ay, mi madre! Maca, por favor, ¡dime que ahí dentro no hay un fiambre!

—¿Estás loca? Claro que no.

Louisa se puso de rodillas y tocó la mancha de vino con los dedos. Luego se los llevó hacia la nariz e hizo un mohín.

—Espera, esto no es sangre, es vino —dijo dirigiéndome una mirada inquisitiva—. ¿Has estado bebiendo?

—No, te lo prometo. Bueno, solo me bebí media copa, pero se me cayó la botella y ya puedes ver el resultado.

—¿Y por qué tienes ese corte en la frente?

—Supongo que porque me quedé dormida sobre la alfombra y debí cortarme. No lo sé, Louisa. Anoche estaba muy mal. Creo que me quedé dormida del cansancio por haberme pasado horas llorando.

—¿Pero por qué? ¿Es por Roberts? ¿Qué te ha hecho ese maldito desgraciado?

—Jason está saliendo con una modelo y ha vuelto a Estados Unidos.

—¿Cómo que ha vuelto a Estados Unidos?

—Lo que oyes. Le pillé escondido diciéndole a su novia que cogía un vuelo ese mismo día y que el domingo estarían juntos.

—Y tuvisteis una bronca y has acabado así. ¡Maldito hijo de puta!

—Le eché de casa, no quise escuchar más mentiras. Ya sabes cómo soy cuando me gusta alguien de verdad, llegaría hasta a creerle si me dijera que fue él quien conquistó América y no Cristóbal Colón.

—Así que el muy cabrón solo quería echarte un polvo antes de irse. Y seguro que mañana va a ser Kazinsky el que se vea obligado a pasar el mal trago de anunciar que no nos van a dar la campaña.

—Louisa, si alguien se entera de que vamos a perder la campaña por mi culpa…

—Pero que no es tu culpa, Maca —interrumpió—. Ese cabrón nos ha engañado a todas, hasta a mí que creía que le gustabas de verdad.

—Cuando Elina se entere no va a volver a hablarme nunca más. Es capaz de volver al trabajo con Marjorie en brazos si hace falta.

—Maca, que no es tu culpa. Si ATW no nos da la campaña es porque su director no sabe mantener la bragueta cerrada.

—Louisa, sabes que a la que van a crucificar va a ser a mí.

—Claro que te van a crucificar, porque las mujeres somos unas zorras. Y no te lo van a perdonar nunca. Si a Eva no le han perdonado lo de la manzana en miles de años, no te van a perdonar a ti que te abrieras de piernas con un americano con fama de conquistador. Es que ni siquiera lo has hecho por un bolso.

—¿Estás intentando consolarme o hundirme aún más en la miseria?

—Solo estoy analizando la situación. Venga, vístete y nos vamos.

—No puedo mirar a Elina a la cara y decirle que me acabo de cargar su futuro y el de su hija recién nacida, que para colmo es mi ahijada. Bueno, o lo era.

—Elina no va a venir. Henry ha tenido que irse esta mañana a Jersey porque se ha muerto su abuelo.

—De todas formas no voy a ir. No me apetece salir de casa.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí bebiendo?

—No soy alcohólica, Louisa. Nunca lo he sido, es solo que cuando tengo un bajón…

—Claro que lo eres, y machohólica y dramahólica. Eres adicta a todo lo que te haga olvidarte por unas horas de esa estúpida idea de que estás sola. Y lo estás, pero deberías haberte dado cuenta a estas alturas y con tu historial sentimental de que a veces es mejor estar sola que mal acompañada.

—Está bien, no volveré a meter la pata como anoche.

—No, querida, anoche libraste una batalla y la ganaste. Y ahora te vienes conmigo a hacer lo que todas las que gozamos de buena salud mental hacemos cuando un desgraciado nos la vuelve a jugar: rajar sobre lo mal que te comía el coño y reírte del nombre que le ha puesto a su pene.

—Pues es que no lo hace nada mal, todo lo contrario, sin duda le daría un diez. Y tampoco le ha puesto nombre a su pene que yo sepa.

—Dime que hay algo que hace mal. ¿Se deja los calcetines puestos?

—No.

—¿Calzoncillos de Star Wars?

—Tampoco.

—¿Ronca?

—Nada de nada, de hecho hace un ruidito muy gracioso cuando…

—Te has enamorado de Roberts, mierda…

—No.

—Vaya que sí. Pero no pasa nada, porque buscaremos fotos suyas en Google de hace años y nos reiremos de lo feo que estaba sin barba. Todos los tíos que llevan barba esconden su cara porque son feos. Son como los calvos con gorra.

Después de la comida, dejé a las chicas en la estación de Battersea y me fui a dar un paseo por el parque. Miré mi teléfono y vi que tenía varias llamadas perdidas. Dos eran de Olivia y otras dos de Jason. Llamé inmediatamente a Olivia. Tenía un sexto sentido para adivinar cuándo me había metido en algún lío. Decidí no darle más dolores de cabeza a tan solo seis días para su boda. Le dije que la había llamado la noche anterior porque me había equivocado con la reserva del hotel, pero que ya lo había resuelto. Hablamos durante más de media hora de lo nerviosa y a la vez ilusionada que estaba, de su nuevo trabajo en la Fundación Wilkinson y de que, cómo no, su hermana Viviana quería ser una vez más el centro de atención y llevar el vestido de un color diferente a las otras damas de honor. El aire fresco me vino bien y empecé a pensar en que quizás no era tan mala idea volver a mi antiguo puesto. Tendría menos responsabilidad y más tiempo para mí, y podría volver a dar órdenes a las inútiles de Sonja y Cara. La única que me preocupaba era Elina. Tenía que encarar la situación lo antes posible y lo mejor sería que yo misma fuera la que le contara todo antes de que el señor Wilkinson la llamara. Volví a sacar el teléfono móvil de mi bolso, cuando alguien me dio un toque en el hombro.

—¡Vaya! ¿Qué haces por aquí?

—¡Steve! —dije fingiendo una alegría por verle que en realidad no sentía—. ¡Qué casualidad! ¿Vives por aquí?

—Sí, ¿es que no te acuerdas? Estuviste en mi casa hace cuatro años, cuando tú y yo…

—Sí, sí, claro que me acuerdo —fingí—. Quería decir aquí mismo, frente al parque.

—No, sigo viviendo con mi hermano en Clapham. Oye, igual ya has quedado con alguien, pero si quieres… claro que has quedado con alguien.

—No, de hecho me iba ya a casa.

—¿Te apetece que nos tomemos una cerveza?

Miré mi móvil y me di cuenta de que quizás aquella tarde no era el mejor momento para hablar con Elina. Estaría sola en casa con dos gemelas hiperactivas y una recién nacida que habría estado esperando todo el fin de semana a que Henry se fuera para ponerse a berrear.

Nos fuimos a una terraza que estaba detrás del parque y me pedí un mojito sin alcohol. Steve se puso a hablar de software, passwords seguros y todos aquellos temas aburridos que solía sacar. Quizás con alcohol aquella conversación me parecería apasionante, o tal vez yo podría ser ese tipo de persona que no soporta a la gente normal, ordinaria, que habla de temas banales como la wifi de los hoteles. Había escuchado en un documental de crímenes reales que algunas mujeres se sienten atraídas por hombres que llevan la palabra peligro escrito en la frente, incluso por asesinos que han cometido crímenes atroces. Quizás la única explicación fuera la que siempre había sostenido mi madre: que la maldad llama al mal y por eso no conseguía que mis relaciones funcionasen.

Observé a la gente sentada a mi alrededor y empecé a escuchar sus conversaciones. Una chica les contaba a sus amigos que había encontrado unos auriculares en oferta que llevaba buscando desde hacía meses. Otro chico flirteaba con la que parecía que era su cita y que tal vez hubiera conocido en Tinder o a través de una red social. La chica le hablaba de su grupo de K-Pop favorito y él fingía interés, aunque era evidente que le gustaba el heavy metal por su vestimenta y sus vistosos tatuajes satánicos. *Gente normal, no como yo.*

—¿Te aburres? —dijo Steve, que acabó dándose cuenta de que no le estaba prestando atención.

—No, claro que no.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio en el centro?

—No, Steve, me tengo que ir a casa dentro de un rato.

—Claro, lo entiendo, este sitio no es el tipo de lugares donde sueles...

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Por qué un tío normal como tú querría salir con una tía que tiene fama de zorra como yo y que además ha estado en un centro psiquiátrico?

Steve se quedó mirándome desconcertado como si no encontrara una respuesta o temiera que lo que estaba pensado me fuera a disgustar.

—Tú podrías estar con cualquier chica normal, pero siempre estás tonteando conmigo y yo solo te podría traer problemas. —Me levanté de la silla—. Mira, déjalo, me tengo que ir.

—¿Pero qué dices? —dijo subiendo la voz—. Tú eres maravillosa, Macarena. Eres inteligente, guapa, graciosa y tienes clase. Las chicas como tú no se fijan en chicos insignificantes como yo. No puedo contarte nada sobre mis viajes a sitios paradisíacos porque lo más lejos que he viajado es a Doncaster a ver a mi abuela, ni tampoco puedo llevarte a lugares de moda porque uno de esos cócteles de fruta con vodka que sirven cuestan mi sueldo de un día. ¿Tú sabes cuántos tíos en la oficina matarían por salir contigo? Están todos locos por ti. Pues imagínate con qué cara me miran cuando se enteran de que tú y yo nos acostamos hace cuatro años.

—¿Es por eso por lo que se lo cuentas a todo el mundo? ¿Para que no crean que eres un pringado?

—Bueno, es que soy bajito, informático, me estoy quedando calvo y comparto un piso de dos dormitorios con mi hermano mayor. Es de lo único que voy a poder presumir en toda mi vida, aunque nadie me crea. Al menos yo sé que es verdad, que viste algo en mí para querer acostarte conmigo, aunque estuvieras muy borracha y te acabara de dejar tu novio.

Me levanté de la silla, tiré del cuello de su polo hortera de rombos hacia mí y le planté un

largo beso en la boca. Todo el mundo nos miró y murmuró. Cuando despegamos nuestros labios, Steve parecía haberse quedado en shock.

—Ahora vas a ser la envidia de todo el barrio.

Salí de la terraza y pedí un taxi.

Llegué a casa de Elina pasadas las seis. Me recibió con un pijama lleno de manchas anaranjadas que quería pensar que no eran de vómito de Marjorie. Las gemelas estaban sentadas en el suelo del comedor, sobre una alfombra llena de cuentas de colores y bobinas de hilo de nailon. Cuando me vieron llegar se me tiraron encima. Ivy pesaba un par de kilos más que Betty y cuando las cogía notaba que tenía que hacer un mayor esfuerzo con un brazo que con el otro. Sabía que llegaría el día que no podría con ellas, por eso cuando nos veíamos me gustaba tenerlas en brazos todo el tiempo que podía.

—¿Pero qué hace todo eso en el suelo? —gritó Elina con Marjorie en brazos—.¡Recogedlo ahora mismo y ponedlo en la mesa! ¿Has cenado?

—Acabo de comer algo con Steve.

—¿Con Steve? ¿Nuestro Steve? Niñas, os he dicho que pongáis todo eso en la mesa.

—Tía, ¿te vas a quedar con nosotras a tomar chocolate con nubes y a hacer pulseras de la amistad? —dijo Betty.

—Sí, se va a quedar. La tía Maca se va a encargar de las tijeras —dijo, poniéndomelas en la mano—. Y como no os portéis bien, os va a cortar el pelo.

Las niñas empezaron a gritar y Elina se rió.

—Yo quiero hacer una de *Long live* —dijo Ivy.

—Yo una de *Shake it off* —replicó Betty.

—Pero nos las tenemos que intercambiar —dije—. Así que cada una tiene que hacer una pulsera de la canción favorita de la persona a la que se la va a regalar. Yo haré mi pulsera de *Shake it off* y se la regalaré a Betty, y Betty la hará de *Long Live* y se la regalará a Ivy.

—¿Y yo? —dijo Ivy.

—Tú harás la pulsera de mamá de *Love Story* y mamá hará la mía.

Elina acostó a Marjorie y volvió al comedor. Le conté que me había encontrado a Steve en el parque después de dejar a las chicas. Mientras Elina me hablaba sobre la enfermedad del abuelo de Henry, mi cabeza no paraba de darle vueltas a cómo contarle lo que había pasado con Jason, pero sin saber por qué le empecé a hablar de mi conversación con Marcus en la galería. Le conté lo mismo que a las chicas aquella misma mañana.

—¡Por el amor de Dios, Maca! Tienes que dejar de seguir consejos de retrasados emocionales. Marcus es un perdedor.

—No, no lo es. Está exponiendo en la Tate y va a exponer en el MOMA.

—Pero eso no le libra de ser un perdedor. Marcus es un gili… —interrumpió cuando vio que las niñas la estaban mirando—. Marcus tiene menos responsabilidad afectiva que un pistacho.

—¿Qué es *responsidad festiva*? —dijo Ivy.

—Lo que los novios de la tía Maca nunca tienen —espetó. La niña la miró extrañada.

—Dice que soy una rencorosa y que nunca voy a ser feliz porque no puedo perdonar y olvidar.

—¿Y qué más dice el perfecto Marcus?

—Que tengo que madurar.

—Marcus, el niño de papá al que con treinta añazos mantenía su novia, es decir, tú,

Macarena Stuart, para que cumpliera sus sueños, te dice a ti que tienes que madurar.

—Ha cambiado, ahora parece mucho más centrado que entonces.

—Tiene cuarenta y dos años —prosiguió Elina—, se chusca a modelos de veinte y no sabe ni lavarse los calzoncillos. ¿Y te pide que le escribas una reseña después de dejarte con una nota con faltas de ortografía en una servilleta? ¡Que le den! Y cuando llegue una que le trate como él te ha tratado a ti, ojalá alguien vaya a decirle que sus problemas son una mierda y que se los ha buscado él mismo. ¿Pero cómo es tan hijo de *eso* de culparte de todo lo que te ha pasado?

—Elina, igual sí que es culpa mía haberme *chuscado* a Jason sabiendo todo lo que estaba en juego.

—¿Qué es *chuscar*? —dijo Betty.

—Jugar con plastilina, cariño. La tía tiene un amigo con el que juega con plastilina. Ella con plastilina y él con sus sentimientos —dijo furiosa, mientras revolvía las cuentas con una mano y tenía las tijeras en la otra.

Ayudé a Ivy a terminar su pulsera y le quité a Elina las tijeras de las manos por miedo a que se las acabara clavando.

—A ver, tampoco te martirices, el *tucutucu* es cosa de los dos. Él está como un queso y tú no puedes ver un buen chédar maduro y no comértelo.

—¿Podemos ponerle queso al chocolate? —dijo Ivy.

—No, cariño, todavía no podéis comer queso, sois muy pequeñas. Y mamá y papá van a tener cuidado con qué queso os metéis en la boca, no os vaya a sentar mal como a la tía Macarena.

Elina se levantó y sacó cuatro tazas del armario. Las llenó del chocolate caliente, les puso algunas nubes por encima y las llevó a la mesa. Las niñas empezaron a gritar y Elina les ordenó que se sentaran y se tomaran el chocolate en silencio.

Ayudamos a las gemelas a atar sus pulseras y recogí las cuentas y los hilos mientras Elina las llevaba a la cama. Se hizo un silencio inusual en aquella casa, donde los gritos y las risas de las niñas lo inundaban todo.

Siempre había envidiado a Elina. Tenía un marido que la adoraba, unas niñas preciosas y por las que los dos se desvivían y su relación con Henry era cada día más fuerte. Tras su traumática ruptura con Judy, jamás creí que la viera así de feliz, y menos casada y con tres hijos. Elina estaba tan enamorada de Henry como el primer día porque para Henry su relación de pareja siempre era una prioridad. Aun teniendo tres hijas y trabajando durante muchas horas, siempre encontraban la manera de pasar tiempo juntos. Seguían teniendo citas, se hacía regalos y todavía celebraban todas las fechas importantes. Y, como todas las parejas, a veces también se peleaban y, cuando esto sucedía, a Elina se le había terminado el enfado antes de llegar a la oficina y Henry ya la había llamado a la hora del almuerzo para disculparse. Después se pasaban el día enviándose mensajes contándose todo lo que habían hecho en sus tres horas de separación.

Cuando las niñas se habían dormido, Elina volvió al salón y le conté todo lo que había pasado con Jason. Me aconsejó que esperara a ver qué sucedía los próximos días en la oficina y que no me pusiera en lo peor. Me recosté sobre ella mientras me acariciaba el pelo.

—Y la próxima vez me llamas y me dices que no estás bien.

—No quería molestarte. Tú tienes tu propia familia y tus propios problemas.

—Tú también eres mi familia, Maca.

Elina me cogió el brazo y me puso la pulsera que me había hecho, justo pegada a la de Jason.

—Estoy sola —dije mostrando el *estás sola, chica* que rezaba la pulsera.

—No necesitas a nadie. Siempre lo has estado, y aquí sigues —dijo, besándome la frente con ternura.

Lunes, 17 de marzo: El de la fotopolla

Aquella mañana de lunes en Gravity se respiraba un insólito ambiente de normalidad. Me preguntaba si era la calma que precedía a la tempestad. Kazinsky ya estaba en su despacho cuando llegué a la oficina. Media hora después, nos encontramos en el pasillo que conducía al comedor y me saludó de una manera bastante más efusiva que en días anteriores. Y me llamó Macarena y no señorita Stuart como de costumbre. ¿Y a qué venía ese toque en el hombro? ¿Por qué me había convertido en Macarena y había dejado de ser la señorita Stuart? Era evidente que sabía lo mío con Jason, ¿pero con qué intención me lo demostraba? ¿Por qué lo hacía si ya no teníamos nada? Enseguida me di cuenta de lo ridículo que sonaba pensar que lo de Jason y yo fuera algo por lo que Kazinsky creyera que tenía que ser simpático conmigo. Nuestra relación, si es que se le podía llamar así, había sido más duradera e idílica en mi imaginación que en la realidad. Puede que la influencia de Olivia y todas esas películas románticas que me había obligado a tragarme durante años hubieran desvirtuado mi percepción de las relaciones de pareja. Su propia historia con Ben era como la de una película romántica donde el amor siempre vence después de muchos obstáculos. Pero sabía que aquello no iba a tener un final feliz como el suyo.

Tras una larga mañana de entrevistas para un nuevo puesto vacante en Finanzas, subí al comedor y saqué un café bien cargado de la máquina. También cogí un paquetito de galletas Lotus del armario de la bollería y lo abrí. Me senté en un taburete frente a la barra de desayuno y miré si tenía algún mensaje de Jason. ¿Pero qué esperaba si le había bloqueado? ¿Que me escribiera con otro número como si estuviéramos en el instituto? Estaba claro que no iba a volver a saber nada de él. En aquel momento recibí un mensaje. Estuve a punto de atragantarme cuando vi su contenido. ¿Pero quién demonios me había enviado una foto de su miembro viril erecto con la frase «aquí relajadito»? Cuando me di la vuelta vi a Jack Kazinsky detrás de mí, quien sin duda se había percatado de lo que estaba viendo en la pantalla del móvil.

—Buenos días, Macarena —dijo con una sonrisa.

Me levanté y me fui corriendo hacia mi oficina ruborizada como una adolescente a la que su madre había pillado haciéndose una paja.

Me encerré durante varias horas en mi oficina, pero no conseguía concentrarme. No paraba de darle vueltas a las consecuencias que podría traer a la campaña todo lo que había pasado con Jason. A las doce, salí a comer con las chicas y las encontré discutiendo como de costumbre.

—Creo que Callum me está ocultando algo —dijo Megan.

—No hagas caso, Macarena —dijo Louisa—. Ya está otra vez con sus majaderías de que Callum la engaña con otra.

—No es una majadería, Lou. Ha estado este fin de semana con alguien en un spa en St. John.

—A ver, chalada —dijo Louisa—, eso no prueba nada. Tal vez ha querido tomarse un descanso y no te lo ha dicho porque querrías ir con él. Todos necesitamos estar solos alguna vez.

—¿Y cómo te has enterado? —dije.

—Porque he visto su extracto bancario.

—¿Qué? Pero eso no está bien, Megan.

—Lo sé, Macarena, pero vi que habían cargado un depósito de un spa en nuestra cuenta

conjunta y no pude evitar averiguar si había algún otro cargo en sus tarjetas. Se gastó ochenta libras en una comida el sábado y esta mañana he encontrado un recibo en su abrigo de un desayuno para dos personas en una caseta cutre de bocadillos. Dos *health wrecker* de dos pisos. No sé si alegrarme por llevar a su amante a desayunar un sándwich grasiento de cinco mil calorías o matarle por su falta de clase y mal gusto.

—Megan, por Dios, todas esas tonterías siguen sin probar que tenga una aventura —dijo Louisa.

—¿Pero por qué iba a ir Callum a descansar a un spa si los odia? La última vez que fuimos a uno le dio una bajada de tensión y casi la palma.

—¿Y qué te ha dicho cuando le has preguntado dónde ha estado el fin de semana?

—Que tenía un viaje de negocios, y luego me ha contado una historia muy rara sobre un zoo de Beijing, una inválida y unos monos capuchinos.

—¿Cómo? —dije intentando contener la risa.

—Cuando empecé a hacerle preguntas para averiguar dónde había estado, me contó una historia de unos monos que le intentaron robar la silla a una inválida que visitaba el zoo de Beijing.

Louisa puso los ojos en blanco y se fue hacia el mostrador a por un café. Megan tenía la mirada ausente y parecía muy preocupada.

—¿Y qué vas a hacer? —dije.

—Mañana en la cena voy a sacar el tema, a ver cómo reacciona.

—Megan, igual deberíais hablarlo en privado.

—No te preocupes que no la voy a liar. Solo quiero que me digáis si vosotras también le notáis raro o es cosa mía. Es que Callum nunca me ha mentido en nada. ¿Qué quieres que piense? Y encima lleva meses sin mencionar nada de la boda. Ni una sola broma sobre casarnos.

—Bueno, igual se ha cansado de insistir. Es que un día dices que no quieres casarte y al día siguiente estás planeando una boda en Canterbury con doscientos invitados.

Louisa volvió con un café y una galleta de chocolate blanco. Puso la galleta delante de Megan.

—Come, Meg, no se puede pensar con claridad sin alimentarse. ¿Qué sabemos de Roberts?

—A mí me ha enviado un email para avisarme de que no podía asistir a la reunión de hoy y me ha dicho que ha hecho algunos cambios importantes que me enseñará mañana —dijo Megan.

—¿Te ha dicho que vuelve mañana? —pregunté.

—Solo me ha dicho eso. No sé si me los enviará por email, si será Kazinsky el que nos contará qué han cambiado ahora o…

—Se presentará en la oficina él mismo para decirnos que le van a dar la campaña a otra agencia. ¡Mierda! —maldije.

—Bueno, Macarena, todavía no sabemos qué va a hacer. No te pongas en lo peor. No creo que lo eche todo a perder por lo que ha pasado entre vosotros.

—Mejor cambiemos de tema —dijo Louisa—. ¿Vas a quedar con alguien esta semana o ya se te han quitado las ganas?

—Pues no lo sé, porque la verdad es que ahora mismo no me apetece conocer a nadie. Pero puede que vea a Sven, quiere que quedemos esta semana. Tiene que venir a Londres por unos asuntos.

—¡Por fin os vais a conocer! —exclamó Megan.

—¿Y qué asuntos son esos? ¿Comprarse la nueva Play Station?

—Louisa, no seas miserable. Siempre te estás quejando de que me pone excusas para no

conocernos en persona y ahora te metes con él porque quiere venir a Londres a verme. No hay quien te entienda.

—A la que no hay quien entienda es a ti, Macarena. Se supone que estás buscando un hombre para tener algo serio y te cuelgas de un tío que pasa de ti y solo te escribe cuando quiere hacerse una paja. ¿Cuántas veces habéis hablado por teléfono? ¿Cuántas veces os habéis visto?

—Ya sabes que vive lejos.

—¿Lejos? ¡Venga ya! ¡Ni que viviera en Nueva Zelanda! ¡Que vive en el puto Brighton! Es que no entiendo qué ves en ese maldito calvo pajillero.

—Sven no es calvo —dije, mientras encendía el teléfono móvil. Busqué el chat y abrí la foto de perfil. Se la enseñé a Louisa y a las chicas—. ¿Ves? Tiene pelo debajo de la gorra.

—Macarena, por Dios, estás ciega —insistió—. Este tío es calvo. Si lleva gorra, es calvo. Si tiene las entradas en la coronilla, es calvo. Si tiene pelo solo en la nuca, es calvo. Díselo tú, Meg. Sven es calvo.

—Macarena está buscando un hombre con inteligencia emocional, la cantidad de pelo que tenga es lo de menos, Lou.

—Meg, que Maca tenga treinta y nueve años no quiere decir que tenga que bajar sus estándares.

—A mí me parece guapo y me da igual si es calvo o tiene la melena de Jon Bon Jovi en los noventa, Lou. Es divertido y sabe escuchar.

—¿Sabe escuchar? ¿Mientras juega al Fortnite y se hace pajas? ¡Venga ya!

—Chicas, no discutáis —intervino Megan, intentando apaciguar la ira de Louisa que seguía farfullando—. ¿Sabíais que las pingüinas se prostituyen para construir su nido? —dijo Megan.

—Y aquí tenemos el dato random del día de Megan Goodwill —bromeó Louisa.

—¡Es verdad! Algunas hembras se ofrecen a los machos a cambio de piedras. Eso sí, solo a los que no tienen pareja.

—¡Qué detalle! Al menos respetan el sagrado sacramento del matrimonio y son exigentes, no como la malvada amante de Callum que se vende por un bocadillo grasiento —bromeé.

Ya se había convertido en una verdadera tradición la Cena de Primavera en casa de Megan. Cada año la temática era diferente, pero siempre relacionada con la película *El diario de Bridget Jones*. Aquel año Megan había decidido rememorar la gloriosa fiesta de curas y fulanas. Las chicas nos habíamos vestido de conejitas y los chicos de sacerdotes con sotanas. Callum había sacado a relucir su peculiar humor negro y llevaba varios pines de estrellas infantiles como Macaulay Culkin y Justin Bieber enganchados en una sotana con los colores de la bandera del orgullo gay.

Mientras disfrutábamos de unos suculentos entrantes donde los minipepinillos se llevaban todo el protagonismo, Louisa sacó el tema de mis desastrosas citas y del percance que había tenido aquella mañana con Kazinsky, del que las chicas se habían pasado el día bromeando.

—Es que solo se te acercan los desequilibrados —espetó el desgraciado de Paul.

Louisa le dio un codazo, a lo que respondió que él solo había dicho lo que todos pensaban.

—O es que la mayoría de tíos estáis un poquito desequilibrados, porque hay que estarlo para enviar una foto de tu polla a alguien que has conocido en un supermercado y con quien vas a quedar por primera vez —dijo Louisa.

—Me temo que si lo que quería era asegurarse la cita, lo que ha conseguido ha sido espantarme —dije—. No quiero morir empalada como un vampiro.

—Tampoco creo que sea para tanto, solo es una foto —soltó el miserable de Paul.

—Tengo una pregunta para ti —dije, mientras el infame de Paul casi se atragantaba con los

rollitos de salchicha por culpa de mi mirada intimidante—. ¿Qué reacción creéis los tíos que nos va a provocar una foto de vuestro miembro viril empalmado? ¿Qué pensáis que vamos a decir? *Baby*, relléname de crema con esa manga pastelera como si fuera un petisú —dije en tono burlón mirando a Louisa, que no podía parar de reírse.

—¿Pero de cuántos centímetros estamos hablando? —preguntó Callum.

—Puedes hacer una estimación tú mismo —dijo Megan, mientras le enseñaba la foto a Callum en su teléfono móvil.

—¡Santo cielo! —exclamó él.

Callum le pasó el teléfono al impertinente de Paul, que se quedó observando la pantalla durante unos segundos y al final dijo que no le parecía para tanto. Louisa empezó a reírse y a hacerle gestos con la mano, lo que le enfadó. Al final se levantó con la excusa de que tenía que ir al baño para eludir la atención de la conversación.

—Macarena, no creo que te pierdas nada del otro mundo —dijo Louisa—. Mucho gluglú, pero luego no saben dónde está el clítoris.

—Seguro que es como los conejos machos, que se desmayan después del coito porque no les llega la sangre al cerebro.

Cuando terminamos el rosbif con salsa de manzana y Oporto y la tarta de queso con galletas Lotus, Callum y el vil Paul se quedaron en el salón hablando del nuevo coche del jefe de este último, de caballos, de válvulas y de todo eso que a los hombres les interesa de los automóviles que nada tiene que ver con funcionalidad y comodidad. Nosotras salimos al jardín trasero donde Louisa estaba fumando mientras Megan, cómo no, la reñía por no haberlo dejado todavía.

—Es el único vicio que tengo, déjame en paz —dijo furiosa—. Tú tienes el horóscopo y los datos random, Macarena los hombres desequilibrados y las galletas Lotus y yo solo tengo el tabaco.

—Y el miserable de Paul, al que debes ser adicta para aguantarle —dije, devolviéndole la pulla.

—También. El tabaco contrarresta lo de mi marido.

—¿No habéis notado raro a Callum? —dijo Megan.

—¿Más raro de lo normal? —dije—. No.

—¿Callum os parece raro?

—¿Es una pregunta retórica, Meg? —ironizó Louisa—. Trabaja viendo follar a los animales y escribe sobre ello. ¿Hay algo más raro que eso?

—Es zoólogo y estudia la reproducción de las aves en cautividad —aclaró Megan—. No es un pervertido.

—Quién te iba a decir que ibas a acabar comprometida con el tío raro de los pájaros que te regalaba plumas de bichos muertos —se mofó Louisa.

—No estamos comprometidos.

—Pero habéis hablado de casaros —dije.

—Eso es cosa del pasado, porque ahora evita el tema a toda costa.

Escuchamos el chirrido de una puerta detrás de nosotras y vimos a Elina bajando las escaleras al jardín. Llevaba puesto un chándal e iba despeinada, como si acabara de levantarse de la cama.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Y las niñas? ¿Pero no decías que Henry no había vuelto? —dije.

—Están dentro con Callum y Paul —dijo, mientras buscaba algo en su bolso con nerviosismo—. Si me quedo un minuto más con ellas en casa, mañana estoy en la cárcel y ellas

en el tanatorio. Betty se ha pasado la tarde quejándose de que quiere disfrazarse de armadillo e Ivy prefiere ir de langosta. Por más que les he explicado que no existen ni armadillos ni langostas de Pascua, no ha habido manera de hacerles entender que las tradiciones no se pueden cambiar. Son igual de cabezonas que su abuela. Y Marjorie no ha parado de llorar en toda la tarde. Ha dejado de tomar el pecho, pero tampoco quiere el biberón. Creo que lo hace solo por joder, es como sus hermanas. La cuestión es llevar la contraria. Y encima cuando Henry entra en casa todas se vuelven unos angelitos, y parece que soy yo la mala madre que no soporta a sus hijas.

—No eres mala madre, solo estás cansada —dijo Megan.

—¿Tenía que morirse ese viejo justo ahora? Que lleva entre la vida y la muerte conectado a una máquina seis meses. ¿No podía esperar a que Marjorie fuera un poquito más mayor? Así habíamos tenido una buena excusa para pasar un fin de semana sin niñas. Os las hubiéramos dejado y habríamos estado follando como conejos todo el fin de semana. Sin descanso. *Pim pam pim pam*. Como cuando nos casamos.

Elina sacó del bolso una cajita de metal de esas antiguas de caramelos. La abrió y nos quedamos las tres atónitas cuando vimos lo que guardaba dentro.

—¿Pero qué haces? ¿Eso es lo que creo que es? —dije.

—Sí, es droga. —Puso la cajita abierta sobre sus piernas y empezó a liar un cigarrillo con una facilidad pasmosa.

—¿De dónde has sacado eso? —dije.

—Lo encontré detrás de un árbol en el colegio. Solo me queda esto, pero era una bolsa enorme con hojas secas y las instrucciones de cómo usarlas.

—¿Es marihuana? —dijo Megan.

—No, es salvia —aclaró Elina—. Esto pega que no os lo podéis imaginar.

—Yo quiero probarlo —dijo Megan—. Nunca me he drogado. Bueno, una vez probé el peyote en un ritual en Méjico.

—¡Menuda malota! —ironizó Louisa—. Yo paso.

—Pues yo también quiero probarlo —dije.

—¡Ni se te ocurra, Macarena Stuart! —exclamó Louisa—. No necesitas otra adicción más.

—¡No seas aguafiestas! —dijo Megan.

Media hora después, las cuatro estábamos tumbadas sobre el césped todavía mojado que Callum había regado aquella tarde. Nos encontrábamos en una especie de trance en el que apenas podíamos discernir qué era realidad y qué era alucinación.

—¿Qué son esas linternas que hay ahí arriba?

—Es el demonio buscándome por ser una mala madre —dijo Elina.

—Tal vez me esté buscando a mí por mentirosa —dijo Louisa—. Mentirosa y mala persona.

—No, me está buscando a mí por ser una zorra —balbuceé—. Esto me pasa por creerme las sucias mentiras de un mal hombre. Él tendría que arder en el infierno, no yo. Me dijo que estaba buscando una casa en Londres.

—Un picadero —dijo Louisa.

—¡Eso! —exclamé—. ¡Un picadero!

—¿Pero por qué se iba a buscar un picadero si hay hoteles? —dijo Megan.

—Porque quería convencerla de que quería echar raíces con ella, por eso sueltan lo del piso —dijo Elina—. Suena a compromiso. Creen que todas queremos eso. Una casa con jardín y tres niñas insoportables. Eso es la felicidad.

—¿Tú no eres feliz? —dijo Louisa.

—Yo soy feliz ahora, sin lloros, sin hacer biberones, sin «mami, quiero disfrazarme de armadillo» y sin sentir que solo me hacen caso cuando tienen hambre —confesó Elina—. Pero ahora tengo que volver a casa porque tengo que hacer una cabeza de armadillo. Seguro que encuentro algún tutorial en YouTube..

Se intentó incorporar, pero Louisa la sujetó y volvió a hacer que se tumbara en el césped.

—El demonio ahora está más cerca —dijo Megan señalando con el dedo a las luces de los faros de un coche al otro lado del seto.

—Ya está aquí, viene a por nosotras con sus orejas puntiagudas y su enorme rabo —dije—. Como Martin.

—¿Quién es Martin? —preguntó Elina.

—El que conoció en Asda —aclaró Louisa—. El del rabo enorme. Menudo manubrio tiene.

—Luego no saben qué hacer con todo eso, como las crías de elefante que tardan años en saber usar la trompa como es debido.

Las cuatro nos empezamos a reír con la ocurrencia de Megan. De repente escuchamos a alguien toser detrás de nosotras.

—¿Se puede saber qué hacéis? —dijo una voz áspera.

Miré hacia arriba y vi la minúscula cabeza baldía de Paul.

—Nos hemos fumado unos porrillos —dijo Megan entre risas.

—¿Qué? ¿Tú también, Louisa?

—Chi.

Callum masculló algo. «Será mejor que os veáis mañana en la oficina porque Megan no estaba en condiciones de hablar». Me pareció escuchar una voz que no era ni la de Callum ni la de Paul. De repente miré hacia arriba y vi que alguien nos observaba fijamente, pero su rostro estaba borroso.

—Hola, Megan —dijo la voz desconocida—. Mejor nos vemos mañana en el trabajo.

—Sí —dijo Callum—. Lo siento, tío. Creo que se han pasado un poquito con el vino. Es que estas cuatro cuando se juntan…

De pronto el desconocido clavó sus ojos dorados y brillantes en mí y me dijo algo que no logré entender. No tenía boca, tenía pico, y se movía y emitía un sonido, pero no lograba descifrar qué decía. Y entonces lo escuché con claridad: *gluglú gluglú gluglú*.

—Gluglú —dije.

Escuché que las chicas se empezaban a reír y que Paul le decía que estaba drogada. Después me levantó del césped y lo siguiente que recuerdo es que estaba en una habitación con paredes de espejos y muchas luces.

Martes, 18 de marzo: El romántico

Lo peor de las noches de borrachera es el día que le sucede, sobre todo ese momento en el que despiertas y ves que tus problemas siguen ahí, que solo ha habido un paréntesis y que tu vida continúa como si no hubiera pasado nada. No era la primera vez que me despertaba totalmente desorientada y sin saber dónde me encontraba, pero aquella mañana, lejos de esa súbita inyección de adrenalina que me solía provocar levantarme en camas de desconocidos, me invadió el miedo. Tenía recuerdos demasiado vagos de lo que había sucedido la noche anterior: estaba en el jardín con las chicas, vimos unas luces, llegaron Paul y Callum, nos echaron la bronca por algo que no recuerdo y ¿me cogió en brazos un pavo?

Me incorporé en la cama y vi que había una botella de agua sobre la mesilla de noche. La abrí y, cuando iba a darle un sorbo, me replanteé mi decisión. ¿Y si estaba envenenada? Me la acerqué a la nariz para averiguar si olía a algo extraño. Llevaba una enorme camiseta azul marino con el número 89 bordado en rojo que no era mía. Vi que junto a la cama había un sillón con una funda de un vestido o un traje encima. Debajo había un par de zapatos marrones masculinos que juraría que había visto antes. De pronto escuché unos golpes en la puerta. Me levanté a abrir, pero no me dio tiempo.

—Buenos días, Macarena.

—¿Qué haces tú aquí?

—Te tuve que traer anoche a mi hotel porque no encontré tus llaves en el bolso. Creo que las has perdido.

—No digo aquí, Jason, quiero decir en Londres.

—Tendría que haber llegado ayer por la mañana, pero se retrasó mi vuelo de Nueva York a Londres.

—¿Y por qué me has traído aquí?

—¿Querías que te dejara tirada en la puerta de tu casa? Estabas muy colocada y no dejabas de decir cosas extrañas.

—Podría haberme quedado en casa de Megan. —De repente una duda me asaltó. — ¿Tú me desnudaste?

—Tenías el disfraz de conejita mojado y lleno de barro, no quería que pillaras una pulmonía.

—¡Mierda! ¿Qué hora es?

—Las siete menos cuarto.

—¡Mierda! —dije levantándome de la cama de un salto—. Tengo que irme a casa a cambiarme. ¿Me ayudas a encontrar un cerrajero?

—No hace falta que vuelvas a casa, he bajado a comprarte algo —dijo, señalando al sillón que estaba junto a la ventana.

—¿Hay algo abierto a estas horas?

—Me han abierto la tienda de la planta baja.

—Claro, que eres una estrella —mascullé.

—Estamos en el Ritz, así que solo tenemos que cruzar la calle y estaremos en Gravity.

—Tendría que haberme imaginado que te ibas a quedar en el Ritz.

—¿Qué tiene de malo?

—Que es una horterada, pero supongo que a las modelos les impresiona que las lleves a un

picadero con clase. El picadero de Piccadilly, qué vulgar todo. —Aquella última frase la dije en castellano.

—Creo que he entendido algo de lo que has dicho, me has llamado vulgar. He tenido muchos compañeros hispanos. Aunque no es lo peor que me has llamado hasta ahora.

—No era mi intención evitar que me entendieras, ha sido solo un pensamiento en voz alta.

—Estaré fuera si necesitas algo. Puedes ducharte o hacer lo que quieras, estás en tu casa.

—¿Por qué has vuelto?

—Ya lo sabes, Macarena. Tenemos el anuncio de la campaña.

—Creí que habías salido corriendo como una rata miserable y que le dejarías a Kazinsky el marrón.

—¿Y por qué tendría que salir corriendo?

—Porque eres un cabrón.

—No soy ningún cabrón, pero bueno, todas las revistas dicen que lo soy.

—Te escuché hablando con Norah. Lo escuché todo. También cuando le decías que la querías.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que la dejara por teléfono? ¿Que se enterara por la prensa de que estoy saliendo con otra persona sin haber anunciado nuestra ruptura? Me he ido a Florida solo para decirle que lo nuestro se ha acabado. Llevamos ya mucho tiempo separados, pero teníamos un acuerdo con la prensa para que no anunciara nuestra ruptura hasta dentro de unos meses. ¿Quieres que todo el mundo crea que he sido infiel y la humille públicamente?

—Y si no estáis juntos, ¿a qué viene ese «te quiero»? Venga, a ver qué te inventas ahora…

—¡Porque la quiero, joder! ¿Cómo no voy a quererla si hemos estado tres años juntos? Todavía hay cariño entre nosotros, pero no como pareja.

—No me creo ni una palabra, Jason. Lo siento.

—Puedes preguntárselo a ella misma —dijo mientras me tendía la mano con su móvil—. Venga, llámala si crees que te estoy mintiendo. La noticia tiene que haber saltado ya a los medios de comunicación. ¡Pero si se está follando a un *quarterback* de los *Forty Niners*! Quería hacer las cosas bien, pero tú ni siquiera me has dejado explicártelo. Me echaste de tu casa a patadas y me has bloqueado.

—¿Pero cómo crees que me voy a tragar esa patraña? La verdad es que tienes más agallas de lo que creía. Nunca me hubiera imaginado que fueras a ser tú el que le dijera a Megan y a mi jefe que le vais a dar la campaña a otra agencia.

—Le vamos a dar la campaña a Gravity.

Di un salto hasta el centro de la habitación.

—Por supuesto que le vamos a dar la campaña a Gravity. Es la mejor propuesta, Megan se ha dejado la piel. Por eso fui anoche a su casa, quería que fuera la primera en saberlo.

—Jason, ¡joder! ¿Nos vais a dar la campaña?

—Sí, ya te lo he dicho, es la mejor propuesta de las cuatro.

—¡Joder! ¡Joder!

Me puse a saltar en medio de la habitación como una niña.

—Por favor, no le digas nada a nadie todavía.

—Vale, ya sé lo que estás haciendo. Me has dicho que nos das la campaña para que me acueste contigo y luego irás a Gravity y nos dirás que no.

—Macarena —dijo poniéndose las manos en la cara—, está claro que me va a costar mucho que dejes de dormir con un arma bajo la cama.

—Por supuesto, no confío en nadie. Tengo una lista negra de hombres que me han mentido,

me han utilizado y me han maltratado, y cuando alguien me jode, escribo su nombre en ella, así que como me entere de que me has vuelto a mentir, escribiré tu nombre en mayúscula. Te lo prometo, Roberts, tengo un espacio en blanco guardado para tu nombre.

—Escríbelo, tranquila. ¡Pero hazlo en lápiz, porque lo vas a tener que borrar!

Llegué a Gravity poco antes de las ocho, media hora después de Jason para que nadie nos viera aparecer juntos y volvieran las habladurías. Apenas salí de mi oficina en toda la mañana, pero mentiría si dijera que las dos veces que lo había hecho no me había dejado caer por la sexta planta con la esperanza de que Jason y yo nos cruzáramos en algún pasillo o que coincidiéramos en la cafetería. Aun habiendo fracasado todos mis intentos por fingir un encuentro casual, el caprichoso destino hizo que los dos coincidiéramos en el ascensor cuando nos disponíamos a salir a almorzar, y al contrario que otras veces, no había nadie más en aquel minúsculo habitáculo. Llevaba su reproductor de música en la mano y los auriculares puestos. Y, como de costumbre, estaba bailando y tatareando una canción.

«Y mi papá dijo: aléjate de Julieta
y yo estaba llorando en la escalera
rogándote: por favor, no te vayas.
Y dije: Romeo, llévame a algún sitio donde podamos estar solos,
estaré esperando, todo lo que nos queda por hacer es huir,
tú serás el príncipe y yo seré la princesa,
esta es una historia de amor, cariño, solo di que sí[7]».

Miré de reojo a Jason. Tenía una sonrisa exultante y le brillaban los ojos como si estuviera disfrutando con mi reacción. Sabía que no podía resistirme a sus encantos.

—¿Cómo está yendo la mañana? —dijo.

—Bien, sin más —contesté.

Me rozó el muslo con la mano, intentando en vano que pareciera accidental.

—Te queda muy bien el traje.

—A cualquiera le queda bien un Marc Jacobs.

—Pero a ti mucho mejor. Aunque quedaría mejor sobre la alfombra de mi habitación.

Vi en el reflejo de la puerta del ascensor que me estaba mirando de arriba abajo. Cuando estábamos a punto de llegar a la recepción, el ascensor se paró entre la segunda y la primera planta.

—¿Qué has hecho? —dije.

—Nada, yo no he tocado nada, se ha parado solo.

—¡Ni tú te lo crees!

—Que yo no he tocado nada, te lo prometo. ¿Pero no ves dónde tengo las manos? —dijo en tono jocoso.

—¿Te has creído que nos lo vamos a montar en el ascensor del trabajo?

—¡Que no he sido yo, joder!

—Tengo claustrofobia, Jason —confesé—. Me ahogo, nos vamos a morir como no nos saquen de aquí pronto.

—No nos vamos a morir, Macarena.

Me acerqué a los botones del ascensor y vi que estaban apagados. Apreté el botón de la planta baja, pero no se encendía. Luego probé a pulsar el botón de emergencia, pero no daba

ninguna señal.

—¿Qué has apretado? —dije furiosa.

—Que ya te he dicho que nada, Stuart.

—No te creo. ¿Qué quieres? ¿No tienes bastante con secuestrarme y llevarme a tu hotel? Te tendría que haber denunciado.

—¿Haberme denunciado? Nadie te iba a creer.

—¡Pero si me desmayé!

—Entraste por tu propio pie y me besaste en el vestíbulo.

—Eres un mentiroso —dije, mientras pulsaba todos los botones.

—Pregúntaselo a la recepcionista, te abalanzaste sobre mí delante de ella. Y parecía que estabas encantada de subir a mi habitación.

—Te la habrás tirado y la habrás engatusado como a mí con el cuento del apartamento en Londres.

—No es un cuento. He encontrado un ático al otro lado del parque.

—¡Pues espero que lo disfrutes con Norah!

—¡Que ya te he dicho que he roto con Norah!

—¡Mentiroso!

—Que es verdad. El domingo fui a su apartamento y le dije que había conocido a alguien en Londres, así que teníamos que romper nuestro acuerdo.

—Cállate o se acabará antes el oxígeno —dije.

Se sentó en el suelo del ascensor y tiró de mí hacia él para que le acompañara. Le seguí.

—Vamos a esperar a que vengan a por nosotros. Nos van a sacar pronto, ya verás.

—Pero nos vamos a morir cuando lleguemos al hospital.

—Hay rejillas de ventilación para que no nos quedemos sin aire.

—¿Dónde? Yo no veo ninguna rejilla. La falta de oxígeno puede tener consecuencias fatales en las horas posteriores.

—Por Dios, Stuart, que no nos va a pasar nada, tranquilízate.

—Tú no has visto *This is us*, ¿verdad?

—Vamos a estar bien, no nos vamos a morir, mi vida —dijo, pasando su brazo alrededor de mi cintura—. No voy a dejar que te pase nada, tranquila.

Esperamos sentados a que alguien viniera a auxiliarnos. Jason estaba tan calmado que consiguió que el ritmo de mi respiración empezara a ralentizarse.

—¿Quién me iba a decir a mí ayer que ibas a ser la última persona a la que vería antes de morir? —bromeé.

—Al final me voy a salir con la mía y no me vas a poder incluir en tu lista. Seré recordado como el último novio que no estaba en la lista negra de Macarena Stuart.

—Como Dodi Alfayed. Ya quisieras tú ser merecedor del título de novio.

—¿Y qué hay que hacer para merecer tal honor?

—Si quieres ser original, no ser un psicópata.

Apoyé mi cabeza en su hombro y él me rodeó con el otro brazo que tenía libre. Me acarició el pelo.

—¿Es que nadie se va a dar cuenta de que estamos encerrados?

—Shhh.

—¿Cuánto llevamos aquí?

—Cierra los ojos —dijo, poniendo su mano delante de mi cara.

—Si encima de que estoy encerrada no veo nada…

—Confía en mí y cierra los ojos —interrumpió—. Imagínate que estás en la boda de tu amiga.

—Y hay oxígeno.

—Cállate, Stuart. Imagínate que está sonando tu canción favorita.

—*Lover* de Taylor Swift. Sí, soy una cursi.

—Y miras a tu alrededor y ves a todas esas parejas felices, creyendo que tú nunca encontrarás a nadie que te mire como Ben mira a Olivia, que te coja de la mano y vibre solo con el roce de tu piel y el canto de tu voz. —Acarició mi mano con su dedo pulgar y me tembló todo el cuerpo— Y entonces llega él, el que no esperabas, el que nunca creíste que iba a llegar y te dice que eres el amor de su vida y...

—Va a alquilar un picadero en Londres para echarme un polvo en la pretemporada. Como sigas diciendo cursiladas nos vamos a quedar sin aire.

—Cállate, Stuart. Escuchemos la música.

—¿Qué música? ¿Ya te está afectando la falta de oxígeno al cerebro?

—Shhh.

De repente se escuchó un soplido. Abrí los ojos. Se apagó la luz del ascensor y se encendieron las luces de emergencia.

—¡Ay! Jason, que se va a caer—dije, sujetándome a su cuello.

—No se va a caer el ascensor. Escucha la música.

—La única música que vamos a escuchar va a ser la marcha fúnebre.

—Cierra los ojos y cállate.

Le volví a hacer caso. Me recosté de nuevo sobre su hombro.

—Estábamos en la boda de Olivia y apareció el señor Darcy —dije.

—¿El señor Darcy? Bueno, pues el señor Darcy. Y te sacó a bailar.

—Ni que fuera un perro al que sacan con una correa.

—Stuart, cierra la boca.

—Vale. El señor Darcy me saca a bailar y a las doce se acaba el sueño.

—Este sueño no se acaba nunca porque no es un sueño.

—Sí, porque a mí nunca nadie me saca a bailar.

—Lo importante no es quién te saque a bailar, sino quién te dedica el último baile. Y, tarde o temprano, alguien lo hará.

—Y no desaparecerá al día siguiente.

—Shhh.

—Y dejándome una nota en una servilleta con una falta de ortografía.

—*Y guardarás todos tus chistes más sucios para mí, y en cada mesa te guardaré un sitio*[8] —canturreó.

—Por supuesto que te la sabes. Mira que eres moñas, Roberts.

De repente se escuchó una voz masculina por un altavoz. Los dos nos levantamos del suelo de un salto y nos acercamos a él.

—¿Están bien? —dijo la voz.

—¡Ehhh! —grité—. Estamos encerrados en el ascensor.

—No le oigo. ¿Puede hablar más alto?

—Estamos encerrados en el ascensor —repitió Jason.

—¿En el número tres?

—No, en el número dos —dije.

Se escuchó un estruendo y a continuación sentimos una sacudida que casi hizo que nos

cayéramos al suelo. Jason se agarró al embellecedor dorado de la pared del ascensor y yo a él.

—Ya nos sacan, tranquila —dijo besándome la frente—. Todo va a ir bien.

Miércoles, 19 de marzo: La ex

Por más que la cultura antigua nos quiera culpar de todos los males de la historia de la humanidad, es más que probable que quien haya inventado el concepto de mentira haya sido un hombre. No en vano, fue el diablo en forma de serpiente y no una mujer quien convenció con embustes y malas artes a Eva para morder la manzana, para así culpabilizar a la víctima y no al verdadero causante de todo lo que desencadenaría, causando el primer gran *gaslighting* de la historia de la Humanidad. Para colmo, durante siglos se ha seguido perpetuando la idea de que fue Eva la culpable del pecado original, cuando fueron los dos, Adán y Eva, quienes mordieron la fruta prohibida e inventaron el concepto de infierno que ha servido para que las religiones nos coaccionen durante siglos. Pero la vara de medir quién entra o no al infierno siempre ha sido muy diferente para los hombres que para las mujeres, o al menos eso es lo que siempre se nos ha hecho creer. Puede que la mentira sea el invento más longevo y efectivo de la Historia, porque algo que funciona se explota hasta la saciedad, aunque sepamos que nos puede pasar factura.

No eran pocas las veces que me habían manipulado con el arte de la mentira, tanto que incluso me había convencido de que a ratos es mejor aferrarse a una mentira que ver cómo la verdad te abofetea sin piedad. Aquel día iba preparada para observar mi caída a los infiernos desde el final de la sala con un cubo de palomitas. Todo el mundo estaba nervioso, incluida Megan, a la que no le había contado mi conversación con Jason en el ascensor, solo que nos habíamos quedado encerrados y que había intentado embaucarme una vez más con sus mentiras y sus artimañas de conquistador nato. Si algo sabía hacer muy bien un mentiroso, eso era elegir a las víctimas de sus mentiras. Son como una de esas vendedoras adolescentes de las tiendas de productos de belleza y maquillaje con sonrisas falsas que ven que tienes la cara más seca que una piedra pómez y te acechan con una milagrosa crema hidratante que promete milagros. Te observan, detectan tus puntos débiles y se aprovechan de ellos. Y después te sientes como una imbécil por haberte expuesto cual trozo de carne ante un tiburón hambriento. Sabía muy bien qué iba a pasar aquel día: que Jason Roberts se iba a convertir en mi depredador y yo en su carnaza.

Decidí no asistir al espectáculo, aunque el señor Wilkinson había insistido en que estuviera allí como parte importante del equipo. Me inventé una inoportuna cita con el oculista. Era la excusa perfecta, al fin y al cabo estaba ciega y a punto de perder el juicio. Cuando llegué a la oficina ya pasadas las diez, me encerré en mi oficina, hasta que escuché unas voces que provenían de Contabilidad. Me asomé a través de las rendijas de una de las persianas y vi a Grace, la jefa del departamento, descorchando una botella de champán. Segundos después, alguien tocó a mi puerta. De repente se abrió y entró Louisa.

—¿Me puedes decir qué coños haces aquí encerrada, Macarena?

—Estoy trabajando.

—Creo que no hace falta que te diga por qué tendrías que estar ahora mismo ahí arriba, ¿verdad?

—No veo la necesidad de mi presencia.

—Vale, esto quizás sea culpa mía. Lo admito. Te he presionado mucho con Roberts y me he equivocado. Puede que sea una rata infiel, pero es nuestro socio y ha hecho un buen trabajo. Se merece que estés ahí arriba.

—Estoy terminando unos informes, no puedo subir ahora.

—Maca, no es justo que ni para él ni para Gravity que no estés con tu equipo celebrando

que hemos conseguido el contrato de nuestra vida. Sé que estás enfadada por lo que te ha hecho, pero sube, aunque solo sea por Megan. Se ha dejado la piel en esta campaña.

—Lo sé.

—¿Y entonces por qué no quieres subir y reconocer su esfuerzo? Esto no es solo por nosotros, también es por ATW, y Jason es ATW. Y dejando a un lado una cuestión estrictamente personal, eres la directora de Recursos Humanos y deberías estar aquí. De otra forma, estarás dejando que tu vida personal se inmiscuya en tu trabajo y hasta ahora nunca lo habías hecho. Por favor, te lo pido, sube a celebrar esta victoria con nosotros.

Louisa salió de mi oficina y me quedé un rato sentada intentando mantener la calma. No me había mentido, nos habían dado la campaña. ¿Y si lo había hecho para ganar tiempo? ¿Pero ganar tiempo para qué? ¿Por qué Jason Roberts pondría en juego su prestigio y su dinero por un polvo? Saqué un pequeño espejo que llevaba en el bolso y me miré en él. Parecía un zombi, con el rostro pálido y unas ojeras negruzcas que mostraban que llevaba ya demasiados días durmiendo menos de lo que debería. Abrí la puerta de la oficina y vi que no había nadie en toda la planta, solo Dave de Nóminas, que no levantaba la mirada del teclado aunque cayera una bomba nuclear. Me asomé al vestíbulo y comprobé que efectivamente casi todos debían estar en la sexta planta. Me fui al baño y me lavé la cara, me arreglé un poco el pelo, que estaba algo revuelto, y saqué mi neceser de maquillaje para retocármelo un poco, aunque no esperaba que me ayudara mucho. Mientras revolvía la bolsa intentando encontrar una barra de labios, escuché el chirrido de la puerta.

—¿Te vas a algún sitio?

—Sí, a comer con las chicas. Me estaba arreglando para eso.

—Ya —dijo él, serio—. Es que las chicas están arriba, celebrando.

—No lo sabía, no me han dicho nada.

—Stuart, por favor, ya te he dicho que no estoy con Norah. ¿Qué más quieres que haga?

—No quiero que hagas nada, Roberts —dije dándome la vuelta y poniéndome frente a él—. Nada de nada.

—Pues yo sí que quiero hacer algo.

—¿Qué?

—Quiero besarte ahora mismo. Tendría que haberlo hecho en el ascensor pero temía que te pusieras aún más histérica.

—Cómo os gusta usar la palabra histérica.

—¿A quiénes? Yo estoy solo aquí, no hay nadie más que tú y yo.

—Jason, lárgate de aquí.

—¿Hasta cuándo me vas a seguir haciendo pagar los platos de otros?

—¿Otros? El que me dijo que estaba buscando una casa en Londres mientras tenía novia eres tú.

—¡Norah y yo ya no estamos juntos!

—Claro que no —dije con ironía—. Casualmente habéis roto ahora.

—Mira, Macarena, yo ya estoy cansado de este juego. A veces no sé si solo es desconfianza o, por el contrario, te estás riendo de mí. Estoy intentando ser paciente y entenderte, darte tiempo para que te des cuenta de que yo tengo muy claro que quiero que nos sigamos viendo, pero tú sigues comportándote como una niña con una rabieta. Me voy el viernes a casa a pasar la Semana Santa con mi familia y volveré en mayo para empezar a trabajar en la campaña. Si quieres que nos veamos antes de irme, llámame. Estaré en cinco minutos en la puerta de tu casa. Y si no lo haces, asumiré que no quieres saber nada de mí y no volveré a insistir. Estaré de vuelta

dentro de dos semanas y seguiré trabajando en mi planta y tú en la tuya, solo nos cruzaremos en los pasillos del comedor. Te juro que no insistiré.

Se quedó unos segundos mirándome, esperando una respuesta que no llegó. Había algo en mí que quería decirle que lo intentáramos, pero también estaba esa otra voz que me gritaba que me había mentido antes y seguiría haciéndolo. Se dio la vuelta y salió del baño. Me miré al espejo y me reprendí por no ser capaz de dejarme llevar y dinamitar cada oportunidad que tenía para ser feliz por miedo a salir lastimada. ¿Se pagaría algún día esa maldita voz interior que me advertía de que nadie me iba a querer?

Salí de Gravity y cogí el autobús a casa. Me bajé antes en High Street Kensington a comprar alguna infusión relajante que me quitara toda la tensión a la que había estado sometida durante todo el día. Entré en Whole Foods Market y compré una ensalada, una caja de infusiones de pasiflora y un zumo de arándanos. Me fui a la caja a pagar y el dependiente me dijo que en la planta de arriba estaban ofreciendo un nuevo café de Kenia que acababan de lanzar. Subí por las escaleras mecánicas y vi que había una chica con una bandeja con vasitos de café. Aceleré la marcha en cuanto vi que se iba acercando gente a ella y el número de vasitos iba disminuyendo de manera vertiginosa. Después de estar a punto de tropezarme con una mujer que casi me hizo un placaje de fútbol americano para conseguir un mísero café, llegué por fin a la bandeja. Cuando estaba a punto de coger el último vaso, alguien se me adelantó. Agarró el vasito que debería haber sido mío y siguió hablando con su acompañante. La camarera se fue con la bandeja y me dijo que ya no servirían más café porque el evento estaba a punto de terminar. Me acerqué a la chica que me había robado el último café y que estaba de espaldas a mí.

—Perdone, pero ese vaso es mío —le dije.

—Macarena.

—¿Love? ¿Qué haces tú aquí?

Ella miró su alrededor discretamente como si estuviera buscando la salida. Luego dirigió la vista hacia su acompañante, una chica algo más joven que ella de cabello corto y enmarañado, con varios *piercings* en la cara. Tenía que ser su nueva pareja, porque era idéntica a su exnovia y a su antecesora.

—¿Qué tal te va? —dijo, sin mostrar demasiada efusividad en la pregunta, como si fuera un mero formalismo.

—Estoy bien.

Me miró y me ofreció el vasito. Levanté la mano en señal de negativa.

—Estás muy guapa, como siempre. ¿Estás con alguien?

Le clavé una mirada de desagrado por lo impertinente de la pregunta.

—Perdón, no debería haberte preguntado eso.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que sí? Quiero decir, ¿tu conciencia estaría más limpia si supieras que ya no estoy jodida por tu culpa?

Observé cómo su acompañante, que hablaba con otra chica del grupo, miró de reojo. Era evidente que estaba escuchando la conversación y que debía tener una relación con Love, o al menos intentaba tenerla.

—Maca, yo…

—Disfruta del café y de tu compañía —añadí antes de darme la vuelta, guiñándole el ojo a su acompañante.

Crucé la sala hasta el fondo y llegué al vestíbulo. Apreté el botón de bajada de los tres ascensores y esperé. De inmediato me percaté de que había alguien a mi espalda.

—No ha sido fácil para mí —dijo—. Y no estoy queriendo decir que yo haya sufrido más que tú, solo que no quiero que pienses que no lo he pasado mal y que no me importabas.

—Mucho no te importaba cuando me dejaste y no quisiste saber nada más de mí —espeté —. Ni siquiera tuviste los ovarios de decirme por qué lo hacías.

—Sí que lo hice, Maca.

—No, me dijiste que era por ti cuando tú y yo sabemos que el problema era yo, que no querías comprometerte a nada conmigo.

—No quería comprometerme porque no me gustan los compromisos y las imposiciones, ya lo sabes.

—Claro, porque pedirte que no le comas el coño a otras cuando tú misma insististe en que querías una relación exclusiva es una imposición. Love, por favor, que podré estar loca, pero no soy estúpida. Estábamos las dos aisladas en aquel puto agujero donde la soledad te cortaba la piel y necesitabas a alguien que te hiciera los días más llevaderos. Y no te culpo, pero cuando salimos de allí me hiciste creer durante mucho tiempo que yo era alguien especial con quien querías algo más que pasar el rato. Creí que me querías de verdad.

—Y te quería, Maca, pero no quería tener lo que tú deseabas.

—¿Y por qué no me lo dijiste y me hiciste creer que la culpa era mía?

—No te hice creer que la culpa era tuya.

—¿No pensaste ni por un segundo que alguien a quien han dejado tantas veces sin una explicación sincera, hasta el punto de producirle un trauma, necesitaba una razón más detallada que un «no puedo hacerlo, lo siento»? ¿Crees que porque estoy pirada no sé qué está bien y qué está mal?

—Creo que las dos esperábamos cosas diferentes de nuestra relación.

—No, querida, yo esperaba tener una relación contigo y tú solo querías un hombro en el que llorar y buen sexo y, una vez más, cuando te diste cuenta de que eso te impedía seguir viviendo experiencias nuevas y excitantes como follarte a una desconocida en el ascensor del Sky Garden, saliste corriendo, después de pasarte semanas haciéndome creer que yo era el problema.

—Eso no es exactamente así, Macarena, porque yo…

—¡Tú, tú y tú! ¡Siempre tú! ¿Me puedes decir qué hay de incierto en lo que he dicho?

—No es que haya algo incierto, es que…

—¿Fue culpa mía?

—Tampoco he dicho que sea culpa tuya.

—Contesta a mi puta pregunta y déjate de gilipolleces, Love.

—No sé qué quieres que te diga, porque tú vas a seguir pensando que…

—¿Fue culpa mía? Di sí o no, ¡joder!

—Maca…

—¡Que me contestes a la puta pregunta, Love! ¡Contesta, joder! ¿Fue culpa mía?

—No. No fue culpa tuya. Yo creía que te quería, pero no era así. No te puedes imaginar lo mal que me sentía por no quererte como te merecías, pero no era el tipo de relación que quería. Y no podía decírtelo porque eso te rompería el corazón.

—¡No me jodas! ¿Creías que te iba a obligar a quedarte a mi lado? ¿De verdad crees que soy una de esas tías patéticas que no saben estar solas y prefieren vivir con alguien que no las quiere?

—Lo siento, Maca, debí ser clara contigo en vez de hacerte creer que sentía lo mismo que tú.

—Admítelo de una puta vez, Love. Te venía de puta madre tener los beneficios de una

relación, pero pudiendo tirarte a quien te diera la gana. Recibir todo sin dar nada a cambio. Eres una puta egoísta. Vete a tomar por culo.

De pronto noté como si algo dentro de mí que creía muerto empezara a despertar, como si las piezas del puzle se buscaran entre ellas para volver a unirse y dejar de ser una parte para convertirse en un todo. Las puertas del ascensor se abrieron y entré en él. Me di la vuelta y, cuando se volvieron a cerrar, sentí una inmensa sensación de alivio. Se había acabado, por fin. Yo no era el problema.

Jueves, 20 de marzo: El detallista

Aquella mañana parecía que nadie estaba dispuesto a trabajar en Gravity, y no solo porque se acercara el viernes. En la oficina ya se respiraba un ambiente festivo que, unido a la celebración por la campaña, había provocado que tuviera que cerrar la puerta de la oficina para escapar del bullicio y poder concentrarme en el trabajo. Subí a las once a por un café y no pude evitar asomarme al pasillo del fondo para ver si Jason estaba en su oficina. Vi que estaba sentado delante del ordenador, con un jersey estampado horrible y esos vaqueros desgastados que se había puesto hacía un par de semanas y le hacían un culo impresionante. Parecía que hablaba con alguien y que le divertía la conversación a juzgar por su amplia sonrisa. Asumí que sería Kazinsky, hasta que vi una cabellera rubia platino. ¿Qué hacía Cara en la oficina de Jason? De repente giró su cabeza en mi dirección y me vio. Salí corriendo hacia el comedor, donde se encontraba gran parte de la plantilla. Cuando me acerqué para coger un vaso de cartón, el grupo se calló y me miró de una forma extraña. Me serví un café y volví a mi oficina, esta vez evitando a Jason.

Terminé un par de tareas pendientes antes de bajar a comer y busqué en internet un regalo para Callum, que cumplía años a principios de abril y cuya fiesta de cumpleaños se iba a celebrar a mi vuelta de la boda. De pronto se abrió una pestaña emergente de un periódico británico y me quedé perpleja cuando vi el titular. Acto seguido, escribí un mensaje en el grupo: «SOS, emergencia en la planta 2». Las chicas no tardaron ni cinco minutos en aparecer.

—¿Qué pasa? —dijo Megan.

—Cierra la puerta, Lou —susurré, mientras bajaba las persianas para que toda la gente que estaba de pie alrededor de las cristaleras de mi oficina no nos viera—. Tengo que enseñaros una cosa.

—¡Dime que no te has tatuado nada en el coño!

—Muy graciosa, Lou.

Les pedí que se acercaran a la pantalla del ordenador.

—Norah Willis confirma su ruptura con Jason Roberts—leyó Megan en voz alta.

—¡Así que es verdad, joder! —dijo Louisa.

—La exmiss América —prosiguió Megan— confirmó ayer en la puerta de la mansión del exjugador de los Eagles, que estaba abandonando con sus maletas en aquel momento, que su relación ha terminado y todo apunta a que Roberts le fue infiel con una modelo británica.

—Así que ahora eres modelo —dijo Louisa.

—Creo que hablan de otra.

—Espera, que pone que hay un vídeo.

Megan abrió el enlace mientras yo conectaba el altavoz del ordenador. En él se veía a Norah saliendo de la casa de Jason en Florida con el cabello enmarañado recogido en una coleta y ataviada con un chándal amarillo con imágenes de gatitos. A su alrededor, una decena de periodistas con micrófonos y flashes se agolpaban hambrientos de la jugosa exclusiva. Una periodista le preguntaba que cómo se encontraba y ella decía que estaba devastada y que, por favor, entendieran su dolor, que todo estaba muy reciente y era demasiado doloroso como para hablar de ello.

—¡Venga ya! —exclamé—. ¿Devastada? ¡Pero si no están juntos desde hace meses, si ella se está tirando a un quarterback!

—Eso sí, devastada, pero maquillada como una puerta —se jactó Megan.

—No hay nada como ponerse un chándal del Wallmart para perder toda la dignidad que te queda —dijo Louisa—. Eso sí, con un pedrusco de Tiffany's en el dedo y unos Miu Miu, que se note que una está devastada, pero forrada. Porque ella llora, pero no se seca las lágrimas con klínex como el pueblo llano, lo hace con billetes de quinientos dólares.

—¡Menuda zorra! ¡Pero si llevan meses separados!

—O eso es lo que a ti te ha contado.

—Lou, solo hay que leer los periódicos de los últimos meses para saber que no se han visto demasiado —dijo Megan—. Después de la Super Bowl, Jason estuvo mucho tiempo en el hospital y luego recuperándose en casa de sus padres, mientras ella estaba en un *reality* y después en Hawaii en ese programa de supervivencia. Todos los medios hablaban de ello e incluso criticaban que ella no hubiera estado a su lado durante su recuperación. ¿Cuántas veces se habrán visto en los últimos meses? ¿Dos?

—¿Cómo sabes todo eso, Meg? —dije asombrada—. ¿Es que eres fan de Jason Roberts y me acabo de enterar?

—Me lo ha contado Callum, que él ha seguido toda su carrera desde que empezó a jugar con los Eagles. Y también cree que Norah y él no están juntos desde hace mucho tiempo, pero que ni siquiera han podido coincidir para romper. ¿Y ahora qué vas a hacer, Macarena?

—¿Y qué queréis que haga yo? ¿A mí qué me importa?

—Bueno, es que no te ha mentido como tú creías —dijo Megan.

—Pero estaba con otra cuando le dijo que no tenía nada —espetó Louisa.

—Nunca me dijo que no estuviera con nadie, simplemente no me habló de Norah y me dijo que quería seguir viéndome.

—Pues entonces no te ha mentido, Macarena —puntualizó Megan.

—Pero no se puede tener una relación estable con alguien que vive en otro continente y, además, es conocido por ser un mujeriego —dijo Louisa—. ¿Quién te dice que en realidad no haya una modelo británica por algún sitio como dicen los medios?

—Los medios cuentan muchas mentiras —dijo Megan.

—Vale, y entonces creemos lo que nos cuentan cuando nos interesa y cuando no, no. ¿Eso es lo que estás diciendo, Meg?

—No me compares una declaración de Norah con un rumor infundado de un periodista del corazón que cobra por sacar la mierda de los famosos, Lou.

—Infundado para ti, Meg, que te crees lo que te conviene cuando te conviene, como que tu novio se ha ido un fin de semana a un spa a fotografiar monos follando —dijo Louisa colérica.

—Pues para tu información, Callum no se fue a un spa con otra, se fue a ver el sitio donde nos vamos a casar —dijo Megan con un inconfundible gesto de orgullo mientras extendía su mano izquierda y mostraba un brillante anillo con brillantes engarzados.

—¡Dios mío, Megan! ¡Por fin te lo ha pedido! —grité exaltada.

—Sí, Henry le habló de un sitio precioso donde celebraban bodas en la playa, con vistas a los acantilados. Aprovechó que estaba allí por lo de su tío y fueron a visitar el lugar. Nos casamos en septiembre.

—Enhorabuen, Meg —dijo una Louisa avergonzada.

—¿En septiembre de este año? ¡Vaya! Pues otra boda a la que voy a asistir rodeada de felices casadas y pavos que hacen gluglú.

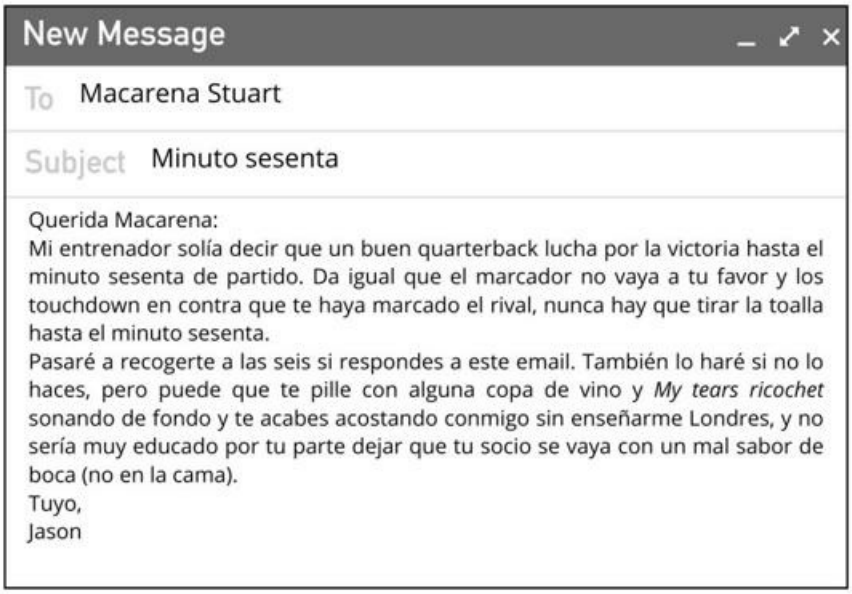
—Bueno, tu pavo macho ahora está libre y puede que quiera dejar de hacer gluglú contigo.

—Esto no cambia nada, Megan. Me mintió.

—No, Macarena, no te habló de Norah porque para él no es algo importante que deba mencionar.

—Bueno, Meg, yo creo que sí es importante decirle a alguien con quien quieres iniciar una relación seria que estás con otra persona —aclaró Louisa—. Y si su relación ya había acabado, ¿por qué ocultarlo?

De repente miré a la pantalla y vi una notificación de un e-mail entrante. Era de Jason.



Me sonrojé, pero aun así las chicas no se percataron de lo que estaba pasando porque seguían discutiendo. Mientras tanto, respondí al mensaje con una sola palabra. «Touchdown».

Como un perfecto caballero británico, Jason llegó a recogerme a casa a las seis en punto. Llevaba puestos los mismos pantalones de aquella mañana, pero con una sudadera de los Eagles y un abrigo, consiguiendo ese aspecto casual, pero sin duda planificado al milímetro para no parecer que quieres impresionar a una mujer. Era tan arrolladoramente guapo y tenía una sonrisa tan encantadora que ya incluso había dejado de ver horteras sus alegres y coloridos atuendos.

Cogimos el primer autobús que llevaba al centro y subimos al piso de arriba. Durante el trayecto, el cual recorría algunos de los lugares turísticos más conocidos como las casas del Parlamento Británico, Trafalgar Square y Tower Bridge. Parecía tan interesado por los orígenes y la historia de Londres, que le hablé del gran incendio de 1666 y del influjo de la ciudad en la literatura. Nos bajamos en Whitechapel y recorrimos sus calles adoquinadas con un grupo de turistas y un guía que nos iba mostrando los lugares donde Jack el Destripador asesinó a sus víctimas. A los ojos de aquellos turistas que nos miraban con cierta envidia y ternura, Jason y yo parecíamos una pareja de enamorados que recorría la ciudad, ya que él no escatimaba en detalles y atenciones. Buscaba cualquier excusa para dedicarme toda clase de muestras de cariño, desde besar mi mano en medio de cualquier conversación hasta sujetarme por la cintura para cederme el paso.

Cuando acabó la ruta guiada, fuimos a un pub cercano al mercado de Spitalfields que Jason había frecuentado en su última visita a Londres y que prometía que hacía las mejores hamburguesas de la ciudad. Pedimos dos dobles con queso y pepinillos y dos pintas, y cuando

nos las acabamos, Jason se empeñó en que nos tomáramos un cóctel en un pequeño bar al final de un callejón. Bromeé sobre lo sórdido que parecía aquel lugar para una estrella del fútbol como él y volvió a soltarme aquello de que era un chico de pueblo con dinero, pero gustos sencillos. El pub era antiguo, con suelo de madera oscura, paredes forradas de fotografías de estrellas del rock de finales del siglo XX. También había una antigua jukebox. Cuando vino el camarero, le pidió dos *dark Mary*.

—¿Siempre eliges lo que van a beber tus acompañantes?

—Es que tienes que probar el *dark Mary*. Me lo ha recomendado una chica el tour. Se llama así en honor a Mary Jane Kelly, una de las víctimas de Jack el Destripador.

—Cuando se lo cuente a Megan le va a encantar.

—Es una poción mágica —dijo guiñando un ojo—. Dicen que cuando la tomas, te enamoras de un exfutbolista. Perdón, un exfutbolista americano. No te preocupes, no lleva alcohol.

—Vaya, veo que no eres el único del que se habla en los pasillos. ¿Ya te han contado lo del psiquiátrico?

—Creo que con todo lo que sé de ti podría escribir tu biografía.

—Pero es muy probable que fuera una novela de ficción, porque solo el uno por ciento de lo que cuentan es verdadero.

—Lo mismo que me pasa a mí con la prensa, que solo una pequeña parte de lo que publican es verdad.

El camarero vino con los cócteles. Le di un sorbo al mío y comprobé que sabía a frutos rojos con un suave toque a lima.

—Te propongo un juego —dijo Jason—. Juguemos a verdadero o falso. Tú me dices algo que has escuchado de mí y yo te digo si es verdad o mentira, y yo hago lo mismo contigo.

—¡Trato hecho! —dije estrechándole la mano—. Será divertido. Empiezo yo. Te quieres mudar a Los Angeles porque te encanta ser famoso, asistir a fiestas llenas de famosos como las Kardashian y quieres seguir saliendo en la prensa ahora que te has retirado.

—¡Guau! ¡Empezamos fuerte! Sí y no.

—Eso no es una respuesta válida, Jason. ¿Verdadero o falso?

—Llevo meses intentando llegar a un acuerdo para comprar un pequeño equipo de fútbol y llevarlo a la liga nacional. Es uno de los pocos sueños que me quedan por cumplir. Tendría que adquirir una casa en Los Angeles porque pasaría largas temporadas allí, por supuesto, pero no tendría mucho tiempo para fiestas nocturnas con las Kardashian entre viajes a Londres y trabajo.

Cuando pronunció la palabra Londres me miró fijamente y me rozó la mano con su dedo índice, provocando un cosquilleo en todo mi cuerpo. La aparté y cogí mi copa de inmediato.

—Eres un experto en este juego —dije sonriendo.

—Ahora me toca a mí. Voy a empezar por la más escabrosa y surrealista de todas las cosas que he escuchado sobre ti.

—Venga, dispara.

—Tienes un ex en la cárcel por matar al novio de tu amiga.

—Verdadero.

—¡Joder! —exclamó sorprendido—. Esta parecía demasiado escabrosa para ser verdad.

—Es una larga historia de la que prefiero no hablar.

—Pues no hablemos de ello. Es tu turno.

—Le prohibiste la entrada a uno de tus restaurantes de Florida a Kanye West y casi llegáis a las manos.

—Iba borracho, no tenía reserva y quería que cerráramos el restaurante para él y sus

amigos. Un sábado por la noche con el salón abarrotado. ¿Tú qué crees?

—Que eres *swiftie*.

—Y por supuesto que lo soy, Taylor y yo somos amigos, pero eso no tiene nada que ver con los hechos —dijo levantando una ceja.

—¡Conoces a Taylor! Claro, conoces a mucha gente. Pero no le echaste por eso, estoy segura de que no mezclarías nunca lo personal con los negocios. —Le guiñé el ojo y él se ruborizó—. Es una putada cerrar un restaurante para un tío que se podría haber gastado solo unos cuantos miles de euros en botellas de champán para sus amigos ricos.

—Totalmente. Es una cuestión de principios y respeto a nuestros clientes.

—Claro —dije antes de mirar mi móvil.

Me había llegado un mensaje de Sven. Era un escueto «hola, nena».

—¿Todo bien? —dijo Jason poniendo su mano sobre la mía. La aparté de inmediato.

—Sí —dije guardando mi teléfono móvil en el bolso—. Te toca.

—No tengo nada más que preguntar.

—Venga, Jason, no seas aguafiestas, vamos con los detalles escabrosos. Lo del ex en la cárcel es lo más soso de mi vida.

—Me da igual —dijo aproximando su taburete al mío.

—He estado dos veces en un hospital psiquiátrico.

—¿Quién no ha estado a punto de volverse loco alguna vez? Yo lo estoy ahora mismo —dijo, acercándose cada vez más.

—Y me he liado con la mitad de los novios de Olivia.

—Todos hemos cometido errores —insistió, poniendo su mano derecha sobre mi pierna.

—Jason, esto no va a salir bien.

—Shhh —insistió, besando mi cuello.

—Jason…

De repente se levantó y se acercó a la jukebox. Introdujo una moneda en la ranura y eligió una canción en la pantalla. Era Love de Lana del Rey. Se dirigió otra vez a la mesa, pero en vez de volver a sentarse en su taburete, alargó la mano hacia mí y me obligó a levantarme. Acercó su cuerpo al mío y me cogió de la cintura. Le observé extrañada y luego miré a nuestro alrededor. La poca gente que había en aquel pub parecía absorta en sus conversaciones. Nadie bailaba. Apoyó su barbilla en mi hombro y me obligó a moverme al ritmo de la música.

—Jason, no creo que pueda…

—¡Ay! —exclamó—. Me has pisado.

—Perdón.

—¿Y por qué no? Si es muy fácil. Solo tienes que balancearte hacia un lado y hacia el otro al ritmo de la música. Sin pisar.

—Jason, no pode…

—Shhh… cállate.

Me dio un beso en el cuello que hizo que se me erizara la piel.

—Es mi turno —conseguí decir mientras movía la mano que tenía en la cintura hacia abajo —. Te has acostado con más de mil mujeres.

—¡Ojalá! No te podría decir un número exacto, no soy de hacer listas como tú —dijo esbozando una sonrisa pícara—, pero no creo que la cifra llegue ni a la mitad.

—Vaya… quinientas, me quedo más tranquila —ironicé.

—¡Ay!

—Perdón, te he pisado otra vez.

De repente se detuvo y puso sus manos en mis mejillas.

—Lo importante no es con cuántas personas bailas, sino a quién le dedicas tu último baile. Y quiero que tú seas mi último baile, Stuart.

Viernes, 21 de marzo: El bloqueador

Durante muchos años pensé que los grupos de ayuda, la terapia y la medicación algún día solucionarían todos mis problemas. Pronto descubrí que exponer mis heridas en público no era lo mío sino que, por el contrario, escuchar a todas esas mujeres que contaban cómo el amor las había salvado lo único que hacía era afianzar en mí más la creencia de que mi estado emocional tenía que depender de otros. Poco después descubrí que la terapia individual me resultaba más efectiva, aunque me hacía recordar todo lo que mi mente quería enterrar para siempre. La medicación era solo un remedio artificial y pasajero, que no arreglaba nada, solo hacía que durante un breve espacio de tiempo me olvidara de que estaba rota. No obstante, una vez dejaba de hacer efecto, las fisuras volvían a ser visibles, al menos para mí. Y entonces decidí poner mi corazón en modo avión y mis instintos en piloto automático. Creía que despertar en camas de hombres sin rostro que nunca me destrozarían el corazón sería la píldora que necesitaba, aunque en realidad solo era un placebo.

Me di la vuelta con cuidado y le miré mientras dormía plácidamente. No era la primera vez que disfrutaba de mi extraña filia por observar a otros mientras dormían y Jason ya me había sorprendido haciéndolo nuestra primera vez. Dormir como un bebé era algo que no había experimentado desde que era pequeña. Hacía años que no conseguía yacer inmóvil durante varias horas sin despertar en medio de la noche aterrada y perdida. Mis pesadillas sucedían sin ninguna causa aparente o hecho que las provocara. Siempre se repetía el mismo patrón: perros o animales salvajes persiguiéndome mientras corría en la oscuridad. No podía verlos, pero podía escuchar sus jadeos cada vez más cerca de mí, a veces incluso sentía su aliento detrás de mi nuca. Cuando estaban a punto de alcanzarme y destrozarme con sus enormes mandíbulas, me despertaba.

Mientras le observaba, pensaba en que era la criatura más bella que había visto nunca. Por unos segundos pensé que él sí podría convertirse en mi salvación, que podría ser quien acabara con mis pesadillas y matara mis monstruos. Acaricié la línea de su poblada mandíbula y me incorporé para que mis labios alcanzaran sus mejillas. Apenas se movió, pero esbozó una leve sonrisa que revelaba que aquel beso había traspasado la línea entre lo terrenal y lo onírico. Miré hacia el frente y observé mi reflejo en el espejo. Me aterró. Estaba llena de felicidad, pero mis cicatrices seguían siendo visibles, centelleantes, resplandecientes, más relucientes que nunca. Jason seguía ajeno al veneno que empezaba a regurgitar en mi garganta y que se iba extendiendo poco a poco por todo mi cuerpo. Minutos después, se despertó, se dio una ducha y volvió al hotel para preparar su maleta. Iba a Kansas a pasar la Semana Santa con su hermano y sus sobrinas. Era su cumpleaños y hacía tiempo que no se veían. Lo repetía una y otra vez, como si se estuviera excusando de algo.

Para las nueve de la mañana ya tenía todo preparado y estaba esperando a que Louisa me recogiera para ir al aeropuerto. Llegó antes como de costumbre, ya que como buena virgo se anticipaba siempre a cualquier imprevisto. Durante todo el camino estuve dándole vueltas a todo lo que había pasado la noche anterior. ¿Debía confiar en la palabra de un hombre que apenas me conocía y ya me había mentido? ¿Estaba dejándome llevar por la desesperación y haciéndome ilusiones con alguien que con toda probabilidad me acabaría fallando? Saqué mi teléfono móvil y vi que tenía un mensaje suyo. «Espero que tengas un buen viaje. Nos vemos en dos semanas».

—¿Qué has hecho ahora?

—¿Cómo que qué he hecho? ¿Por qué siempre tienes que suponer que la he cagado?

—Porque llevas todo el camino sin decir ni una palabra y eso significa que has hecho algo que no me quieres decir. Suéltalo de una vez.

—¿Y no te has parado a pensar que igual no te lo quiero contar porque estoy hasta el coño de que me juzgues?

—Dios mío, dime que no te has vuelto a tirar a Roberts…

—¿Y qué pasaría si lo hiciera? Tú te tiraste a un tío durante todo un verano y luego te casaste con Paul.

De repente noté que Louisa me clavaba los ojos como si fueran dos puñales. No la estaba mirando, pero podía intuir su rabia por la forma brusca de cambiar las marchas y el derrape al entrar al aparcamiento del aeropuerto. Cuando detuvo el coche, emitió un resoplido.

—Estoy harta de que utilices lo que te cuento para juzgarme. Lou, necesito una amiga que esté a mi lado cuando meta la pata, no alguien que me haga sentir más culpable. Ya sé que no hago más que cagarla, no hace falta que me lo recuerdes. Si tú vas a recriminarme cada paso en falso que doy, yo voy a empezar a hacer lo mismo. Tú no estás para darme lecciones morales, no eres perfecta.

—No, no lo soy —dijo abatida— y supongo que me merezco que me hables así. Está claro que soy la menos indicada para darte lecciones de nada, pero nunca ha sido mi intención hacer que te sientas mal. Siempre te he aconsejado lo que he creído que era mejor para ti, pero ya veo que piensas que soy una zorra que solo quiero darte lecciones de moral cuando yo soy lo peor.

—No pienso que seas lo peor, solo que a veces tu forma de tratarme cuando estoy en la mierda es muy cuestionable. Eres cruel y despiadada, no mides tus palabras y me haces daño. Entiendo que no compartas mis decisiones, pero son mías y tengo derecho a tener mi propio criterio. Pero es muy fácil jugar cuando sabes que tu rival tiene malas cartas y él no tiene ni idea de las tuyas.

—Está bien. Pues juguemos. ¿Eso es lo que quieres? ¿Tener algo con lo que atacarme?

—Igualdad de condiciones, Lou.

—Vale, pues ya tienes algo que utilizar cuando te aconseje que no te líes con tíos que te van a acabar jodiendo. Sí, Macarena Stuart, soy una golfa que le puso los cuernos a su marido cuando éramos novios. Pero lo que tú no sabes es que estuve a punto de cometer el mayor error de mi vida.

—¿A qué te refieres?

—Conocía a Tony desde que éramos pequeños. Siempre me había gustado, pero hasta ese verano él no se empezó a fijarae en mí. Creí que me quería de verdad, que éramos el uno para el otro. Estaba loca por él y estuve a punto de dejar a Paul al final del verano, pero entonces me enteré de que Tony había estado con otra chica y estaba embarazada de él.

—¿Cómo? No entiendo nada.

—Tony se había liado antes del verano con la novia de su mejor amigo y la chica estaba embarazada. Ella y el bebé que esperaban también murieron en el accidente. Yo soy la única que sé la verdad porque Tony me lo confesó horas antes de subirse al coche.

—¿Y lo sabe la familia de Tony?

—Por supuesto que no. Intenté decírselo varias veces, pero no pude. ¿Cómo voy a decirles que su hijo no es el ser humano maravilloso que ellos creían y que en realidad solo quería aprovecharse de mí? Mi padre confiaba tanto en él que le dio trabajo en verano en una de sus tiendas. ¿Y sabes qué hizo? Le robó.

—¿Tony robó dinero de la tienda?

—Sí. Él era el único que tenía acceso a la recaudación cada noche y desaparecieron cinco

mil libras. Fingió que otro empleado las había robado. No era la primera vez que desaparecía dinero de la tienda, pero mi padre nunca pensó que él tuviera algo que ver. Cuando lo descubrió quiso denunciarle, pero le convencí de que no lo hiciera. Aquella noche, Tony y Libby se iban a escapar con el dinero de mi padre, pero acabaron muertos en una cuneta.

—Louisa, lo siento, no quería que…

—Bueno, pues ya tienes algo escabroso y reprobable que echarme en cara cada vez que te aconseje que no te ciegues con un tío. Ya me puedes decir: tú estabas con un tío que se follaba a otra y le robaba a tu padre. Supongo que me lo merezco.

—Sabes que no lo voy a hacer, Lou. Quiero preguntarte algo más…

Louisa resopló.

—Quieres saber por qué he estado faltando al trabajo.

—Sí. Creo que es justo que me cuentes qué está pasando ya que tú sabes toda mi vida. Y que me des la oportunidad de ser una buena amiga e intentar entenderte. Viene en el contrato de amistad. Sección tercera, punto dos.

Sonrió y me miró con lágrimas en los ojos.

—Paul y yo estamos intentando ser padres. Hemos tenido que recurrir a la inseminación artificial y he tenido varios problemas. Esta es la tercera y última vez. Si no sale bien, no lo vamos a intentar nunca más. Lo que más quiero en este mundo es tener un hijo con Paul. Sé que no lo soportáis, pero es el amor de mi vida y estoy segura de que va a ser el mejor padre del mundo.

La atraje hacia mí y la abracé. Las dos permanecimos abrazadas durante unos segundos.

—Dios, Maca, no sabes el peso que me he quitado de encima. No sabía que necesitara soltarlo.

—Claro que lo necesitas, y debes hacerlo más. Siempre estaré aquí para lo que me necesites.

Se secó las lágrimas y cogió su bolso del asiento trasero.

—Venga, que tienes que coger un avión.

—Sí, tengo una boda divertidísima con un montón de casados.

Louisa salió del coche. Me ayudó a sacar la maleta y de repente se abalanzó sobre mí. Me apretó contra su pecho con tanta fuerza que por un segundo creí que me iba a ahogar.

—No todos los tíos son como Tony. Si crees que Roberts no lo es, dale una oportunidad.

Louisa me dejó en la zona de salidas de la terminal 5 y busqué el mostrador de facturación de mi vuelo en las pantallas. Me dirigí hacia allí y me puse en la cola. Mientras esperaba mi turno, le escribí un mensaje a Olivia. «Ya estoy en el aeropuerto». Facturé mi maleta y fui hacia el acceso a la zona de embarque. Cuando estaba a punto de llegar al control de seguridad, escuché una voz masculina gritando mi nombre. Me giré y le vi, con las cuencas de los ojos hinchadas y el lagrimal enrojecido.

—Se me ha ocurrido algo. Es una locura, lo sé, pero creo que debería ir contigo a la boda —dijo, señalando una pequeña bolsa de mano—. Todavía hay billetes. Puedo pasar contigo dos días en Madrid e irme a Estados Unidos desde allí.

—No.

—¿Por qué? ¿No quieres que conozca a tus amigos?

—No es eso, Jason.

Me miró fijamente y pareció leer mis pensamientos.

—Creí que después de anoche habías vuelto a confiar en mí. ¿Sigues empeñada en que te

voy a engañar o te voy a dejar como todos tus ex?

—No, no es eso. Es que esto no va a llegar a ningún lado. Somos muy distintos, no va a funcionar.

—Dime por qué, Macarena. ¿En qué somos tan distintos y cuál es ese obstáculo tan insalvable que hace que no podamos ser felices juntos?

—Tú tienes tu vida en Estados Unidos y yo no voy a dejar mi vida en Londres.

—Si es eso lo que te preocupa, ya te he dicho que a mí me da igual vivir aquí que en Florida. Ahora mismo lo único que quiero es que pasemos más tiempo juntos y nos conozcamos.

—Ahora, Jason. Ahora todo es nuevo y excitante. Pero dentro de unos meses será un incordio, un inconveniente, demasiado esfuerzo para poder vernos solo unos días. Te cansarás de que siempre me queje del poco tiempo que pasamos juntos, porque nunca va a ser suficiente, y acabaremos discutiendo cada vez que nos veamos, hasta que te des cuenta de que esto nunca va a funcionar y no vuelvas.

—Macarena, joder, es demasiado pronto para empezar a pensar en que todo se va a ir a la mierda. ¡Pero si apenas ha empezado! Ayer hablé con el dueño de ese apartamento que te dije que vi y no lo voy a alquilar, lo voy a comprar. ¿Es que no te parece suficiente? Estoy dispuesto a sacrificar cualquier cosa por ti, por nosotros, porque creo que podrías ser la mujer de mi vida. Macarena, no necesito ni semanas ni meses para saber qué es lo que quiero. Quizás esta no sea la primera vez que alguien te ha dicho esto y te ha traicionado, entiendo tu desconfianza, pero ahora mismo lo apostaría todo por nosotros.

—Eso es precisamente lo que no quiero que hagas, que sacrifiques todo por un capricho. No quiero que renuncies a tu sueño de tener un equipo de fútbol, una gran familia, un rancho en Kansas y una vinoteca por algo que no sabemos a dónde va llegar. Yo nunca te voy a dar nada de eso. No quiero que esto se vaya a la mierda y me acabes echando la culpa de haber dejado todo por mí.

—Los sueños cambian, Macarena, todos cambiamos y un día empezamos a querer cosas diferentes, sobre todo cuando descubrimos que algo nos hace tan felices que ni siquiera habíamos llegado a soñarlo. Por eso lo mejor es dejarse llevar y que la vida nos sorprenda con una nueva ilusión, un nuevo objetivo o una nueva persona que nos haga olvidarnos de todo lo que habíamos deseado. Perseguir nuestros sueños a veces no nos deja ver la realidad. No siempre lo que soñamos es mejor ni nos va a hacer más felices. Pensemos solo en lo que tenemos ahora, sin importar qué nos va a deparar el futuro.

—Es que no puedo dejarme llevar, Jason, porque cuando dejes de apostar por lo nuestro tendré que lidiar no solo con un corazón roto, sino con un ex que aparecerá en todas las revistas de cotilleos del planeta haciéndome muy difícil olvidarle.

—No me puedo creer que sigas desconfiando de mí. ¿Crees que si no lo tuviera claro me compraría un piso en Londres y trasladaría a todo un equipo de trabajo por un capricho? No te entiendo. ¿Entonces qué quieres que haga para que te des cuenta de que esto no es algo pasajero y de que de verdad creo en que lo nuestro tiene futuro?

—No quiero que hagas nada, no quiero que cambies nada por mí.

—Da igual lo que diga, ¿verdad? Ya has decidido tú misma que yo no soy tu señor Darcy. Haga lo que haga no va a cambiar tu opinión.

—Jason, yo…

—Dices que quieres una cosa y, cuando te la dan, la rechazas. No sabes lo que quieres. Tienes delante de ti a un hombre que daría todo por ti y lo descartas porque te da miedo arriesgarte. Que seas muy feliz, Macarena Stuart. Espero que encuentres lo que buscas, de

verdad, que algún día alguien te diga que quiere pasar contigo el resto de su vida y no salgas corriendo.

Cogió su bolsa de piel del suelo y se la colgó en el hombro derecho. Por un segundo pareció que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Le observé impasible mientras recorría el largo pasillo que comunicaba las dos terminales hasta que se perdió entre la multitud. Solo entonces deseé correr hacia él, derrumbarme en sus fuertes brazos y confesarle que mis sueños también habían cambiado, que solo quería estar con él y que quería intentarlo; pero no lo hice.

Recorrí la terminal hasta llegar a la puerta de embarque y varias veces estuve a punto de retroceder y salir en su búsqueda; pero no lo hice. Me subí al avión y, cuando la azafata anunció que iban a cerrar las puertas, deseé con todas mis fuerzas abrir la salida de emergencia y correr por toda la pista hasta encontrar la enorme aeronave de dos plantas de American Airlines en el que Jason se iría para no volver, como si estuviera en una de esas estúpidas películas románticas que tantas veces había visto con Olivia; pero tampoco lo hice.

Desde la pista de despegue pude observar a lo lejos el gran coloso, que se iba haciendo cada vez más pequeñito hasta que se desvaneció en el horizonte, como la que podría haber sido mi última oportunidad para ser feliz.

«Señores pasajeros, bienvenidos al aeropuerto de Madrid-Barajas Adolfo Suarez. Por favor, permanezcan sentados mientras el avión está en movimiento. Los teléfonos móviles deberán seguir desconectados hasta que la aeronave se detenga por completo, así que, por favor, señorita Stuart, deje de mirar si tiene alguna llamada perdida de Jason Roberts. Después del numerito de esta mañana no creemos que la vuelva a llamar». Salí de mi estado de semiinconsciencia cuando noté que alguien me zarandeaba. «Señorita, ¿le importaría dejarme salir?». Respondí enfurecida que todavía el avión se movía y que esperara, que no le iban a dar ningún premio por salir el primero.

Nada más llegar al hotel, dejé la maleta en mi habitación, el abrigo colgado en el perchero y me dirigí a la suite de la quinta planta tal y como me había indicado Olivia. Cuando estaba a escasos metros de la puerta, escuché unos gritos desde el pasillo que provenían del interior de la habitación. Cómo no, Olivia y su hermana estaban discutiendo. Ni el día antes de su boda podían enterrar el hacha de guerra.

—¡Y tú siempre quieres ser el orégano de todas las salsas!

—¡No es que lo quiera ser, Viviana, es que lo soy! ¡Es mi boda!

Entré en la suite e interrumpí la absurda discusión que mantenían.

—Hay cosas que nunca cambian —dije poniendo los ojos en blanco.

Olivia estaba de espaldas justo delante de un gran espejo. Llevaba el mismo vestido que se puso la noche de la fiesta de Gravity, donde ella y Ben se besaron por primera vez. Cuando se dio la vuelta, no fue el vestido lo que me sorprendió, sino lo que no me había contado y parecía ser la razón para adelantar la boda.

—Por favor, Maca, dile tú a esta cabeza de chorlito que no es apropiado ir vestida de blanco a la boda de tu hermana mayor.

—Lo que no es apropiado es casarse con un bombo. El blanco es el color de la pureza.

—Mira, Viviana, no hablemos de pureza, porque tú llegaste al altar después de haberte tirado a la mitad de los Salesianos, solo te faltó cepillarte al conserje. ¡Porque era gay!

—Por favor, parad ya —dije.

—¡Quien se pica, ojos come! —farfulló Viviana antes de salir de la habitación.

—¡Ni se te ocurra presentarte mañana en mi boda vestida de blanco, niñata!

Viviana dio un portazo y Olivia se sentó en el borde de la cama poniéndose la mano en la barriga.

—¿Estás bien? ¿Pero cómo has podido ocultarme que estás embarazada? ¿Te parece normal que me entere así?

—No me eches la bronca ahora —dijo sollozando—, ¿no ves que no es un buen momento? Mi hermana quiere arruinarme mi boda.

La miré mientras se intentaba secar las lágrimas con la manga de una chaqueta de lana llena de bolas que llevaba puesta y deslucía aquel precioso vestido. La había visto llorar muchas veces, pero ninguna de ellas como si fuera una niña pequeña a la que le habían quitado un juguete. ¿Serían las hormonas o habría cambiando tanto hasta el punto de convertirse en una cría caprichosa como su hermana?

—Quiere ponerse un puto vestido blanco para ser ella la protagonista, como siempre.

—Ven aquí —dije, acercándola a mi regazo.

Se tumbó en la cama y apoyó la cabeza sobre mis piernas. Acaricié su cabello para que se calmara y noté cómo poco a poco se iba apaciguando su ira. Puso su mano sobre la mía y la acarició.

—No te imaginas cuánto te echo de menos.

—Ya estoy aquí —dije, enrollando mis dedos en su oscuro cabello ondulado.

—¿Y dónde está el futbolista?

—Vaya, veo que alguna lengua indiscreta te ha estado informando.

—No te enfades con Elina. Solo me ha contado que el macizorro y tú estáis saliendo y que ahora que os habéis llevado la campaña de la Super Bowl va a estar mucho tiempo en Londres. ¡Así que Macarena Stuart por fin va a sentar la cabeza!

—No, Olivia. Eso se ha terminado.

—¿Pero cómo que se ha terminado? —dijo incorporándose con agilidad—. ¿Qué te ha hecho ese maldito bastardo yanqui?

—No me ha hecho nada, lo he dejado yo.

—¿Pero por qué? ¿No ibas en serio con él? ¡Maca, que casi te juegas la campaña!

—Lo sé, no me lo recuerdes. Pero es que somos muy diferentes.

—¡Ni se te ocurra salirme con esas tonterías de Megan del horóscopo y las energías! Eso de la compatibilidad no es dos más dos. No es cuestión de matemática, sino más bien de química. Mira lo diferentes que somos Ben y yo, y somos muy felices.

—Yo nunca voy a ser feliz con nadie, Olivia. Soy material defectuoso, como dice mi madre. Y no quiero que Jason sufra, yo no tengo arreglo como Ben.

—¿Ben? ¿Crees que Ben se ha arreglado? ¿Como si fuera una tele estropeada? ¿Crees que nuestro amor le ha salvado y todas esas tonterías que dicen las películas románticas?

—Bueno, os vais a casar y vais a tener un hijo.

—Estás muy equivocada, Maca. Ben sigue siendo una montaña rusa. Tiene tiempos muy buenos y otros en los que le veo caer en picado y no puedo hacer nada por evitar el golpe. Tengo que dejar que él se enfrente a sus monstruos, a la vez que yo sigo conviviendo con los míos. Pero mientras cada uno mantiene su propia lucha, el otro está a su lado para apoyarle. Eso es el amor, Maca. Sentirte acompañada hasta cuando te encuentras en el hoyo más profundo, saber que cuando salgas a la superficie va a haber alguien tendiéndote la mano para hacerte más fácil la salida.

—¿Y crees que un mujeriego que vive en otro continente me va a sacar de algún hoyo?

—Pues claro que no, maldita cabeza de chorlito. No estás entendiendo nada de lo que te

estoy diciendo. Tú eres la que se tiene que salvar, tú eres la que tienes que tender la puta mano para que alguien te ayude a salir del agujero.

—Y te vuelvo a repetir lo mismo, ¿crees que un mujeriego que vive en otro continente va a ser mi salvación?

—Por lo que me ha contado Elina, Jason es un buen tío y va muy en serio contigo.

—Ir en serio no es suficiente.

—¿Y por qué no? Jason es un quarterback.

—No tengo ni puta idea de fútbol americano y tampoco veo la importancia que tiene en qué posición juegue en el campo en nuestra relación.

—Tiene que ver más de lo que tú te crees, imbécil. Tú siempre has estado con tight ends y lo que necesitas es un quarterback.

—¿Desde cuándo sabes tú tanto de fútbol americano?

—Archie se traga todos los partidos de la NFL y ahora todos sabemos de fútbol americano, hasta mi padre. Ya sabes cómo es cuando le da por algo, igual que Ben —dijo poniendo los ojos en blanco—. La función principal de un tight end es bloquear a los defensas del otro equipo. También pueden anotar touchdowns, pero no suelen hacerlo porque para eso ya hay otros tres jugadores cuya misión es esa, avanzar, no frenar al oponente. Solo tienen que bloquear al rival, no anotar. Eso es lo que han hecho todos los tíos con los que has estado, bloquear, cuidar el campo para que no entre el contrario, pero sin las más mínimas ganas de anotar. Se han estado moviendo por el campo como autómatas sin un objetivo y sin ninguna estrategia, solo la de no perder el partido. Y por fin encuentras a un quarterback, un líder que sabe lo que quiere, inteligente y astuto, con una capacidad extraordinaria de tomar decisiones y de ejecutarlas, que ya ha analizado los riesgos y que, aun así, decide que nada ni nadie le va a detener hasta anotar un touchdown. ¿Y qué haces tú? Expulsarle del campo.

—¿Me estás diciendo que tengo que estar con Jason porque él sí quiere comprometerse y otros no?

—¿No es eso lo que todas queremos? El compromiso es el único ingrediente esencial en una relación. Si no hay compromiso por parte de los dos, ¿de qué sirve el amor? Todo el mundo habla de amor, de sus ganas de buscarlo y de vivirlo, pero para amar hay que tener agallas. Tú hasta ahora solo te has cruzado con tíos que no han tenido el valor que requiere una relación, así que no has tenido que tomar ninguna decisión, lo que te ha venido de perlas. Si no tomo ninguna decisión, no me equivocaré. Así piensa tu cabecita, la conozco muy bien. No puedes pasarte la vida sin asumir ni un mínimo de riesgo.

—¿Cómo que no me arriesgo? Si es todo lo contrario.

—Hablo de arriesgarse con alguien que merezca la pena, no con ese tío de Brighton con el que llevas hablando, que se pasa el día quedando con otras tías, pero que nunca cogerá un puto tren para verte.

—Pues mira por dónde que la semana que viene hemos quedado.

—Y se va a inventar alguna excusa para no ir: se le morirá la cobaya, se comprará una nueva Play Station y no tendrá dinero para el billete, tendrá que ir a ver a su tía abuela Augusta al asilo... Llevas meses perdiendo el tiempo con él porque te ha calentado la cabeza con ese rollito de que sois amigos y tenéis una relación especial, pero en realidad nunca vais a tener nada porque es un puto tight end que solo quiere pasar el rato y bloquear cada relación futura que puedas tener. Como todos.

—No todos los tíos con los que he estado me han querido para pasar el rato, Olivia. Mike quería comprometerse y mira cómo acabamos.

—¿El gilipollas de los poemitas?

—¡Pero si a ti te caía bien!

—¡Hasta que escribió esa mierda en la que decía que eras imperfecta! ¿Pero qué hombre enamorado ve a su pareja como un ser defectuoso? ¡Ese tío fue el que te metió en la cabeza que no mereces que nadie te quiera! ¡Un tío que al final te la acabó pegando con otra!

—Bueno, creo que ahí te estás equivocando. Fueron Marcus y la zorra de mi madre los que me jodieron la cabeza.

—¡El que faltaba! Maca, no me puedo creer que sigas acordándote de Marcus, el rey del gatillazo.

—¡Marcus me pidió que me casara con él! Fui yo la que le rechazó. ¡Y solo fue un par de veces!

—Maca, por favor, no distorsiones la realidad. Lo hizo en el peor momento de tu vida. Le venían bien los contactos de tu padre para su carrera y te dejó tirada cuando ya no os necesitaba. Esos tíos son como los tiburones, que huelen la carnaza desde lejos. Saben muy bien cuándo atacar y provocar el mayor destrozo posible.

—Viéndolo así, un mujeriego que vive al otro lado del océano parece un buen partido —ironicé.

—Maca, por favor, abre los ojos. Si no te arriesgas, no vas a saber si va a salir bien. ¿Que ha estado con muchas mujeres? Tú también has estado con muchos hombres. Jason tiene las cosas claras. Quiere irse a vivir a Londres para pasar tiempo contigo y que os conozcáis, ¿qué tienes que perder?

—Jason se ha ido.

—Pero tiene que volver después de Semana Santa para empezar a trabajar en la campaña.

—Aunque cambiara de opinión y decidiera darle una oportunidad, no iba a querer saber nada de mí. Esta mañana se lo dejé muy claro en el aeropuerto.

—Maca, arregla las cosas con él. Sé que tienes miedo de volver a sufrir, pero el miedo siempre te acompañará. No puedes pasarte la vida escondida en una madriguera para que no te hagan daño. Si no te arriesgas, nunca vas a encontrar a nadie que te haga feliz.

Volví a mi habitación y me di una larga ducha. Después de comer un sándwich, me senté en la cama y miré si me había llegado algún mensaje. Vi que me habían escrito las chicas en el grupo para saber cómo había ido mi cita del día anterior con Jason. Decidí ignorar los mensajes y, cuando estaba a punto de apagar el móvil para echar una cabezada, recibí uno de un número de teléfono desconocido con prefijo estadounidense. ¿Sería Jason? ¿Me estaría escribiendo desde su número americano? ¿Habría cogido el siguiente avión a Madrid y me estaría mandando una foto en el aeropuerto? ¿Me acompañaría a la boda? Ya no iba a ser la única que fuera sola y no tendría que aguantar las miradas lastimeras de un montón de mujeres felizmente casadas ni de ningún pavo gluglú. En cuanto leí las dos primeras palabras, supe que no era él. Mis ilusiones se hicieron añicos. No pude contener las lágrimas de la decepción. Miré a la pantalla, sobre la que cayó una gota que la empañó. La limpié con la manga del pijama y leí el mensaje:

«Hola, nena. ¿Cómo te va? Vuelvo el martes a Chicago y me gustaría verte antes de irme. ¿Sushi esta noche? Oye, ¿me pusiste la reseña como te dije?».

Respondí de inmediato:

«Te mereces ir a la cárcel por lo que me hiciste, no una reseña en Google. No vuelvas a escribirme. Por fin he pasado página y te he olvidado, pero nunca te perdonaré. Hasta nunca, Marcus».

Bloqueé su número.

Sábado, 22 de marzo: El señor Darcy

Las bodas tienen algo mágico que hace que te contagies de optimismo y que te olvides por un momento de que tú nunca vas a atravesar ese largo pasillo hacia la felicidad y de que mucho menos vas a encontrar al señor Darcy al final de él. Mientras veía a Olivia caminar hacia el altar del brazo de su padre con los ojos centelleantes y a Ben llorar junto a Archie, que no paraba de tirar de su brazo y decirle que Olivia estaba guapísima, me imaginaba a mí misma sintiendo algún día la misma clase de felicidad. De manera inconsciente, un halo de optimismo se apoderó de mí y por un momento creí que algún día yo podría estar atravesando un largo pasillo que no fuera el de un hospital psiquiátrico y escuchando cómo alguien me juraba amor eterno delante de todos aquellos que firmaron mi ingreso, incluida mi madre.

Cuando terminó la ceremonia, la madre de Olivia nos condujo hacia los jardines donde se iba a celebrar el banquete. Se notaba que Olivia había cuidado al milímetro cada detalle, desde los centros de mesa hasta los regalos para los invitados envueltos en tela de organza. Había una orquesta que estaba tocando éxitos indies de Love of Lesbian con violines e instrumentos de viento. Olivia me había confirmado que había sido idea de Ben y que los músicos eran sus alumnos de la escuela de música de la Fundación Wilkinson. Antes del banquete y para dar la bienvenida a los novios, la banda tocó *Incendios de nieve* y Archie sorprendió a todos los asistentes, incluyendo a Ben y a Olivia, acompañándoles al piano. Cuando los recién casados ocuparon la mesa central, los invitados buscamos nuestros sitios en los carteles que había en los laterales del jardín. Para mi sorpresa, no conocía a nadie de mi mesa. Olivia no me había sentado en el lugar que creía que me merecía, junto a su familia. Me había relegado al lugar del resto de los invitados.

Si hay algo peor que en una boda te pongan en la mesa de los niños, es sin duda que te pongan en la mesa de las lesbianas. A Olivia se le había ocurrido la maravillosa idea sentarnos juntas a todas las bolleras para nos discriminarnos y darnos la oportunidad de participar en esa estúpida tradición de que de una boda sale otra boda. ¿Por qué no me había puesto en la mesa de Viviana y Mark? ¿Por qué me había sentado con un grupo de lesbianas del trabajo al que habría invitado por compromiso? Hubiera preferido mil veces soportar las impertinencias de Viviana y su rabieta por haber tenido que ponerse otro vestido que a un grupo de lesbianas locas del horóscopo.

A mi izquierda se sentaba Paula, una cincuentona que trabajaba con Olivia y que no paraba de mirarme como si fuera una apestada. Llevaba un vestido demasiado escotado y con unas transparencias que lo hacían más idóneo para una entrega de los Oscars que para una boda. A su lado estaba Katia, que era rusa aunque vivía en España desde los ocho años, cuando vino con su madre escapando de un padre maltratador. Katia estaba casada con Nerea, que se sentaba a su lado y con la que acababa de tener un hijo. Katia insistió varias veces en que había dejado al niño con su madre porque no podía perderse la boda de su jefa. Más bien parecía que no le convenía para un posible ascenso. Lo repitió una y otra vez después de preguntarme por qué Elina no había asistido a la boda y de que yo le confirmara que era porque acababa de parir y no podía desplazarse a otro país. Al otro lado, dos rubias ya entradas en la cuarentena debatían sobre los signos del zodiaco y su compatibilidad como pareja.

—Yo es que ya sabéis que a las leo no las soporto, siempre quieren ser el centro de atención —dijo Paula—. Mi ex no toleraba que fuera mejor que ella en nada. Tienen un ego tan

desmedido que nunca aceptan que se les haga ninguna crítica constructiva.

—¿Tú eres piscis, Macarena? Porque tienes todas las *vibes* de piscis —dijo Katia.

—Pues ni idea, no estoy yo muy puesta en eso del horóscopo —mentí, para no darles otra razón para descargar su odio sobre mí.

—Tú eres la que trabajaba con Olivia y salió con su ex, el que está en la cárcel, ¿no? ¿O es la que no ha venido a la boda?

Nerea le dio un codazo e hizo un gesto de desagrado. Paula se dio cuenta de mi incomodidad ante la impertinente pregunta y empezó a hablar de la nueva película de Leonardo DiCaprio que se acababa de estrenar. Aunque intentaba prestarle atención y olvidarme del inoportuno desencuentro, no podía quitármelo de la cabeza. ¿Por qué esa zorra rusa sabía algo tan personal y que para mí había resultado tan traumático?

Cuando Olivia me dijo que se casaba dudé por un momento si me invitaría a la boda e incluso llegué a pensar que si lo hacía, sería por compromiso. Tenía claro desde el principio que inventaría cualquier excusa para no ir, pero no pude hacerlo. Y ahí estaba yo, en la mesa de las lesbianas con tres mojitos en el cuerpo y deseando haber sido una de esas personas que sabe asumir que las amigas también cambian, se distancian y, a veces, tienes que dejar de mantener los lazos que os unen y aprender a soltar. Desde que había llegado me sentía como una extraña, como si me hubiera colado por error en una gran fiesta en la que todos se conocían y donde yo no debería estar.

Llegó la hora del brindis y, a continuación, el señor Wilkinson se puso en pie para anunciar el regalo de boda que iba a hacer a la pareja: un auditorio de la fundación donde se iban a celebrar conciertos de música y obras de teatro. Era el gran sueño de Ben y Olivia estaba llorando de la emoción. Cuando el señor Wilkinson terminó su discurso, ella se acercó a nuestra mesa. Y entonces fue cuando me di cuenta de por qué me había sentado allí. Katia y ella empezaron a bromear sobre una compañera de trabajo que al parecer siempre se estaba quejando del calor que hacía en la oficina. No logré entender bien qué era lo que les hacía tanta gracia porque parecían tener un lenguaje secreto que nunca entenderíamos el resto de los mortales. Paula, por el contrario, parecía entenderlo. De repente Olivia me miró y me contó que esa compañera era como Cara y Sonja, las zorras suecas de Gravity, que se pasaba el día en la cafetería o en la sala de la impresora cotilleando sobre algún compañero. Me puso una mano sobre el hombro y con el otro envolvió a Katia, acercando su cara a la de la rusa, que culminaría con un delicado beso en la mejilla. Después, hizo lo mismo conmigo. Y ahí me di cuenta. Estaba intentando que me sintiera integrada, que dejara de preguntarme qué hacía allí.

No me había sentado en la mesa de las lesbianas; me había sentado en la mesa de sus mejores amigas.

Lo malo de ir a una boda donde solo conoces a los novios es que no tienes a quién llorarle cuando llevas dos copas de más y en las últimas veinticuatro horas has tomado alguna decisión que podría arruinar tu vida. Cuanto más miraba a Olivia y a Ben, más me convencía de que había cometido un error rechazando a Jason. Toda aquella explosión de amor me había hecho cuestionarme mi decisión y me temía que ya no había vuelta atrás. Jason no apostaría nada por alguien que tiene tantas dudas. Busqué en mi bolso la pulsera que me había regalado con su número de teléfono. Repasé cada una de las cuentas con las yemas de los dedos mientras me venían imágenes de nuestras citas, de todas las veces que le había visto bailar al ritmo de alguna canción cursi esperando al ascensor y de sus ojos azules bañados en lágrimas en el aeropuerto. De repente deseé correr hacia el hotel con la esperanza de despertarme a la mañana siguiente con

un buen plan para recuperarle. ¿Y si me iba a Kansas? ¿Y si me presentaba por sorpresa en el aeropuerto? Sin embargo, la noche no había hecho más que empezar. Todavía quedaban restos de tarta en las mesas y Olivia me había pedido que al menos me quedara hasta que lanzara el ramo de novia a las asistentes. Ya me había dicho dónde me tenía que poner para que lo cogiera yo. Le dije que lo haría, aunque no creía en aquella estúpida superstición de que quien coge el ramo de la novia será la siguiente en casarse. Pero a Olivia le hacía feliz que lo tuviera yo y ya le había dicho a Katia y a sus amigas que se pusieran a mi alrededor y no lo cogieran.

Mientras todos bailaban en la pista, yo empezaba a trazar un plan para desaparecer lo antes posible. ¿Y si fingía que me encontraba mal? Olivia se daría cuenta y se disgustaría. ¿Y si le decía que iba a cambiarme el vestido al hotel y no volvía? Katia me había derramado un poco de champán sin querer —o al menos eso quería pensar— y la mancha resaltaba demasiado sobre la tela de raso de color pistacho. No era un color que me gustara demasiado, pero Louisa casi me obligó a comprármelo cuando me lo probé en la tienda. Decía que resaltaba mis rasgos latinos, aunque no estaba muy segura de a qué se refería con eso. Le podría decir que me había tumbado en la cama para descansar un poco y me había quedado dormida. Sí, parecía una gran idea. Mientras seguía pensando en mi plan, Olivia y Ben no paraban de mirarme desde el otro lado del jardín. ¿Estarían adivinando mis intenciones? Siempre habíamos tenido una gran conexión, pero creía que con el tiempo también la habríamos perdido. De repente cruzó la pista de baile y se acercó a mí.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, sí… claro.

—Sé que los últimos meses no he sido la mejor amiga del mundo…

—Olivia, no pasa nada, de verdad. No tienes que disculparte, tú tienes tu familia, lo entiendo.

—Tú también eres mi familia, Maca. Siempre lo serás.

Me abrazó y volví a sentir esa conexión que parecía perdurar a pesar de la distancia y las adversidades.

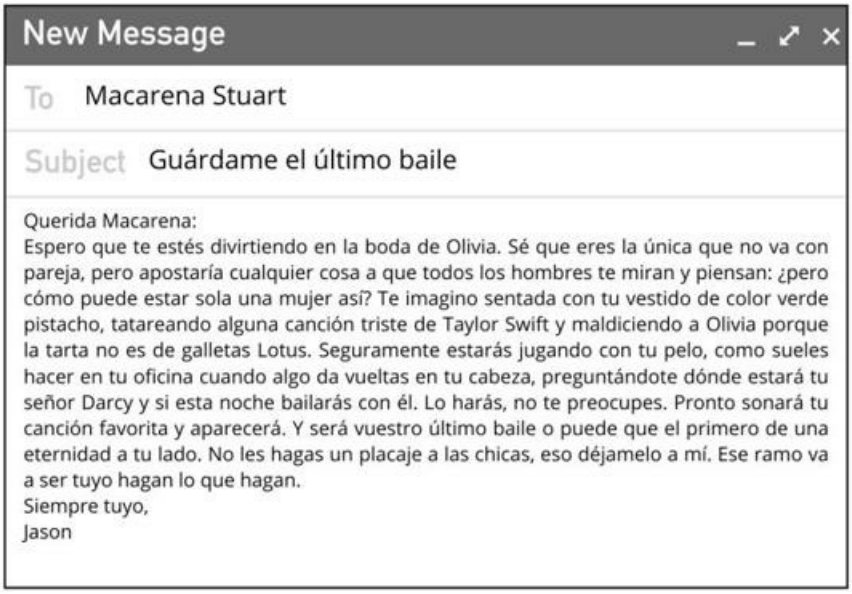
—¿Has hablado con Elina?

—¿Con Elina? ¿Por qué debería haber hablado con ella?

—Pues no sé, es que me ha mandado un mensaje hace un rato y me ha dicho que tenía que hablar conmigo.

La miré a los ojos y supe que estaba tramando algo. Busqué mi bolso en las sillas contiguas, pero no lo encontré. ¿Dónde lo habría dejado? Me agaché y vi que se me había caído debajo de la mesa. Lo cogí y saqué mi móvil. Tenía varios mensajes de las chicas, pero el que me llamó la atención fue uno de Elina. Me pedía que mirara el e-mail, que había un problema con la campaña.

Se me hizo un nudo en el estómago. Seguro que Jason habría decidido dársela a otra agencia, tenía que ser eso. ¿Por qué otra razón si no Elina me alertaría de que algo grave había pasado en la boda de mi mejor amiga? Abrí mi cuenta de correo electrónico y vi que tenía un e-mail de Jason. De repente mis peores temores empezaron a cobrar vida. Leí el mensaje con atención:


New Message

To Macarena Stuart

Subject Guárdame el último baile

Querida Macarena:
Espero que te estés divirtiendo en la boda de Olivia. Sé que eres la única que no va con pareja, pero apostaría cualquier cosa a que todos los hombres te miran y piensan: ¿pero cómo puede estar sola una mujer así? Te imagino sentada con tu vestido de color verde pistacho, tatareando alguna canción triste de Taylor Swift y maldiciendo a Olivia porque la tarta no es de galletas Lotus. Seguramente estarás jugando con tu pelo, como sueles hacer en tu oficina cuando algo da vueltas en tu cabeza, preguntándote dónde estará tu señor Darcy y si esta noche bailarás con él. Lo harás, no te preocupes. Pronto sonará tu canción favorita y aparecerá. Y será vuestro último baile o puede que el primero de una eternidad a tu lado. No les hagas un placaje a las chicas, eso déjamelo a mí. Ese ramo va a ser tuyo hagan lo que hagan.
Siempre tuyo,
Jason

Olivia seguía sentada a mi lado, mirando hacia el fondo del jardín como si buscara a alguien, mientras yo intentaba procesar el contenido de aquel e-mail. ¿Cómo sabía Jason que llevaba un vestido verde pistacho? No recordaba habérselo dicho. Olivia se levantó de un salto y tiró de mi brazo para que me levantara.

—Vamos al centro de la pista, venga —insistió alterada.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Que vengas ahora mismo o te arrastro! —gritó—. Macarena Stuart, levántate de esa puta silla ahora mismo y vente conmigo al centro de la pista. Y no se te ocurra volver a arruinarlo todo.

Miré a nuestro alrededor y vi que todos nos estaban mirando. Accedí a levantarme y la seguí hasta la mesa principal, donde Ben la miraba sorprendido porque parecía estar fuera de sí. Ella le hizo un gesto con la mano confirmando que estaba bien y cogió el ramo, que se encontraba sobre la mesa. Con algo de torpeza, se subió encima de la mesa y empezó a llamar a todas las asistentes solteras para que se acercaran. Miró a Katia y a Paula con un gesto amenazante, como advirtiéndolas de que no cogieran el ramo bajo ningún concepto. Se dio la vuelta y lo tiró al aire, cayendo a varios metros detrás de mí. Cuando me giré para saber qué había sido de él, me sobrecogí. Al fondo de la pista, entre la multitud, estaba Jason, con un traje negro que parecía hecho a medida, con sus ojos azules centelleantes y esa sonrisa traviesa que me volvía loca. Me di la vuelta y miré a Olivia, que estaba llorando del brazo de Ben. Volví hacia él.

—¿Qué haces aquí?

—Me han dicho que nadie te ha sacado a bailar.

—Jason, yo no sé cómo vamos a…

Se acercó a mí.

—Shhh, cállate Stuart, no lo estropees que todo el mundo nos está mirando.

—Pensé que no ibas a volver.

—No quería irme hasta convencerte de que quiero que lo intentemos, Macarena. Louisa me llamó y pensé que solo me quedaba una oportunidad. No soy de los que desaprovecha las oportunidades si algo me importa de verdad. Por favor, déjame demostrarte que creo en lo

nuestro y que si me dejas, no te...

—Yo también. Yo también creo en lo nuestro. Intentémoslo, y que pase lo que el destino quiera.

De repente empezó a sonar *Lover*, de Taylor Swift. Todo el mundo nos estaba mirando. Me colgué en sus brazos y me levantó hacia el centro de la pista.

Y nos dedicamos el último baile de la noche, pero el primero de una eternidad juntos.

FIN



Agradecimientos

Gracias a las que confiasteis en mí cuando nadie lo hizo, a esa pequeña familia que construí en Facebook e Instagram que compró un libro en preventa sin conocerme de nada. A Marta, Pittita, Macarena, Lorena, Marga, Sandra, Ester, Celina, Xiska, Vero, Marlen, Mireia, Naara, Sílvia, Alba, Helen… seguro que me he olvidado de alguien importante porque una ya es señora y tiene lagunas, pero os quiero a todas, cabronas.

Gracias a quienes me habéis dado la oportunidad de colarme en vuestras estanterías, a los y las amantes de la lectura que van a apostar por una novela creada con bajos recursos y sin el respaldo de un gigante editorial, pero con mucha ilusión. No solo habéis comprado una novela, también estáis ayudando a construir un sueño.

Gracias a quienes habéis participado en este viaje. A Raquel, la peor lectora cero de la historia y mejor amiga. A Julia, mi angelito bueno, quien siempre saca lo mejor de mí y me enseña la luz al final del túnel. Y a Julia, mi angelito virgo, mitad Louisa, mitad Megan. Lo que ha unido Taylor Swift, que no lo separe el horóscopo.

Gracias a mis compañeras de profesión, a Manuela Valerio, Laura Montalbán, Katherine Vega y Noemí Quesada, por confirmar que entre escritoras puede haber respeto y sororidad. Os quiero y os admiro.

Gracias a todos los pavos gluglú que habéis pasado por mi vida y por la de mis amigas. Gracias por salir de nuestras vidas. Sin vosotros esta novela habría sido aburridísima, aunque nuestra existencia mucho más feliz. No se os echa de menos.

Gracias a todos esos señores Darcy, que sois pocos, pero que le dais sentido a la palabra «amor». Jason, sé que estás en algún sitio, solo tienes que salir de tu escondite. Prometo guardarte un sitio en todas las mesas.

Gracias a la niña que aprendió a poner límites y a quererse, por haber sido capaz de escribir y publicar esta novela, y todas las que vendrán. Estás sola, pero siempre lo has estado, y sigues en pie. Ya nadie puede contigo.



Madrileña de nacimiento y santapolera de adopción. Descubrí mi gran pasión por la escritura durante la adolescencia y a mis tiernos cuarenta y tres añazos decidí decepcionar a todo el mundo y cumplir mi sueño de no vivir de mi trabajo.
He publicado cuatro novelas y compagino la escritura con otra de mis grandes pasiones: la enseñanza. Vivo en casa de mis dos gatas, me encantan los documentales de asesinos en serie y la sopa. Mis ex dicen que soy una intensa, yo le llamo ser una adulta funcional que no le tiene miedo nada. El que no quiera morir, que no nazca.

Puedes encontrar mis obras en Amazon escaneando el siguiente código:

Instagram, Facebook y Tik Tok: @yosoyanacalderon

[1] Octavo álbum de Taylor Swift, en el que fusiona estilos como el indie folk, el pop y el country. Es un álbum cargado de melancolía.

[2] Swiftie: palabra que se usa para referirse a los fans de Taylor Swift.

[3] *Prime Hydration*: Bebida isotónica muy popular entre influencers.

[4] *Kamut:* Variedad de trigo duro.

[5] Fragmento de la canción *Heart Attack* de Demi Lovato.

[6] Patrick Bateman: Personaje principal de la novela *American Psycho* de Brett Easton Ellis, que se acaba convirtiendo en un despiadado asesino en serie.

[7] Fragmento de la canción *Love story* de Taylor Swift.

[8] Fragmento de la canción *Lover* de Taylor Swift.